



CONTRA RELOJ

ROBERT BYRNE

Lectulandia

Directamente por encima del pequeño poblado de Sutterton se eleva la colosal presa Cañón de la Sierra, una maravilla de la ingeniería. Tiene fama de ser la presa más segura del mundo, pero Phil Kramer, un joven ingeniero sin experiencia, no opina lo mismo. De acuerdo con su computadora, la presa tiene una imperfección fatal; lenta, pero inexorablemente, se desintegra. Nadie le cree, excepto su talentosa novia, Janet. Sin embargo, cuando tratan de advertirles a todos del peligro, nadie los escucha. ¿Cuánto tardará la presa en desatar su furia? ¿Quién podrá salvar a la gente que vive río abajo?

Lectulandia

Robert Byrne

Contra reloj

ePUB v1.0

ivcgtto 30.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Dam*

Robert Byrne, 1994.

Traducción: Susana del Moral Zavariz

Editor original: ivicgto (v1.0)

ePub base v2.0

Theodore Roshek, presidente de una prestigiosa firma de ingenieros de Los Ángeles, se sentó a su escritorio y dirigió una mirada intimidante al joven que tenía frente a él, su nuevo empleado.

—Kramer, dígame si lo comprendo bien. No tiene usted ninguna experiencia. Nunca participó en el diseño ni en la construcción de una presa, y aun así piensa que puede trabajar en una oficina a ochocientos kilómetros de una presa que nunca ha visto y comprenderla mejor que hombres con toda una vida de experiencia.

Pero Phil Kramer tiene que convencer a todos de que la presa Cañón de la Sierra está a punto de derrumbarse. Y es cuestión de días... o de horas.

PARTE UNO: EL MIEDO

Capítulo 1

Cinco años después de terminada, la presa Cañón de la Sierra, la más alta de Estados Unidos pues medía casi 250 metros, y la más grande del mundo construida de tierra y roca, sufrió los efectos de una serie de temblores de poca intensidad. Las agujas de los sismógrafos en el norte de California comenzaron a moverse a las 8:20 de la mañana, cuando se registró el primero de una serie de 29 temblores. El sismo principal, que ocurrió cinco horas más tarde, tuvo una magnitud de 5.5 en la escala de Richter e hizo sonar los platos en una zona de 300 kilómetros cuadrados. El movimiento oscilatorio duró siete segundos y sólo causó desconcierto entre las personas que se encontraban dentro de alguna construcción. La mayoría de los que estaban afuera atribuyó la sacudida al paso de trenes o camiones. Los pescadores y los esquiadores del lago Earl Warren, ubicado detrás de la presa, no notaron nada.

El único caso de pánico fue reportado por un excursionista que atravesaba por la ladera de una colina a ocho kilómetros al suroeste de la presa, el epicentro del temblor. El desplazamiento del terreno lo derribó y tuvo que asirse a manojos de pasto para evitar rodar por la pendiente.

—Era como tratar de sujetarse a una balsa en los rápidos —le dijo al reportero del Bee de Sacramento—. Se abrió una zanja en el suelo y alcancé a ver cómo chocaban los lados uno contra el otro.

La zanja delineó una fisura hasta entonces desconocida en la superficie de roca, que ahora se llama la Falla de Parker, en honor al excursionista que la vio primero.

La falla corría en dirección noreste y podía seguirse a lo largo de casi un kilómetro. Los geólogos descubrieron que el terreno se había desplazado quince centímetros horizontalmente y siete y medio en sentido vertical. Según un estudio realizado por el Servicio Geológico Nacional, cabía la posibilidad de que la Falla de Parker corriera por debajo de la presa Cañón de la Sierra.

A pesar de que no causó un daño de importancia, el terremoto figuró en los encabezados de los diarios de los condados de Caspar, Butte, Sutter y Yuba. En Río Oso, mil pavos se asustaron en un corral, y 300 quedaron tan malheridos por las estampidas, que tuvieron que ser sacrificados. Una mujer en el supermercado de Roseville se rompió un dedo del pie cuando le cayó encima una pila de latas de duraznos en conserva. Con tan pocas noticias importantes, los periódicos tuvieron que improvisar sesudos editoriales respecto a lo que hubiera podido pasar en la región si el movimiento hubiese sido mayor.

Algo que habría podido pasar era una falla en la presa, idea que cruzó por la mente de Wilson Hartley, jefe de policía de Sutterton, un pueblo de seis mil quinientas personas a orillas del río también llamado Cañón de la Sierra, corriente abajo de la presa. Como oficial a cargo de la seguridad pública local, Wilson Hartley

debía supervisar la evacuación de los habitantes del pueblo en caso de desastre. En sus archivos tenía un "Mapa de Inundaciones" que le había proporcionado la Oficina de Prevención de Desastres en Sacramento. Se requería que cada pueblo que tuviera una presa grande previera la posibilidad de un accidente y realizara un estimado de la inundación resultante. El mapa mostraba lo elevada que sería la cresta de la inundación y cuánto tardaría en alcanzar los puntos clave río abajo. Esa información era valiosa para comunidades con tiempo para reaccionar, pero en Sutterton sólo servía para hacer chistes de humor negro. La inundación que Hartley y su gente tendrían que enfrentar sería de una profundidad de 150 metros y estaría sobre ellos en cuestión de minutos.

Cuando empezó el temblor, Hartley estaba sentado a su escritorio. Dejó la pluma y miró la ventana de la oficina, que había empezado a mecerse ruidosamente. Su primera reacción fue pensar que la compañía Hermanos Mitchel había detonado una carga en su cantera, pero como la ventana siguió sacudiéndose se puso de pie, tratando de no imaginar lo peor.

Un policía apareció en el umbral.

—¿Sentiste eso? Acaba de temblar.

—Y ahora tal vez nos daremos un baño —respondió Hartley. Se dirigieron hacia la ventana. A un kilómetro de distancia, por encima de los árboles de una colina que se interponía, se elevaba la presa, imponente, más alta que un edificio de ochenta pisos, más voluminosa que las presas Grand Coulee y Hoover combinadas. Sólo la rectitud afilada de su cresta de dos kilómetros y medio de longitud que se delineaba nítidamente contra el cielo la identificaba como una obra hecha por la mano del hombre. La extensión del frente de su cortina era como una enorme pradera con una inclinación de treinta grados.

—Parece tensa como un tambor —dijo Hartley.

—Primero se caen las montañas antes que la presa. La construyeron para durar.

—Bueno, eso fue lo que dijeron los ingenieros.

Al tiempo que se alejaban de la ventana, la luz de arriba parpadeó y luego se apagó.

Cuatro días después del temblor, un vuelo de Pan American procedente de Londres aterrizó en Los Angeles. Entre los que esperaban a los pasajeros se encontraba el reportero de un periódico libreta en mano. El periodista miró con interés cuando el hombre al que esperaba apareció por la puerta del avión, rechazó la ayuda de la azafata y maniobró con habilidad las muletas de aluminio hasta una silla de ruedas que le esperaba. Theodore Roshek, presidente de la firma internacional de ingenieros Roshek, Bolen & Benedetz, Inc., era fácil de reconocer, y no sólo por su invalidez. Su rostro delgado y de nariz aguileña iba siempre coronado por un

sombrero gris de fieltro de ala muy ancha y pasada de moda. Las cejas, completamente negras, contrastaban con el cabello blanco y le daban a sus profundos ojos azules una desconcertante intensidad. Se sentó en la silla de ruedas un poco inclinado hacia el frente, como un comandante en el puente de un barco de guerra. Al reportero se le ocurrió que si Roshek pudiera caminar lo haría con el paso del hombre que atraviesa una habitación para romperle la nariz a alguien.

La entrevista se llevó a cabo mientras un empleado del aeropuerto empujaba la silla de ruedas hacia la calle, donde esperaba una limusina.

—Disculpe, señor, soy Jim Oliver, del Times de Los Ángeles.

—No sabe cuánto lo siento —respondió Roshek sin siquiera volver la cabeza—. Yo leo el Herald-Examiner. Ése sí es un periódico.

—Su compañía diseñó la presa Cañón de la Sierra...

—Así es. También tenemos un contrato por veinte años para supervisar su funcionamiento. Probablemente es la presa más segura que se haya construido.

Oliver, que no era muy alto, tenía que caminar tan de prisa como podía para mantener el paso de la silla de ruedas. Explicó que el Times estaba preparando un artículo de fondo respecto al sismo.

Por primera vez Roshek lo miró.

—¿El temblor? ¿Es de eso de lo que quiere hablar? Cuando yo tenía su edad los periódicos se ocupan de verdaderas noticias. Preferiría hablar de algo más actual. ¿Cree que los Dodgers tienen posibilidades de volver a triunfar?

—Tratamos de localizarlo en Londres.

Roshek le dio la espalda.

—Estaba ocupado. Pensé que estaban llamando para venderme una suscripción.

—¿Le causó alguna preocupación el temblor?

—Sí. Tengo una casa de campo al pie de la presa. Tal vez la chimenea se cuarteó.

—¿No cree usted que la gente pudo haber estado en peligro?

—No. Bueno, sí. La gente siempre está en peligro. ¿Llegó hasta aquí en automóvil? ¿No le interesa su seguridad? El año pasado cincuenta mil personas murieron en este país en accidentes automovilísticos.

—Pero el hecho es que ocurrió un temblor cerca de la presa más grande del mundo.

—Es la represa de tierra y roca más grande del mundo. Hay diques de concreto más elevados. Grande Dixence en Suiza mide doscientos ochenta metros. Y Nurek, si es que los rusos lo terminan algún día, tendrá más de trescientos. Lo que me agrada de un periódico es que observe una exactitud escrupulosa.

—¿La presa Cañón de la Sierra es a prueba de temblores?

—Es resistente a los temblores. No existe nada a prueba de sismos. La pequeña sacudida de la semana pasada fue de cinco punto cinco en la escala de Richter, y su

epicentro estuvo a ocho kilómetros de la presa. La estructura está diseñada para resistir un movimiento de seis punto cinco a ocho kilómetros. No ha habido un sismo tan fuerte en ese rincón del bosque en cien mil años.

—La pequeña sacudida, como usted la llama, paralizó la planta de electricidad durante cuarenta y cinco minutos.

—Eso fue resultado de que el equipo es demasiado bueno. Hay cientos de sensores en la presa y en la planta de energía eléctrica. Los ejes rotantes de los generadores de la turbina tienen noventa centímetros de diámetro, y si vibran más de un par de milímetros, todo se apaga automáticamente hasta que la situación pueda ser evaluada. Uno no se arriesga con generadores de un millón de dólares, ni con las presas.

—Pero, ¿no es verdad que los ingenieros contratistas que construyeron la presa pudieron no haber seguido en cada detalle sus especificaciones?

—¿Quién le sopló esa pregunta?, ¿el Club Sierra? La presa se construyó según fue diseñada. Me aseguré de ello pues estuve tres años en la obra, vigilando cada movimiento que hacía el contratista. Quería estar seguro de que la presa no les ayudara nunca a vender periódicos con su desplome. Ese es mi auto, así que me despido. Siento no haberle contado una historia mejor. Si está determinado a escribir acerca de la amenaza que representan las presas para la gente, tendrá que buscar en otro lado, no en California. Este estado tiene un departamento especial que no hace sino preocuparse respecto a las presas. La mayoría de los estados no tienen siquiera un sistema de inspección. ¡Es la pura verdad! Es un escándalo, muchacho, que merece la atención de su excelente periódico. ¡Maneje con precaución!

Los seis distritos hidrográficos que compartían la posesión de la presa Cañón de la Sierra llamaron a un grupo de ingenieros para determinar si el temblor había "comprometido en cualquier forma la integridad estructural de la presa". Aunque no se encontró daño en la estructura, casi un tercio de los dispositivos de medición y grabación, que se instalaron durante la construcción, quedaron fuera de servicio a causa del sismo. Esto no se tomó en cuenta porque el resto de los aparatos hacían que la presa siguiera siendo la que más controles activos tenía en el mundo. No se consideró necesario reemplazar los cables seccionados ni la tubería que iba de los sensores en el terraplén a los tableros de medidores en las galerías de inspección debajo de la presa.

Los túneles de drenaje e inspección se encontraban cobijados en el interior de un bloque tubular que corría como una espina dorsal por el terraplén al nivel de los cimientos. Las sacudidas que sufrió la presa abrieron las uniones de la construcción en el núcleo, lo que permitió el paso de aguas turbias hacia los túneles en las semanas que siguieron al movimiento sísmico. Aquello causó preocupación, pero se hizo una

lechada —inyección de una mezcla de arena, agua y cemento de secado rápido a través de agujeros hechos con taladro— que a fin de cuentas eliminó la filtración. Esta crisis temporal no se dio a conocer al público.

La primavera siguiente, como medida de seguridad, el embalse se llenó con lentitud, y su elevación se mantuvo a seis metros por debajo del máximo. No fue sino hasta el quinto año posterior al terremoto que el lago alcanzó su capacidad máxima. El 19 de mayo, por segunda vez en los diez años de existencia de la presa, el agua se derramó por encima del vertedero de concreto en el extremo derecho, lo que proporcionó un espectáculo maravilloso para los turistas. Una cortina de agua de casi ocho centímetros de espesor cayó en oleadas resplandecientes desde 300 metros de altura, y terminó en una explosión de rocío. Ninguno de los que escucharon el estrépito, o sintieron el viento frío y la bruma, o los que fotografiaron los arco iris podría olvidarlo jamás.

El 22 de mayo el agua que se deslizaba por el vertedero alcanzó un espesor de 28 centímetros, un nivel histórico. Además, los túneles de inspección y drenaje de la parte más baja, que descansaban en un lecho rocoso a 248 metros por debajo de la cresta, estaban bastante mojados. El agua tenía casi tres centímetros de profundidad en los pasillos, lo más hondo que el inspector Chuck Duncan hubiera tenido que vadear en sus rondas semanales. El agua se escurría, goteaba y se metía por cada agujero, fisura y cuarteamiento del drenaje, corriendo por los interminables tramos de escaleras de concreto en una serie de cascadas en miniatura. Había mucha más agua que de costumbre, pero no tanta como para que Duncan se sintiera obligado a hacer una anotación al respecto. Los túneles siempre se mojaban cuando el lago estaba en un nivel alto, y el formulario que tenía que llenar con las lecturas de los medidores no ofrecía espacio para comentarios por parte de un técnico inexperto.

Duncan odiaba los fantasmales túneles inferiores. Odiaba el largo descenso, el aire maloliente, la humedad y el silencio sepulcral. Las luces del techo estaban demasiado espaciadas como para poder disipar la penumbra y lo obligaban a depender de su linterna. ¿Cómo podría una persona, con sólo sus manos, escribir en una tabla con clip para sujetar papeles y además sostener la lámpara? Lo peor de todo era saber que todo el peso de la presa y del lago estaban directamente sobre él; el solo pensarlo hacía que algunas veces comenzara a transpirar a pesar del frío.

Una pesada puerta de acero marcaba la entrada a la Galería D, un túnel lateral de 30 metros de largo que albergaba muchos de los instrumentos de supervisión de la presa. Era difícil de abrir porque el temblor había desalineado la jamba. Duncan se puso la tabla con clip debajo del brazo y usó las manos para tirar de la puerta.

Estar delante del tablero de medidores al final de la Galería D era como pararse a mitad de una tormenta. Con los dientes castañeteándole y temblando Duncan garabateó las cifras de los medidores que podía ver y adivinó las de los que estaban

oscurecidos por el agua que caía. Lo que revelarían las lecturas de los medidores y la fuerte filtración no le tocaba decidirlo a él. Su única preocupación era llenar todos los espacios en blanco y salir de ahí. Una vez que estuviera de nuevo en la superficie, se tomaría un descanso, encendería un cigarrillo y pensaría en su próxima cita de viernes por la noche con Carla.

Capítulo 2

Después de sólo tres semanas en el sur de California, el empleado más nuevo de Roshek, Bolen & Benedetz, Inc., se encontró en una posición que le parecía extraordinaria: acostado en una mullida alfombra en Santa Mónica. Un mes atrás Phil Kramer podaba el césped en Wichita, Kansas.

—El hecho de que te hayas graduado —le dijo su madre— no te dispensa de cortar el pasto.

Cada vez que empujaba la ruidosa máquina cerca del porche se detenía a leer el documento apoyado contra los escalones:

Las autoridades de
LA UNIVERSIDAD DE KANSAS
otorgan a
PHILIP JAMES KRAMER
el grado de
DOCTOR EN INGENIERÍA CIVIL

¡Cómo amaba aquel pedazo de papel! En él estaban invertidos siete años que había pensado que no terminarían jamás. Y ahora, milagrosamente, se encontraba en el departamento de una joven a dos cuadras del océano Pacífico. No estaba muy seguro de lo que iba a suceder. Lo que Janet dijo era que él iba a recibir un masaje.

—Me has llevado a dos restaurantes caros —explicó ella—. Arreglaste mi auto. Ahora yo voy a hacer algo por ti. Voy a darte mi masaje corporal de lujo clase A. Tiéndete en la alfombra, frente a la chimenea, mientras me pongo la ropa de masajista.

Caminó hasta el tapete y dudó. ¿Qué tal si ella tan sólo estaba bromeando?

—No seas tímido —dijo la muchacha—. Te encantará.

Esperó acostado boca abajo en la alfombra, con la barbilla apoyada en el dorso de las manos disfrutando del calor del fuego. Lo que le parecía extraordinario era que aquella era apenas su tercera tarde juntos. Era tímido, especialmente con las mujeres. Cuando era niño, su elevada estatura y su indomable cabello rojo lo habían hecho sentir desgarbado y hasta ridículo. En la universidad todavía se sentía inseguro de sí mismo. Era demasiado alto y nervioso, con la nariz salpicada de pecas, lo que minaba su credibilidad. Había aprendido a vivir con la dura certidumbre de que cualquier chica que se interesara por él destacaría por su inteligencia, no por su belleza.

Había conocido a Janet Sandifer en un seminario de fin de semana acerca de nuevos lenguajes de computadoras. La miró varias veces durante las pausas para tomar café, pero no tuvo el ánimo necesario para iniciar una conversación hasta que ella le sonrió. La chica tenía un cuerpo bien delineado y de carnes firmes, y un rostro

que atraía como un imán. Se había graduado tres años antes de la Universidad de California, campus Los Angeles, donde obtuvo un doble título en computación y en matemáticas. Ahora trabajaba como analista de computadoras para una compañía en Torrance que se dedicaba al diseño y a la fabricación de instrumentos científicos.

Phil cerró los ojos y sonrió. Ciertamente las cosas marchaban bien para él. El haber terminado la carrera era una sensación maravillosa. Aún resonaban en sus oídos las palabras de alabanza de sus profesores por su ponencia acerca de la predicción por computadora de problemas en las presas. Luego consiguió un empleo en una de las firmas de ingeniería de mayor prestigio en el mundo.

Lo único que le había salido mal recientemente era la loca respuesta que la computadora de Roshek, Bolen & Benedetz le diera cuando aplicó su programa de predicción de problemas a la presa Cañón de la Sierra. Los resultados indicaban que la presa estaba a punto de reventar como un globo lleno de agua, lo que significaba que algo andaba mal con las computadoras o con la presa o con el programa. Las computadoras estaban en magníficas condiciones; la presa poseía un diseño reverenciado en todo el mundo. Así que el problema tenía que estar en algún lugar del programa. Se lo describiría a Janet. Tal vez ella pudiera encontrar algún error.

En ese momento la chica estaba arrodillada a su lado, vestida con una especie de bata japonesa.

—Tienes que entender —dijo ella— que no estoy tratando de seducirte. Sólo voy a darte un masaje. Cierra los ojos.

Presionó los dedos contra los músculos del cuello de Phil y le pidió que se relajara.

—Estás tan tenso como un resorte. ¿Nunca te habían dado un masaje?

—El masaje no es algo muy popular en Kansas.

Ella le comenzó a frotar el cuero cabelludo y le masajeó los hombros con las palmas. Presionando con fuerza y habilidad, empujó lentamente con las yemas de los dedos desde el cuello hasta la parte baja de la espalda.

—¡Se siente increíblemente maravilloso! —exclamó Phil—. No sé cuánto pueda soportar este placer. Me siento egoísta.

—Te estoy dando un regalo. Se supone que debes disfrutarlo.

Después que ella dijo eso, todo fue más sencillo.

Las oficinas generales de Roshek, Bolen & Benedetz en Los Angeles ocupaban tres pisos de la Torre Tishman en el bulevar Wilshire. Había cien empleados por cada piso; cerca de la mitad eran ingenieros que trabajaban en mesas de dibujo en un área central rodeada de oficinas.

El jueves 28 de mayo Phil Kramer llegó al trabajo una hora más temprano, se sentó a una terminal e instaló en la computadora su programa para la detección de

fallas en las presas ya rediseñado. La revisión era el resultado de cinco tardes de trabajo en colaboración con Janet. Ella no sabía nada de presas, pero sí cómo forjar una cadena lógica y cómo plantear preguntas que lo hicieron alterar algunos de sus cálculos numéricos. Fue ella quien sugirió que el modelo matemático original era demasiado pequeño y simple para que pudiera aplicarse a Cañón de la Sierra. El modelo tenía que ampliarse para que pudiera dar cabida a la totalidad de la estructura y al volumen de datos, mucho mayor que el promedio, que proporcionaban los instrumentos. El trabajo que realizaron juntos dio por resultado un programa a la medida de Cañón de la Sierra.

Una vez terminadas las necesarias operaciones preliminares, Phil abrió una copia del último informe elaborado por el inspector de la presa. Las lecturas de los instrumentos de la Galería D se habían tomado tres semanas atrás, cuando la superficie del embalse estaba a metro y medio por debajo del vertedero de la cresta de la presa. Alimentó cuidadosamente los datos en el sistema y luego dio instrucciones a la computadora para que hiciera un cálculo de las condiciones de la presa según "el mejor de los casos". Cuatro minutos más tarde aparecieron en la pantalla varias columnas de números. Cada una de ellas identificaba un bloque de 10 mil metros cúbicos de la construcción de la presa que mostraba características de filtración, presión, asentamiento o deslizamiento por encima de lo normal. Aparecieron en forma consecutiva en la pantalla 20 bloques bajo el encabezado "Sitios que exceden los valores predichos en el diseño." Cinco estaban marcados como "Críticos. Lleve a cabo una inspección visual."

Phil apretó los labios y movió la cabeza preguntándose si debía tirar el programa a la basura y comenzar desde el principio. Aparentemente estaba aún más equivocado que antes. Le pidió a la computadora que evaluara "el peor de los casos". Esta vez 47 bloques aparecieron bajo "Sitios que exceden los valores..." y doce se marcaron como "Críticos". Los caracteres desaparecieron y fueron reemplazados por la orden "Actúe de inmediato." Phil pidió un corte transversal de las secciones críticas. Mientras las imágenes triangulares aparecían en la pantalla, las líneas punteadas móviles indicaban el plano de debilidad máxima; en cada uno de los casos se encontraba a la menor elevación, entre el terraplén y los cimientos de roca.

Otro mensaje apareció en la pantalla: "¿Obtuviste pura basura? No llores. Verifica otra vez la basura que estás metiendo." Era uno de los mensajes que Phil había incluido en el programa para disminuir el tedio.

Cuando llamó a Janet a su trabajo ella le contestó con alegría.

—¿Cómo va todo en Ingeniería Colosal?

—Maravilloso. De acuerdo con el cerebro gigante nuestra mejor presa se está desmoronando en cuarenta y siete lugares al mismo tiempo. Janet, los resultados son peores que antes. No creo que nada ande mal con la lógica. Mis cálculos iniciales

deben de ser demasiado pesimistas.

—En eso no puedo ayudarte. ¿Por qué no se lo explicas a... como-se-llame Roshek? Es probable que él pueda encontrar la falla en un segundo.

Phil rió.

—Debes querer que me maten. Ese tipo me da un miedo espantoso. Deberías ver cómo se balancea en sus muletas por aquí en las mañanas. Te juro que con sólo una mirada ese hombre puede derribar a un tipo de su silla.

—Pero tienes que hablar con alguien.

—¿Acaso quieres que reúna a los colegas de más experiencia y les diga que según mis cálculos la presa Cañón de la Sierra va camino de Sacramento? Se tirarían al suelo muertos de risa. Apenas acabo de graduarme. Se supone que no debo actuar como si fuera un sabelotodo.

—Eres demasiado modesto. Y tienes un programa muy ingenioso. ¿No tienes un jefe con el que puedas hablar?

—Supongo que podría ir con Herman Bolen, el que me entrevistó antes de que me contrataran. Es un tipo agradable, pero un poco estirado.

—Habla con Bolen. Si la presa se cae mañana no querrás tener que decirle que sabías que iba a pasar pero que te dio vergüenza mencionarlo.

Phil pasó el resto de la mañana tratando de reunir el valor suficiente para pedirle a la secretaria de Bolen que le hiciera una cita con él. Dos veces llevó la mano al teléfono, pero la retiró al imaginar temibles visiones: "¿Está loco?", explotaría Bolen, "Tengo mejores cosas que hacer que hablar con niños respecto a sus alucinaciones." Otra posibilidad sería que Bolen lo despidiera en ese mismo momento por no dedicarle el cien por ciento de su atención al trabajo que tenía asignado.

Phil era parte de un equipo de cuatro personas que diseñaba un dique de terraplén relleno de roca para un desarrollo agrícola en Brasil. Pasaba la mayor parte de su tiempo revisando los dibujos y los cálculos de los otros, pero estaba seguro de que si ponía todo su empeño le darían más responsabilidades. Si todo marchaba bien, ese mismo año era probable que acompañara al jefe del equipo al sitio de la obra. ¡Un viaje pagado al Brasil! De haberse unido a una de las pequeñas firmas consultoras de Wichita no habría tenido semejante oportunidad.

Volvió a poner la mano en el teléfono. Tal vez Bolen se sintiera impresionado con un empleado nuevo que iba más allá de su asignación inmediata. Phil tomó en cuenta varios de los consejos que su padre le diera respecto a cómo triunfar en el mundo de los negocios. "Si tienes un problema que no puedes resolver, plantéaselo a quien sí pueda, y asegúrate de que tus datos sean correctos." Phil frunció el entrecejo. Los datos eran de tres semanas atrás. Mejor conseguía las lecturas más recientes de los medidores. Descolgó el teléfono e hizo una llamada a Cañón de la Sierra.

Herman Bolen tenía la segunda oficina más grande de la compañía. El lado izquierdo del escritorio se parecía al tablero de instrumentos de su avión privado. Con sólo tocar un botón podía llamar a su secretaria, hacer sonar cincuenta teléfonos alrededor del mundo, obtener las cotizaciones de la bolsa o abrir la rejilla de ventilación de las ventanas.

No le importaba en absoluto ser el número dos de una firma donde Theodore Roshek era el número uno. Roshek era un ingeniero brillante con una capacidad fuera de lo común para el trabajo y merecía las grandes ganancias que obtenía. Herman Bolen estaba, de hecho, profundamente agradecido con el viejo. Si Roshek no se hubiera arriesgado con él cinco años atrás, quizá seguiría esclavizado en la Oficina de Mejoras. Pero ahora, gracias a Roshek y al trabajo duro, disfrutaba de considerable poder y prestigio. Ganaba más dinero del que nunca soñó y desempeñó un papel preponderante en algunos de los logros de ingeniería más importantes del siglo: las Refinerías Integrales Iraquíes, el oleoducto de Alaska, el Canal de Sinaí y la presa Cañón de la Sierra.

Se sentía a gusto con Roshek, a pesar de que, por lo general, éste tenía modales rudos y cortantes. El estilo de Bolen era cortés y paternalista. Aplacaba las aguas que Roshek agitaba. Bueno, no todo en su vida era perfecto. Bolen lamentaba la disminución de su cabello y el aumento en su cintura. Su figura de pera ganaba peso inexorablemente; el ritmo actual era, según la calculadora de su escritorio, de unos 400 gramos por mes. Estaba claro que leer acerca de las dietas no era suficiente. En ese momento tocó un botón y en una pequeña pantalla de cristal apareció instantáneamente la hora con una exactitud hasta de centésimas de segundo en doce regiones. En Los Ángeles eran las 5:06:34:14 p.m. Ya podía dar por terminado su día de trabajo.

Se escuchó un ligero golpe en la puerta, y luego apareció la cabeza gris de su secretaria.

—Ese joven, el señor Kramer de allá abajo, vino a verlo —le dijo.

—¡Ah!, sí. Hágalo pasar.

Kramer, el muchacho al que acababan de admitir en la compañía. Bolen recomendó que lo contrataran. Era un muchacho simpático y bien educado. Justo el tipo de materia prima que la firma buscaba.

Kramer le agradeció por su tiempo con cierta torpeza y luego se sentó en el borde de una silla.

—Me dijo que si alguna vez tenía un problema me sintiera en libertad de venir a verlo.

Bolen sonrió amistoso. Tenía que darle confianza al chico.

—Y lo dije en serio. Sé lo difícil que es entrar en una gran organización recién salido del colegio. Es el enfrentamiento con el mundo real, ¿no es así? —soltó una

risita, júbilo que no fue compartido por su joven visitante, que permaneció sentado mirándolo, con el entrecejo fruncido. Bolen juntó las manos y se inclinó hacia el frente—. Bien, ¿cuál es el problema?

—Bueno, señor Bolen, sí tengo un problema. Creo que una de las estructuras de la firma... es decir, de acuerdo con un modelo por computadora en el que he estado trabajando... Señor, creo que la presa Cañón de la Sierra está, o podría estar, puede que esté equivocado, y espero que usted pueda mostrarme que estoy completamente equivocado al pensar que la presa está, bueno...

—Señor Kramer, simplemente plantee el problema de una manera ordenada. ¿Qué es lo que le pasa a la presa Cañón de la Sierra?

Phil volvió a comenzar.

—Durante mi doctorado elaboré un programa de computadora para aplicarlo en presas de terraplén y tratar de detectar condiciones que pudieran preceder a... bueno, a fallas. Se trata de un modelo matemático, construido con información proveniente de diez presas, respecto a presión intersticial, porcentajes de asentamiento, filtración bajo diferentes cargas hidrostáticas y demás. Incluye una comparación con presas que tuvieron fallas, material que obtuve al estudiar a Baldwin Hills y Tetón.

—Recuerdo haber leído sobre ello en su curriculum. Muy buen trabajo para un estudiante. Imaginativo —¿hacia dónde se encaminaba Kramer?

—No sólo utilizo la cantidad de presión, filtración, asentamiento y movimiento en las diferentes partes del terraplén, sino también sus relaciones entre sí y, lo más importante, el porcentaje de cambio de los valores conforme el embalse se llena.

Bolen asintió y trató de adoptar una expresión que demostrara tanto comprensión como una ligera impaciencia.

—Señor Bolen, fuera de horas de oficina he estado probando mi programa con los datos de Cañón de la Sierra. Lo que sucede es que —se detuvo— la presa, de acuerdo con este modelo no está... no está funcionando muy bien.

Bolen sonrió débilmente.

—Pero, por favor, señor Kramer...

—Suena ridículo, ya lo sé, y cuando pedí esta cita pensaba pedirle consejo para revisar mi programa, pero esta tarde comencé a preguntarme si no habré descubierto algo.

—¿Ah, sí? —Bolen comenzaba a mirar al joven ingeniero bajo una luz un tanto menos halagadora. Era inteligente, pero un poco inmaduro.

—Utilicé primero las lecturas de hace tres semanas, cuando el lago estaba a metro y medio de la cima. Esta tarde usé los valores del pasado viernes, el veintidós de mayo, cuando el agua estaba a veintiocho centímetros de espesor al pasar por el vertedero. La computadora mostró que... que...

—Que la presa se está cayendo.

Phil exhaló.

—Por completo, desde la sección transversal mayor hasta el lindero de la derecha. Mientras Bolen buscaba una respuesta que fuera adecuadamente sarcástica sin ser arrogante, le preguntó a Phil cómo había obtenido las cifras del viernes.

—Llamé a la presa —respondió Phil.

—¿Que hizo *qué*?

—Hablé con el encargado de mantenimiento e inspección. Un tal señor Jeffers. Me dijo que el nivel del lago está ahora más elevado que nunca.

—¿Llamó a Jeffers? ¿Y le dijo que trabajaba en Roshek, Bolen & Benedetz?

—Sí, señor. Le pregunté si había exceso de filtración en la Galería D. Respondió que el inspector no le había mencionado nada. Me informé respecto a los medidores que no están funcionando, y me sorprendió averiguar que desde el temblor de hace cinco años...

—Ya escuché suficiente—Bolen elevó la voz y levantó la mano para imponer silencio—. Éste es un asunto muy serio. Algo debe hacerse y no estoy seguro qué.

—Bueno, las compuertas de los vertederos podrían abrirse para comenzar a disminuir el nivel del embalse, y podría hacerse una inspección especial de...

—No me refiero a la presa —interrumpió Bolen prácticamente gritando—. ¡Me refiero a usted! Hay que hacer algo con usted —sorprendido por su propia vehemencia bajó la voz—. La falla por la que debemos preocuparnos en este asunto es su evidente pérdida de perspectiva. ¿Alguna vez ha visto la presa Cañón de la Sierra? ¿Alguna vez ha trabajado en el diseño o en la construcción de una presa de cualquier clase?... Así lo pensé —Bolen observó al joven ingeniero, cuyas mejillas se tornaban rojas. No pudo evitar sentir lástima por él. Había sido sincero. Con seguridad esperaba recibir un cumplido por sus esfuerzos. Bolen adoptó su bien ensayada postura tranquilizadora—. Quiero que cumpla únicamente con las obligaciones para las que fue contratado. No utilice las computadoras de la compañía para nada que no haya sido autorizado. No mencione a nadie lo que ha hecho, o, puedo asegurárselo, será el blanco de todas las bromas durante muchos años. Y, por encima de todas las cosas, no vuelva a llamar a la presa. Déjela en manos de aquellos que hemos vivido con ella desde el día en que fue concebida. ¿Está bien? ¿Estamos de acuerdo?

Kramer hizo un gesto con las manos y luego las dejó caer desalentado en su regazo.

—Los resultados del programa me asustaron —respondió con un tono suave—. A pesar de todo considero que se debería enviar a un inspector a la Galería D. Las lecturas en el lugar son demasiado elevadas para los estándares.

—Reconozco que te aferras a tus convicciones, aunque estén equivocadas —Bolen movió la mano vagamente en dirección a la puerta para indicar que la reunión

había terminado. Cuando Phil se puso de pie y se encaminó a la salida Bolen lo detuvo con un comentario final para animarlo—. No voy a mencionarle nada de esto al señor Roshek. Quedará sólo entre nosotros dos.

Kramer asintió y cerró la puerta a sus espaldas.

Treinta minutos más tarde, después de revisar él mismo el informe de Cañón de la Sierra, Bolen tocó un botón en su consola. Un teléfono sonó a ochocientos kilómetros de distancia en una planta de energía subterránea.

—Habla Jeffers.

—Herman Bolen. Temía que ya te hubieras ido.

—¡Hola, Herman! Claro que no, nosotros los de las montañas trabajamos día y noche. No somos como ustedes, los farsantes de la ciudad.

—Cuando quieras cambiamos de lugar para que respires este ambiente por una temporada. Larry ¿recibiste una llamada de uno de nuestros empleados, el señor Kramer, esta tarde?

—Sí. ¿De qué se trata? Parecía estar muy nervioso, en especial cuando se enteró de que muchos de los instrumentos dejaron de funcionar desde que tembló.

—¿Tú se lo dijiste?

—Lo mencioné de pasada. Me imaginé que si era alguien que trabaja para la compañía ya lo sabría. Llamé a Roshek para averiguar qué era lo que estaba pasando, ¡y la telefonista le pasó mi llamada hasta la ciudad de Washington! No quería importunarlo ahí. Él no conoce a Kramer y pareció un poco molesto por todo el asunto.

Bolen había estado garabateando, entre distraído e impaciente, en un cuaderno de notas. La punta de su lápiz se rompió cuando escuchó lo de la llamada a Roshek.

—Muchas gracias por el "favorcito"—dijo—. Ya es bastante difícil tratar con él cuando está contento.

Jeffers rió.

—Lo siento. ¿Te llamó Roshek?

—No, pero estoy seguro que lo hará. Kramer es un joven ingeniero al que acabamos de contratar. Le dimos un trabajo de investigación, pero no queríamos que empezara a telefonar a todo el país —rió para dar la impresión de que el asunto era trivial—. Pero al mirar algunas de las cifras que reunió veo que el drenaje en la Galería D está un poco excedido, ¿no te parece?

—Con relación al año pasado, sí, pero no demasiado.

—Pienso que la presa está bajo una tensión máxima por primera vez en años. Larry, quiero que realices una inspección visual de la Galería D. Personalmente.

Jeffers se lamentó.

—Herman, ¿sabes lo pesado que es ir allá abajo? ¡Doscientos escalones! Y Duncan ya estuvo allá el viernes pasado.

—Duncan no puede aplicar en el trabajo el beneficio de tu experiencia. Baja tú mismo, Larry, y llámame para que me describas lo que viste.

—¿Quieres que baje esta misma noche? Estoy exhausto.

—Sí, esta misma noche. Si hay algo que necesite hacerse deberán atenderlo de inmediato, debido a la elevación del embalse. No queremos que, si por algún milagro el joven Kramer ha descubierto algo, regrese a decirnos que nos lo advirtió.

Jeffers suspiró.

—Está bien, jefe. Te llamaré mañana.

Capítulo 3

Barry Clampett se presentó a sí mismo a Roshek y se disculpó por lo inconveniente de la hora.

—Cuando el Presidente se enteró de que estaba usted en la ciudad para la convención de ingenieros —explicó Clampett— pensó que sería buena idea tener una reunión. Primero permítame decirle que lamenta no poder estar aquí.

—Cuando el presidente de Estados Unidos extiende una invitación —dijo Roshek mientras ponía a un lado sus muletas y se acomodaba en una silla— uno no se pone a considerar si ésta llega en una hora apropiada o no.

Eran las nueve en punto y el cielo estaba oscuro. Roshek podía ver por la ventana las luces que brillaban en otros edificios gubernamentales. Se podía distinguir entre los árboles el Monumento a Washington, centelleando bajo las luces de los reflectores.

Roshek miró al hombre que tenía enfrente. Amable, hábil, astuto, impávido.

—¿Qué sucede? —preguntó Roshek—. Sé que han estado investigando sobre mí. Mis amigos me han dicho que el FBI los ha interrogado.

—Espero que no hayan sido demasiado molestos.

—Sólo me pregunto si es necesario. Mi firma ha hecho muchos trabajos para el ejército desde hace años. Creo que el gobierno tiene confianza en mí.

—Sí, pero se necesita más que eso para quedar bajo la mirada del público.

¿La mirada del público? Roshek había escuchado rumores de que lo estaban considerando para algún tipo de nombramiento, pero no los tomó en cuenta.

Clampett abrió una carpeta que tenía sobre el escritorio.

—Lo que necesitamos saber se relaciona con asuntos de índole personal. Hechos que podrían avergonzar a la administración si la oposición los sacara a la luz —tomó una hoja de la carpeta y la leyó en voz alta—. Theodore Richard Roshek. Nacido el veintidós de mayo de mil novecientos diecinueve. Graduado del Instituto Tecnológico de Massachusetts en mil novecientos treinta y nueve. Trabajó para la Oficina de Mejoras en construcción y diseño de presas. Sirvió con honores durante la Segunda Guerra Mundial en el Cuerpo de Ingenieros de la Armada. Se casó con Stella Robinson en mil novecientos cuarenta y seis. Sin hijos. Formó su propia firma consultora en el cuarenta y siete, que ahora está calificada por Engineering News-Record como la décimo-segunda más grande del país. Desde mil novecientos cincuenta y tres, uso parcial de las piernas debido a una poliomielitis no diagnosticada a tiempo.

—Espero que no haya pagado demasiado por esa información. La mayoría de esos datos puede encontrarlos en el Quién es quién en Ingeniería.

Clampett sonrió y luego le preguntó:

—¿Tiene una cuenta bancaria personal de más de mil dólares en algún país extranjero? —¡Ojalá!

—¿Alguna vez ha aceptado u otorgado un préstamo a una persona o compañía que tenga conexiones de alguna clase con el crimen organizado?

Roshek casi salta de la silla.

—¡Por supuesto que no! ¿De qué se trata todo esto?

Clampett apagó su cigarrillo y clavó la mirada en el hombre que estaba frente a él.

—El Presidente está pensando en conformar un Departamento de Tecnología. Eso requeriría de una gran organización: la Oficina de Mejoras, las funciones de carácter civil del Cuerpo de Ingenieros, Transporte, Ambiente, Energía, una docena de programas con fondos para investigación..., todo se pondría bajo una misma dirección. Necesitamos un hombre capaz para ponerlo a cargo y usted, señor Roshek, es uno de los que se están considerando de un grupo de ingenieros y científicos. Tendría el cargo de Secretario de Tecnología.

Roshek escuchó con creciente asombro. ¡Un puesto en el gabinete! Nunca había considerado seriamente semejante posibilidad. Estar a cargo de los fondos federales para la ciencia y la tecnología, decidir la política y las prioridades... Eso le proporcionaría un poder tremendo.

—Su corporación —continuó Clampett— tendrá que quedar a cargo de sus socios durante un tiempo, con sus acciones en un fideicomiso para evitar un obvio conflicto de intereses.

—Sí, por supuesto —Roshek pensó en su par de socios. Bolen era un segundón. Benedetz servía como tenedor de libros. Pero era probable que entre los dos pudieran manejar la firma por un tiempo sin causar daños irreparables.

—Usted está magníficamente capacitado para el trabajo—aseguró Clampett—. Se le considera un hombre imaginativo a nivel conceptual y conservador al momento de la ejecución. Sus diseños son notables porque son a la vez bellos y prácticos. Todo eso puede venderse.

—¿Venderse?

—A los votantes. Al Congreso. Su imagen pública, presentada a través de los medios de comunicación del país, sería la de un hombre con experiencia, determinación e integridad —volvió a permitirse esbozar otra pequeña sonrisa—. Verá, señor Roshek, en asuntos como éstos, la imagen de una persona es tan importante como la sustancia, si es que se quiere sobrevivir a las audiencias de confirmación del Senado.

Mientras Clampett seguía hablando, la mente de Roshek trabajaba a toda su velocidad. No le sería difícil poner sus acciones de la compañía en un fideicomiso temporal. Algunos gobiernos extranjeros estarían más que encantados de hacer

negocios con una firma cuya cabeza de facto era un importante miembro del gabinete de Estados Unidos. Una vez que su periodo oficial terminara, las líneas de influencia que habría tendido le darían la ventaja en una infinidad de contratos.

—Señor Roshek —continuó Clampett—, ¿apuesta usted?

—De vez en cuando, en juegos de póquer con los amigos; no mucho dinero.

—¿Alguna vez se ha emborrachado?

—No desde que Japón se rindió. Por amor de Dios...

—Estas son las áreas que nuestra gran prensa libre investigará una vez que su nombre salga a la luz. No tenemos interés en sus vicios secretos a menos que no puedan seguir siendo secretos. ¿Es sólido su matrimonio?

Roshek apretó los labios.

—¿Que si mi matrimonio es sólido! ¡Eso sí que me hace gracia! ¿Sabe cuánto tiempo he estado casado con Stella? ¿Unos ciento cincuenta años?

—Treinta y cinco —Clampett cerró la carpeta y la empujó hacia un lado—. ¿Hay algo más que debemos saber? ¿Cualquier cosa que pueda ser usada en nuestra contra... o contra usted? Piense con cuidado.

—Déjeme ver... no, creo que hemos cubierto todo lo fundamental —no había salido a relucir el nombre de Eleanor. Era seguro que los investigadores del gobierno lo habían descubierto, pero él no iba a mencionarla.

Clampett clavó su firme mirada en Roshek.

—Durante el pasado año —dijo— se le ha visto bastante en San Francisco con la señorita Eleanor James.

—Eso no es asunto suyo.

—Lo es si quiere que su nombre aparezca como uno de los nominados para uno de los puestos más importantes que jamás se hayan creado en el gobierno federal.

—Está bien, se lo diré. Durante los últimos cinco años he desarrollado cierto interés por el ballet. Doy una contribución monetaria al Ballet de San Francisco y conozco al personal. Eleanor James es una bailarina. Quiere iniciar su propio estudio pero necesita financiamiento. Me he reunido con ella varias veces para discutir un préstamo. Eso es todo.

—Ya veo. Y las reuniones tuvieron lugar en restaurantes de San Francisco como el Blue Fox, el Saint Tropez y La Bourgogne.

—Escuche. Esa chica es lo más maravilloso que me ha sucedido y no voy a renunciar a ella.

—Nosotros sólo le sugerimos que sea un poco más discreto. Los restaurantes públicos difícilmente son el mejor lugar para que un hombre casado al que se le está considerando para un elevado puesto administrativo en el gobierno realice reuniones de negocios con una atractiva chica soltera treinta años más joven que él. ¿No está usted de acuerdo? —Clampett se levantó y le tendió la mano—. ¿Aceptaría la

nomiación si se le ofrece?... Bien. Nosotros nos comunicaremos con usted.

El tortuoso cauce de 30 kilómetros de largo que el río Cañón de la Sierra horadó a través de las faldas de las colinas de Sacramento es tan estrecho en casi toda su trayectoria, que sólo da cabida a un camino rural y a una hilera de cabañas. Pero 18 kilómetros corriente arriba, desde la boca del cañón, el valle se amplía lo suficiente para albergar a las arboladas calles de Sutterton. En el siglo XIX Sutterton fue un pueblo tranquilo que floreció y creció con dificultades con oleadas sucesivas de buscadores de oro, mineros, leñadores y constructores del ferrocarril. Para la década de 1930 se había reducido a apenas un punto de partida para pescadores y cazadores.

En los años sesenta Sutterton fue asaltado por una nueva oleada de invasores: geólogos, topógrafos, analistas de suelos, hidrógrafos e ingenieros civiles que buscaban el mejor lugar para levantar una presa que rompería marcas de altura. Luego aparecieron representantes del Cuerpo de Ingenieros, de la Oficina de Administración de Tierras, de la División de Carreteras de California y de otras dependencias locales, del condado, del estado y federales que reclamaban jurisdicción sobre partes del proyecto.

Los dueños del proyecto, los Distritos Hidrográficos Conjuntos, asignaron la preparación de los planos y la supervisión de la construcción de la presa a la firma de ingenieros Roshek, Bolen & Benedetz, Inc. Un año antes de que el diseño quedara completo, esta compañía concedió dos contratos preliminares: la perforación de un túnel de desviación para que el río pasara alrededor de la obra, y una excavación en la que se construiría la planta generadora de energía.

El túnel de desviación de cinco metros de diámetro entraba por un costado de la montaña al nivel del río y surgía 1200 metros corriente abajo. La desviación del río hacia el túnel ya terminado fue presenciada por cientos de personas. La prueba se realizó en otoño, cuando el cauce del río estaba a una décima parte del flujo que alcanzaba durante la crecida de primavera. A una señal, una flotilla de camiones y buldózers tiraron carga tras carga de rocas en el río, las orillas fueron aproximándose poco a poco, hasta que su cauce quedó cerrado. El agua aumentó con rapidez, pero antes de que pudiera saltar sobre la barrera y arrastrarla, encontró la salida del túnel. Se escucharon vivas en el cañón cuando el agua entró por primera vez en el túnel y otra vez cuando surgió por las compuertas que se encontraban corriente abajo.

Una vez desviado el río, comenzaron los trabajos de cimentación de la presa. Excavadoras, palas mecánicas y buldózers removieron el suelo de un lado a otro del cañón, y luego cavaron un foso de 600 metros de largo, 150 metros de ancho y 45 metros de profundidad. Las fracturas se sellaron en las rocas de cimentación, bombeando lechada bajo presión en hoyos perforados a 30 metros de profundidad. Luego se construyó un bloque central de concreto de 24 metros de altura y 45 metros

de ancho que corría a lo largo del fondo del foso. En el interior de este núcleo se colocaron el drenaje y los túneles de inspección, a los que se llegaba por una serie de escaleras que bajaban hasta allí desde la planta de energía.

Una vez terminado el trabajo de cimentación, la presa tomó forma rápidamente. Cincuenta excavadoras y camiones recorrían 20 horas diarias el trayecto entre la obra y las canteras cercanas. En el centro se colocó arcilla impermeable, mientras que a cada lado, en zonas especificadas con precisión, se colocó tierra y roca. El material se distribuyó en capas de 30 centímetros de espesor y se compactó con aplanadoras.

Durante el año que siguió al otorgamiento del contrato de 200 millones de dólares para la construcción de la presa, la población de Sutterton aumentó al doble y durante el segundo año se volvió a duplicar. Los recién llegados eran especialistas en áreas como producción de concreto, operación de equipo pesado, levantamiento de estructuras de acero y remoción de tierra. Durante casi cuatro años los residentes de Sutterton fueron sacudidos por las explosiones y cubiertos por el polvo, pero pocos se quejaban. La presa había colocado otra vez al pueblo en el mapa. Aparecieron como hongos nuevas gasolineras, lotes de automóviles, oficinas de bienes raíces, tiendas de recuerdos y campamentos para tráilers. La carretera al sur del pueblo se llenó a la larga de todo tipo de franquicias de comida rápida, más una que se inventó ahí mismo: las "hamburguesas" de Dorothy.

Contemplar la construcción desde los miradores de las colinas, uno de los cuales estaba equipado con graderías y altavoces, se convirtió en una forma generalizada de entretenimiento. De acuerdo con una declaración que se emitía cada hora, la construcción de la presa requería de la colocación de tanto material como para edificar 30 veces la pirámide de Keops.

"Aunque la presa Cañón de la Sierra no es de concreto —se oía una voz monótona—, se requiere un millón de metros cúbicos de concreto para el bloque central, la cimentación de la planta de energía, el vertedero, los trabajos de entrada y salida del agua y un camino encima de la presa... lo suficiente para construir una acera de San Francisco a Nueva York de ida y vuelta, y aún sobraría algo. El agua que se acumulará detrás de la presa, durante su máxima elevación, ocupará una superficie igual a la de dieciocho mil setecientos setenta y cinco campos de fútbol.

"La estructura similar a una torre que pueden ver que se construye río arriba será de 250 metros, y su parte más alta quedará seis metros por encima de la superficie del agua. Se trata de la chimenea de ventilación, que entre otras cosas proporciona una entrada y salida de emergencia para el personal de la planta de energía. En su interior habrá un enorme tubo vertical que llevará a las turbinas de la planta. Se dejará pasar el agua a través de compuertas a control remoto en diez elevaciones.

"Los Distritos Hidrográficos Conjuntos esperan que hayan disfrutado de su visita y suplican que no tiren basura por el barandal."

Los vigilantes del acceso a la obra llegaron a acostumbrarse a cierta camioneta azul. El conductor era el diseñador principal del proyecto, Theodore Roshek, quien se hacía cargo personalmente de que los contratistas respetaran todos los detalles de las especificaciones de los planos. Todas las cuadrillas de trabajadores de la construcción se dieron cuenta de que era inútil tratar de recortar gastos, porque Roshek sacudiría sus muletas, se pondría rojo y amenazaría con clausurar la obra. Siempre estaba en movimiento, en su vehículo o a pie, a pesar de lo difícil que era para él caminar sobre terreno disparejo. Cada semana pasaba tres días en Los Ángeles atendiendo su compañía consultora, y cuatro días en la presa. Durante esos cuatro días, y en eso estaban de acuerdo los mil setecientos sesenta trabajadores del proyecto, logró hacerle miserable la vida a todos.

Una vez terminada la presa, se levantó enfrente del ayuntamiento una plataforma cubierta de banderillas y se llevó a cabo una ceremonia de inauguración, con discursos solemnes, animadas bandas de la escuela secundaria y una apetitosa barbacoa de pollo. Varios de los oradores mencionaron a Roshek. El contratista dijo que lo escrupuloso del ingeniero, su negativa a ceder incluso en los asuntos más triviales, había dado como resultado una pérdida general de cuatro millones de dólares para su compañía. La audiencia rió. Los contratistas siempre se quejaban de perder dinero. La risa se convirtió en aplauso cuando el hombre añadió que el resultado de la "mezquindad de ese hijo de tal por cual" era la presa mejor construida en la historia del mundo.

Lawrence Jeffers era un hombre alegre, que acostumbraba silbar y hablar consigo mismo mientras trabajaba. Ser el jefe de mantenimiento de la gran presa Cañón de la Sierra era un trabajo que le quedaba a la perfección. Amaba las amistosas laderas del paisaje de Mother Lode, le gustaba pescar en el lago detrás de la presa y, sí, también amaba la presa.

Eran más de las diez de la noche cuando Jeffers dirigió su camioneta hacia el túnel de acceso de la planta de energía al pie de la presa. Las luces de los postes de servicio a cada lado delineaban la constante curva hacia la izquierda que formaba el camino conforme penetraba en el interior de la montaña. Jeffers hacía sonar su bocina cuando transcurrían varios segundos, por si venía algún vehículo subiendo por la ladera, pero a esa hora lo más probable era que el único que estuviera trabajando fuera el operador de la planta de energía. Jeffers lo saludaría al salir, pero primero quería terminar con la visita a la Galería D.

A unos cien metros del portal, el túnel se abría en una caverna de roca sólida que era tan grande que podría albergar el edificio del capitolio del estado. Jeffers hizo girar su camioneta hacia una rampa perpendicular al piso que se encontraba debajo de la cubierta del generador. Iba a tener que caminar mucho y deseaba llegar lo más

cerca que pudiera de las galerías de drenaje. Al final de la rampa sus faros iluminaron las seis gigantescas turbinas, cada una de las cuales recibía la embestida de 900 metros cúbicos de agua por segundo. En el centro de cada una había un eje rotatorio de acero conectado al generador, ubicado un piso más arriba. Los generadores producían 140 mil kilovatios cada uno y podrían satisfacer la demanda de una ciudad de más de un millón de personas en la hora pico. Las cifras acudían con facilidad a la mente de Jeffers pues las había estado recitando durante años a los visitantes que iban, desde senadores hasta niños de escuela. Mientras conducía lentamente sobre la cubierta de acero a un lado de las turbinas, podía escuchar su murmullo eléctrico, pero los gigantes rotos estaban tan bien balanceados que no se detectaba ninguna vibración.

Se estacionó detrás de la sexta turbina, al final de la cámara, se puso su casco salpicado de lodo, subió por una escalera de acero y abrió de un tirón una puerta metálica marcada con las palabras peligro, no entrar. En el interior había una repisa llena de linternas. Tomó una de ellas y comenzó a recorrer un túnel tenuemente iluminado, de unos dos metros y medio de diámetro, que parecía alargarse hasta el infinito.

"Gracias a Dios que traigo puestas las botas", pensó, pues había agua por todas partes: se filtraba por fracturas del grueso de un cabello en el revestimiento del túnel, caía en vaporosos velos desde las uniones de la construcción, salía de los hoyos de drenaje taladrados en el concreto para evitar que la presión se acumulara. El canal paralelo a la acera estaba lleno de agua que se arremolinaba mientras se dirigía al siguiente sumidero, donde unas bombas la conducirían hacia unos tubos de descarga corriente abajo. Jeffers se arrebujo en su chaqueta; el aire no sólo estaba húmedo, también estaba frío.

Muy pronto estuvo tan lejos de la planta de energía que lo único que se escuchaba era el suave gotear y escurrir del agua que se filtraba, y sus propias pisadas. El túnel se encaminaba de pronto hacia abajo. Jeffers se paró en lo alto de una larga serie de escalones e iluminó el trayecto con la linterna. ¡Dosecientos escalones sin un solo descanso para romper la monotonía!

—Vamos —murmuró para sí al iniciar el descenso—. Necesitas el ejercicio.

Jeffers no le dedicó ni un breve pensamiento al lago que estaba sobre su cabeza, lago que constantemente buscaba los puntos débiles de la presa, que se apretaba sin descanso contra ella con una fuerza aplastante. Tampoco se preocupó en absoluto por el agua que se filtraba en el túnel por cada uno de sus lados. Todas las presas tenían filtraciones, y eso no representaba ningún peligro, a menos que se tratara de un incremento repentino, o que el agua estuviera lodosa, o que entrara bajo presión. Se trataba sólo de una molestia que se resolvía con drenaje.

En lo que Jeffers estaba pensando era en un artículo que acababa de leer esa tarde

respecto a los autos eléctricos. "¡Ah, cómo le atrae al público la idea de los autos eléctricos! ¿O sólo a los periódicos? Conduzca su auto 150 kilómetros a 60 kilómetros por hora, y luego conéctelo durante doce horas. Y mientras, ¿qué? ¡Uno se sienta en el borde de la acera a leer un libro! Sí, pero no contamina el aire, dicen los ecologistas. ¡Por supuesto que sí! Para recargarlo tiene que haber una planta generadora en alguna parte, quemando todo ese precioso petróleo árabe. Lo que están haciendo con los autos eléctricos es trasladar la contaminación de los escapes a las chimeneas. Y, mientras tanto, California se encamina a un terrible déficit de energía", se dijo Jeffers, "y tampoco será dentro de diez años. ¡Ya está aquí! ¡Lo que California necesita es energía}."

Se detuvo y examinó las paredes del túnel, veteadas donde la filtración constante había dejado depósitos minerales. La parte superior de una de las cajas de fusibles tenía una capa de diez centímetros de sedimento de color óxido. Continuó su recorrido hacia abajo. Comenzaba a sentir un agudo dolor en los muslos. De regreso, la subida sería criminal.

—La energía hidroeléctrica es la mejor, no se tiene que ser un genio para darse cuenta —hablaba en voz alta, imaginando un mar de rostros de la Cámara de Comercio que manifestaban su acuerdo—. Es barata y limpia, proporciona control de las corrientes y agua para irrigación y esparcimiento. Así que, ¿por qué no construyen cien presas más? Les diré por qué, compatriotas. Porque el Club Sierra y los Amigos de la Tierra y el Fondo de Defensa del Ambiente no quieren que lo hagamos. No inunden el valle, dicen. No arruinen los ríos... Bueno, mis amigos, a mí me gustan los ríos salvajes, ¡pero también me gusta la electricidad!

Había llegado al pie de las escaleras. Miró sus botas y vio que estaba sumergido en doce centímetros de agua. Revisó las tres bombas eléctricas a un costado de la cámara. Dos de ellas no estaban funcionando. Jeffers abrió la puerta de metal de una caja que se encontraba en la pared; dos de los interruptores de circuito se habían desconectado y no había corriente. "Probablemente se sobrecalentaron", razonó, al tiempo que los ponía en la posición correcta y escuchaba que los motores volvían a funcionar. "Tienen que trabajar día y noche cuando el lago está tan crecido; tal vez deberíamos poner otras dos bombas. Bueno, la galería estará seca en uno o dos días."

Se internó más profundamente en el túnel. Se detuvo delante de un tablero de medidores, los iluminó con la linterna y comenzó a garabatear números en un cuaderno. El agua caía de la parte superior del túnel casi como lluvia, y él tenía que buscar la manera de evitar que las hojas se empaparan. Jeffers tuvo que admitir que varias de las lecturas eran mucho más elevadas de lo que él recordara haber visto jamás. Debían de haberse abierto cuarteamientos nuevos y habría que sellarlos con lechada.

Una tercera parte de los medidores no funcionaba, la mayoría víctima del temblor

de cinco años atrás. Varios tubos de plástico que conducían a los sensores en el terraplén quedaron aplastados o seccionados por el asentamiento; otros de los medidores se habían corroído o gastado; así que algunos instrumentos estaban descompuestos. "¡Gran cosa! Antes no necesitábamos piezómetros", pensó Jeffers, "ni medidores de esfuerzo ni todo lo demás, y las presas que construimos entonces todavía están en pie."

Aunque era cierto que todo estaba demasiado lleno de agua. Duncan debió haberlo mencionado. El problema con Duncan era que siempre trabajaba según el reglamento. Llenar los espacios, eso era todo lo que le interesaba. Demasiado lleno de agua. Iba a ser interesante ver la Galería D. Si la situación era tan mala como la que estaba viendo, tendría que decirle a Bolen que había que tomar medidas correctivas.

Trató de abrir la puerta de la Galería D. La perilla no dio vuelta. La tomó con ambas manos y le aplicó toda su energía. Encogiendo los hombros y apretando con tanta fuerza como pudo, logró hacer girar lentamente la perilla por completo a la derecha.

La puerta de acero explotó como un cañón y envió a Jeffers disparado hacia atrás, sobre el piso. Al instante lo aplastaron varias toneladas de agua, que lo arrastraron por el túnel en una inundación de revueltas y turbulentas aguas. Cayó una y otra vez, golpeándose contra el piso y las paredes las rodillas, los codos y la cabeza, mientras el torrente pasaba sobre él. Con creciente rapidez el agua rebasó los cincuenta metros, hasta que llegó a las escaleras de concreto. Jeffers, inconsciente a un metro por debajo de la superficie, abrió la boca espasmódicamente e inhaló.

Capítulo 4

Una limusina de la Casa Blanca llevó a Theodore Roshek de regreso a su hotel, donde un atento botones lo esperaba con una silla de ruedas. Lo guiaron dentro del ascensor y lo llevaron hasta su piso.

—Ya llegamos, señor.

Roshek se puso de pie con dificultad y se acomodó en sus muletas; luego el botones lo acompañó a la habitación y muy amablemente le abrió la puerta.

—Gracias —dijo Roshek mientras sacaba un billete de diez dólares de su bolsillo—. Toma. Ve a comprarte un silbato nuevo.

Roshek cruzó la habitación hasta el extremo más alejado y se sentó en la cama. Si hubiera mirado hacia el cuarto contiguo de su suite habría visto una franja de luz bajo la puerta del baño. Como esa misma tarde, más temprano, había acompañado a su esposa al aeropuerto, daba por hecho que ella estaba camino de Los Angeles. Ella pensaba quedarse a su lado en Washington hasta el día siguiente, pero esa mañana, con brusquedad poco característica en ella, decidió regresar a casa en el siguiente vuelo disponible. No le explicó por qué.

Levantó el teléfono, moviendo la cabeza porque se sentía incapaz de comprender a su esposa. Tenía sus ventajas el que se hubiera marchado. Una era que podía llamar a Eleanor desde la comodidad de su habitación en lugar de hacerlo desde la incómoda cabina de la recepción.

¡Qué contenta se iba a poner Eleanor cuando supiera que lo habían elegido para un puesto en el Gabinete! Escuchó mientras el teléfono sonaba en el otro extremo de la línea y trató de imaginarla cruzando la habitación, el exquisito equilibrio con el que realizaba cada gesto. Evocó la imagen de su cara ovalada, el cabello negro recogido apretadamente hacia atrás, su piel de alabastro, y el delicado gris de sus ojos...

—¿Bueno? ¿Eleanor? Habla Ted. ¿Cómo estás, querida? Sí, estoy bien, y te extraño muchísimo. Te tengo una noticia increíble...

Al escuchar la voz de su esposo, Stella Roshek se acercó al espejo del baño y terminó de retocar su maquillaje. Se sintió satisfecha al ver que no quedaban rastros de las lágrimas que le pusieran los ojos enrojecidos y le corrieran la pintura por las mejillas; aspiró profundamente y abrió la puerta. Iba a tener que enfrentarse a él y lo mejor sería que lo hiciera ahora.

Phil trazó levemente con la punta del dedo el contorno de las orejas de Janet, de sus ojos, de su boca.

—Allá en Kansas una mujer tan hermosa como tú hubiera parado el tránsito —dijo, y la besó.

—No soy hermosa —susurró—. Soy bonita. Una chica bonita a la que le gustas mucho.

Phil se cubrió los ojos con la mano.

—¿Por qué no puedo quedarme contigo de día y de noche? ¿Por qué la vida tiene que incluir los sermones de Bolen y citas para que Roshek me haga pedazos?

—Y, ¿de qué manera Roshek está en esto? Dijiste que Bolen no iba a decírselo.

—Llamé a la presa y hablé con un tal Jeffers. El llamó a Roshek y le preguntó quién era yo. Roshek no tenía idea, pero le dijo a Bolen que me tuviera en su oficina en el momento mismo en el que llegara del aeropuerto.

Janet lo pensó un momento y luego dijo:

—Tal vez Roshek quiere felicitarte por tu preocupación acerca de la seguridad pública.

—Lo que quiere es aplastarme. Aparentemente está más que furioso. Hasta Bolen se escuchaba asustado. Me llamó a casa hoy, después del trabajo, y me aleccionó respecto a cómo actuar con el viejo. Me dijo que, si apreciaba mi trabajo, no me defendiera. Supongo que sólo dejaré aflorar mi cobardía natural.

Janet rió.

—Creo que ya sé por qué me gustas tanto. Porque me tratas como lo que soy, tu igual desde el punto de vista intelectual. Porque eres considerado, amable y sensual. No tienes idea de a cuántos sapos he tenido que besar. ¡No te rías! El año pasado...

—¡No quiero que me cuentes al respecto! Ya tengo bastante en la cabeza sin tener que pensar también en tus amantes.

—De eso se trata justamente. No tuve ninguno.

—Bien. Ahora sí eres en verdad liberada. Quiero que me acaricies la cabeza y que me digas que todo va a estar bien —acomodó la cabeza en el hombro femenino y cerró los ojos.

—Pobre bebé —lo consoló ella acariciándole la cabeza—. Todo va a salir bien. Ese horrible y viejo señor Roshek no te hará ningún daño. Si te dice algo que te haga llorar, siempre puedes mudarte conmigo y vivir de la seguridad social.

—Eres maravillosa, Janet.

Eleanor James extendió lánguidamente el brazo a un lado de la cama y colocó el auricular del teléfono en su sitio. Entrelazó sus ágiles dedos sobre el vientre y levantó con elegancia la pierna izquierda en el aire, con el arco del pie extendido, hasta que apuntó al techo. Su pierna era larga y recta, delgada pero tan fuerte como el acero.

—Se siente bien estirarse después de estar encerrada en el auto —su voz era aguda, como la de una niña.

—Supongo que ése era el viejo retorcido —respondió el hombre joven que estaba tendido a su lado, al tiempo que levantaba la pierna hasta que la puso a la altura de la

de ella.

—Sí. Le van a dar algún tipo de trabajo en el gobierno. En realidad no lo estaba escuchando.

—¿Te llama todos los días?

—Por supuesto. Me ama. Eso es lo que haces cuando te enamoras de alguien — lentamente flexionó la pierna izquierda hasta que la rodilla le tocó el mentón, mientras mantenía la pierna derecha completamente levantada y recta.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir con él?

—Hasta que le saque el dinero.

—¿Y luego qué? ¿Lo cortarás tan fácilmente?

Ella se miró las piernas con satisfacción.

—Bueno, no lo sé. Hay ciertas ventajas en ser la adoración de un hombre rico. Por ejemplo, me compra joyas. Cambia el disco, ¿sí, corazón? Ya me cansé de escuchar a Ravel.

Él se levantó y caminó hasta el tocadiscos. Ella contempló su bello cuerpo de bailarín, los hombros anchos y la cintura estrecha. Cuando regresó a la cama, ella bajó las piernas y se sentó.

—¿Por qué, Russell Stone? —preguntó con una encantadora sonrisa—. ¿Estás celoso de un viejo?

Él negó con la cabeza.

—Simplemente no entiendo cómo puedes hacerlo. Todo este asunto es repugnante.

—Quiero tener mi propio estudio de danza, y él puede dármelo. Además, puede ser muy tierno —miró más allá de él, hacia la ventana, a los árboles, a las paredes del cañón al otro lado del río—. Me trata como si yo fuera una magnífica obra de arte. Me dijo que a mi lado, la estructura más impresionante que haya diseñado jamás parece un castillo de arena.

—Reconozco que ha sabido encontrar la llave mágica de tu corazón: el halago.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Russell, no deberías burlarte del hombre cuya hospitalidad disfrutas.

—Sin que lo sepa —miró a su alrededor. Por la puerta abierta podía ver una enorme chimenea y el piso de madera de la sala—. Es extraño no escuchar el ruido del tránsito. Me pongo nervioso cuando no estoy en la ciudad.

—No estamos precisamente sin las comodidades modernas. Ésta es quizá la casa más lujosa de todo el valle. Hasta tiene un nombre que aparece en los mapas del condado: Creekwood.

—Es cierto que es un sitio elegante, pero todavía no sé cómo voy a soportar estar aquí durante dos días completos.

Eleanor se levantó.

—Vamos a dar un paseo por el río y a llenar nuestros pulmones con el aire de la montaña. Tal vez te agrade.

Lo tomó de la mano y tiró de él hasta ponerlo de pie.

Valía la pena ver el río. En la planta de energía de Cañón de la Sierra, quince kilómetros corriente arriba, se estaba liberando el máximo de agua para generar energía eléctrica durante las horas pico. El río estaba a punto de desbordar las orillas al bajar por el cañón. Era un espectáculo vigorizante.

—¿Qué sucedió, Stella? ¿Perdiste el avión? Roshek puso el teléfono a un lado, mientras su esposa se sentaba en una silla frente a la cama. Ella se movía con calma, como si hubiera ensayado, y sus ojos estaban llenos de una fuerza que él jamás había visto. ¿Acaso habría escuchado toda su conversación con Eleanor?

—No abordé el avión —respondió—. Te he estado esperando en la otra habitación, contemplando cómo oscurecía. Roshek hizo un esfuerzo para sonreír.

—¡Me diste un susto espantoso! —luego añadió con preocupación—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. De hecho me siento estupendamente, porque por fin he tomado una decisión respecto a algo que me ha estado haciendo sentir mal durante años. Regresé para decírtelo. Mañana voy a pedir el divorcio.

—¡Oh, vamos, Stella, por el amor de Dios! ¿Por qué quieres hacer eso? Estás molesta por algo. Estoy seguro de que si lo discutimos...

Ella movió la cabeza.

—El hecho de que tengas que preguntarme... Entre otras cosas es por eso que quiero el divorcio. Eres tan egocéntrico, Theodore, tan metido en ti mismo y en tu trabajo, que ignoras por completo cuán profundamente me has ofendido.

—Quieres divorciarte de mí porque escuchaste mis llamadas telefónicas. En tu mente has convertido algo inocente en...

—No hay nada inocente en Eleanor James —Stella interrumpió cortante—. Sí, no pongas esa cara, lo he sabido desde el principio. Recuerda que estuve en aquellas fiestas de la compañía de ballet en San Francisco, cuando la vimos por primera vez. Observé cómo te adulaba, y cómo la lisonjeabas tú. Durante meses hablaste de ella y buscabas excusas para ir a San Francisco. Luego de pronto dejaste de hablar, pero continuaron tus viajes.

Ella volvió la cabeza y luchó por mantener el control.

Roshek apretó los labios y luego dijo:

—Y sólo por conjeturas semejantes quieres terminar un matrimonio que ha durado...

—¡Los han visto juntos! —interrumpió mirándolo a la cara—. Muchos amigos me lo han dicho. No digas que eres inocente. Te escuché hablar por teléfono. No

estoy sorda. Ni soy estúpida.

Roshek se dio cuenta de que sería peor tratar de defenderse pues intentarlo podría hacer que Stella saliera corriendo histérica a la recepción. Pero tenía que hacer algo para hacerla cambiar de opinión respecto al divorcio, o al menos retrasar la solicitud hasta después de las audiencias de confirmación del Senado. También habría muchísimos problemas financieros si Stella pedía la mitad de sus acciones en la compañía como parte de los bienes de la sociedad conyugal.

—Tal vez he sido un tonto —se obligó a decir—; pero, Stella, mis sentimientos por ella no igualan lo que siento por ti.

Ella movió la mano e hizo un sonido de disgusto.

—No sientes nada por mí. No como tu esposa. Soy tu secretaria social. Dispongo la comida en tus cenas de negocios. Piensas en mí como en uno de tus empleados, nada más. Bueno, mi querido Theodore, los empleados pueden renunciar. Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Estás haciendo una tormenta en un vaso de agua. ¡Eleanor James no significa nada para mí! No puedes divorciarte. No después de todo lo que hemos pasado juntos.

Miró a su esposa, sentada frente a él con inmovible compostura. Estaba claro que la posibilidad de reducirla a las lágrimas era bastante remota.

—Eres una mujer muy hermosa, Stella —una hermosa mujer capaz de obtener una orden de la corte para congelar sus bienes que forman parte de la sociedad conyugal y destruir así la capacidad financiera de la compañía—. No te he prestado toda la atención que mereces. He estado trabajando demasiado, tratando de lograr que la firma sea la mejor de todas y parece que estoy a punto de lograrlo. Eleanor me distrajo, hizo que me comportara, ahora me doy cuenta, como un tonto. Por favor, perdóname.

—No, Theodore, ya no puedes manipularme otra vez. Esto se acabó. Nada de lo que digas ahora me hará olvidar cuánto me heriste. ¡Cómo se iluminaban tus ojos cuando Eleanor James te sonreía! Probablemente piensas en ella en la misma forma que en los diseños de ingeniería. He escuchado la frase cientos de ocasiones: una hermosa combinación de forma y funcionalidad. Eso dijiste de la nueva planta de tratamiento de aguas residuales de Sacramento. Líneas graciosas, dijiste. ¿Le dices a Eleanor James que es más bella que cualquier planta de tratamiento de aguas negras? ¿Eso le murmuras al oído mientras ella acaricia tu cartera? —se levantó y puso la mano en la perilla de la puerta.

—¡Siéntate, Stella! Tenemos que solucionar esto.

—No me grites. Ya no me asustas. Alguna vez lo hiciste, ¿lo sabías? Tan seguro de ti mismo, tan acostumbrado a que la gente bailara al son que tú tocabas. Nunca supe muy bien hacia dónde iba, así que te seguí y te ayudé a conseguir tu meta, que,

según entiendo, es convertirte en el ingeniero más rico sobre la faz de la tierra. Bueno, mi vida no ha terminado todavía. Me voy al aeropuerto. Adiós.

—Stella... —Roshek se incorporó y pudo dar varios pasos torpes hacia ella antes de que sus piernas se doblaran. Se asió de una silla para evitar caer al piso. Hizo un gesto—, ayúdame...

Ella se detuvo en la puerta mirándolo con tristeza.

—Nunca pensé llegar a verte recurrir a eso —dijo—. Si necesitas ayuda, te sugiero que llames a la recepción.

Capítulo 5

Un maltratado Volkswagen verde con una margarita de plástico en lo alto de la antena se estacionó detrás del Centro de Tratamiento Integral para la Salud, en Berkeley, California. Un hombre delgado, con una barba rala, que llevaba puestos unos pantalones vaqueros desteñidos, salió del auto y caminó hacia la entrada que estaba del otro lado del edificio de un solo piso construido con bloques de cemento.

La recepcionista se quedó impresionada cuando él se anunció. —El doctor Dulotte lo espera —dijo la chica con una sonrisa—. Le avisaré que ya llegó.

Diseminadas sobre una mesita se encontraban varias revistas de salud y deporte. El hombre vio su fotografía en la portada del *Western Strider*. KENT SPAIN GANA OTRA VEZ, decía el encabezado. "Pase a la página 32 para descubrir sus consejos sobre cómo obtener rápidamente energía."

—¿No quiere sentarse? —invitó la recepcionista—. El doctor podría tardar algunos minutos.

—No, gracias. Estar sentado es malo para la región lumbar. Caminó por la sala de espera, mirando los testimonios enmarcados de pacientes satisfechos. El Centro de Tratamiento Integral para la Salud era una mezcla de medicina y misticismo que atraía a una amplia gama de atletas y a quienes deseaban llegar a serlo. El directorio del edificio mostraba que podían hacerse citas con un médico general, un nutriólogo, un terapeuta físico, un psicólogo del comportamiento, un hipnólogo, un acupunturista, un reflexiologista del pie y un sacerdote budista. Todo esto era concepción de David Dulotte, doctor y hombre de negocios, más lo último que lo primero. El centro estaba bajo escrutinio constante de las dependencias del gobierno y de la Asociación Médica Estadounidense. A nadie del personal le importaba lo que pensara esta institución, porque ninguno era miembro de ella.

Llegó el Dr. Dulotte. Era un hombre entusiasta, vivaz y corpulento con anteojos de armazón de acero, que sacudió la mano de Kent Spain vigorosamente a la vez que lo conducía a su oficina.

—¡Qué gusto de verte, Kent! ¡Siéntate! —se sentó a su desordenado escritorio y extendió los brazos—. ¿Qué te parece nuestro pequeño establecimiento?

—Me parece que has hecho un negocio redondo.

Dulotte rió halagado.

—Les damos a nuestros pacientes un tratamiento más completo que cualquier otro hospital en el estado. Tenemos termografía, pletismografía y el ultrasonido Doppler. Miramos los globos oculares; es decir, indoioogía. Somos la única institución en los estados del oeste que utiliza la moxibustión. Siéntate, ¿quieres?

—Estuve sentado en el auto. ¿Qué es exactamente moxibustión?

Dulotte aplaudió con alegría.

—¡Me encanta! Es lo último que ha llegado de la antigua China. Digamos que un corredor llega con un dolor en la cadera. Le ponemos un pequeño montoncito de hojas de ajeno con algunas especias y hierbas secretas —no sé exactamente cuáles son—. ¡Y las encendemos! ¡La gente dice que les ayuda! Yo creo que lo que pasa es que se distraen tanto por la quemadura que se olvidan del problema original.

—Eres un charlatán, doc. Un verdadero matasanos.

—No soy monedita de oro —dijo Dulotte encogiéndose de hombros—. Nuestra política es darle al cliente lo que pide, siempre que no resulte peligroso. Lo que nuestros clientes quieren actualmente es todo lo que viene de oriente, bueno o malo, así que estoy importando cualquier cosa que me pueda servir.

De un pequeño bar al lado de su escritorio el doctor Dulotte sacó una botella verde y alargada, se la mostró a Kent y sirvió un líquido oscuro en dos vasos.

—Pruébalo —le dijo—. Es agua mineral de la provincia de Sichuan. Ya vendí una tonelada a diez dólares el cuarto. ¡Brindemos por tu decisión de convertirte en profesional!

Spain tomó un trago e hizo un gesto.

—Es una broma, ¿verdad? ¿Un corredor de maratón convertirse en profesional? Tendré suerte si gano lo bastante para el boleto del autobús.

—Te sorprendería lo que puedes llegar a ganar. Los patrocinios son un gran negocio. Claro que depende de lo que patrocines.

—Por teléfono me dijiste que si le daba crédito a tus zapatos por ganar una carrera me darías dos mil quinientos dólares. Lo haré. Tengo treinta y tres años y no estoy corriendo tan rápido como antes.

Dulotte sonrió de manera condescendiente.

—Si haces lo que te digo tus problemas terminarán. ¿Es buena tu condición física?

—No tanto como hace un año. Sólo corro cien kilómetros por semana. Solía recorrer un mínimo de ciento cincuenta.

—¿Crees que podrás ganar el maratón de mañana? Tommy Ryan participará.

—¿Sí? Puede ser difícil de vencer. Yo le apostaría a él.

—Y yo apuesto por ti —Dulotte miró su reloj—. Te aseguro que a esta misma hora mañana por la mañana estarás cruzando la línea de meta frente al ayuntamiento de Sutterton. El lunes, si aceptas firmar un contrato de servicios personales que tengo preparado para ti, podrás presentarte en el banco que tú quieras a cobrar un cheque por diez mil dólares.

—Hombre, frena tu caballo. No puedes ganar esa cantidad de dinero conmigo.

—Claro que sí. Mira, ¿qué sucedería si resulta que impones la mejor marca de tu vida mañana, mientras utilizas, comes y bebes productos hechos por Jog-Tech, que casualmente es mi fábrica subsidiaria en Hong Kong?

Kent Spain comenzó a pasearse delante del escritorio de Dulotte.

—¿Y cómo voy a lograr correr mi mejor tiempo? ¿Rezando? ¿Con magia?

—No. Haciendo trampa —Dulotte dejó que las palabras hicieran su efecto mientras Spain ponía las manos en el escritorio y lo miraba—. Al principio podrás obtener diez mil dólares. Pero si aprendes a hablar puedes ganar el doble en un circuito de conferencias, aun después de que yo tome el quince por ciento.

Spain se dejó caer en una silla.

—¡Diez mil! ¿Cuál es el plan?

Dulotte desplegó un mapa y trazó una línea.

—La carrera comienza aquí, sigue por la carretera, luego por un camino, y luego por un sendero a través del bosque. Lo que tienes que hacer es correr cada kilómetro y medio en cinco minutos durante los primeros veinticinco kilómetros. Ryan, en esta etapa, tratará de lograr cinco siete o cinco ocho.

Spain se veía preocupado.

—Terminaré agotado. Tendré que arrastrarme los últimos diecisiete kilómetros.

—No, no lo harás. Mira el mapa —señaló un punto con el dedo—. El sendero sale del bosque en este lugar, pasa sobre la presa Cañón de la Sierra y vuelve a internarse en el bosque al otro lado. Después de eso es un largo retorno a través de un espeso bosque todo el camino colina abajo. Recorrerás esa parte en bicicleta, amigo, recuperando el aliento y silbando.

—¡En bicicleta!

—En bicicleta. Yo estaré escondido entre los arbustos, esperándote. Busca una camiseta atada a una rama. Asegúrate de ser el primero que llegue ahí. No hay ningún otro puesto de auxilio hasta llegar al kilómetro treinta.

Spain volvió a saltar de la silla, y empezó a pasearse inquieto de un lado a otro.

—No funcionará —dijo—. No hay manera. Si alguien me cronometra en la presa, el encargado de verificar los tiempos en el kilómetro treinta se dará cuenta más tarde de que hay gato encerrado. Estás loco, doc.

—Lo que nos lleva a la verdadera belleza del asunto. Yo soy el del kilómetro treinta.

Spain se detuvo y lo miró.

-¿Tú?

—Yo —Dulotte hizo un resumen del plan trazando una línea en el mapa—. Estarás diez o quince minutos adelante de los campos. Después de tirar la bicicleta puedes recuperar el aliento durante cinco minutos.

—Odio sentarme a descansar.

—Entonces camina. La ruta de la carrera sale del bosque aquí, en el claro del condado. Trota el resto del camino lo más rápido que puedas. Estarás en una carretera con gente aclamándote. Romperás la cinta de la meta —golpeó en el mapa con

determinación triunfante— en el centro de Sutterton. Serás el nuevo campeón del Maratón de Mother Lode, con la más sorprendente nueva marca de tu vida, lograda con los aparatitos de Jog-Tech.

El doctor vació el contenido de un cajón sobre el escritorio. Había un par de taloneras de hule para proporcionar "mayor impulso", un pedómetro digital, un pulsómetro microelectrónico que graba la aceleración del pulso, la presión arterial, la temperatura y el balance electrolítico.

—Esta novedad —aseguró Dulotte respecto del pulsómetro— vale cuatrocientos dólares. Spain protestó.

—¡Toda esa basura debe pesar cinco kilos!

—Apenas más de medio kilo. No es mucho, ¿verdad? Después de la carrera dirás que tu rendimiento fue el resultado de poder conocer tus funciones corporales y ajustar científicamente el paso. También dirás que entrenaste en nuestra rueda de molino casera —otro aparato de cuatrocientos dólares— mientras bebías nuestro consomé de almendras y vitaminas vegetales.

—Todo esto me enferma —dijo Kent.

—Los aplastaremos. Firma aquí.

Antes de la hora de comer Herman Bolen telefoneó a Cañón de la Sierra y un ingeniero del cuarto de control de la planta de energía le dijo que Lawrence Jeffers aún no llegaba.

—Pudo haber ido a Sacramento y se olvidó de avisarnos —explicó el ingeniero tratando de ser útil.

—Tal vez tenga razón. En cuanto lo vea, dígame que me llame.

"Qué raro", pensó Bolen. "Jeffers no es de los que se marchan sin decir a dónde. Le habría llamado sin falta por teléfono por la mañana temprano antes de salir adondequiera que fuera. Un viaje a Sacramento... sí, probablemente de eso se trata. O una cita con el dentista. Pero... también pudo haber caído por esa maldita escalera larga y romperse una pierna o la cadera. Pudo haber sufrido un ataque cardíaco. Vamos, vamos", se reconvino Bolen, "estás exagerando. Si Jeffers aún estuviera dentro de la presa, alguien ahí hubiera visto su auto en el estacionamiento. Quedaría como un tonto si organizara la búsqueda de un hombre que seguramente llegará a su oficina en cualquier momento."

Bolen miró su agenda. Tenía una reunión esa tarde en Edison del Sur de California, respecto a un plan para agrandar la presa Sequoia. Si la junta se alargaba, podría salir unos minutos en cualquier momento y hacer una llamada. Si Jeffers todavía no aparecía, empezaría a hacer algunas preguntas discretas.

Solo en su oficina, Theodore Roshek cerró los ojos y se tocó las sienes. Por primera vez en años tenía un espantoso dolor de cabeza. No había podido dormir bien la noche anterior en su cuarto de hotel en Washington. Durante el vuelo a Los Ángeles, esa mañana, hubo muchas bolsas de aire, lo que hizo imposible que pensara en nada más que en el avión que se sacudía tanto que parecía que en cualquier momento iba a desbaratarse.

Al menos logró un pequeño triunfo sobre Stella. La llamó desde el aeropuerto y pudo convencerla de que no viera a un abogado hasta que pudieran discutir nuevamente sus problemas esa noche. Trataría de despertar su compasión y si eso no funcionaba, le haría perder el ánimo, doblégarse y llorar, como lo había hecho en discusiones anteriores.

Pensó en la pequeña pistola que llevaba en su portafolios para protegerse. Ella sabía que la tenía y si sus emociones se desbordaban, alguno de ellos podía tratar de tomarla. No era probable, pero de todas maneras... Abrió el portafolios y sacó el arma, dando vueltas al frío acero en su mano. Tenía el seguro puesto, pero aun así se sentía siniestra y mortal.

Una luz roja parpadeó en su intercomunicador. Presionó un botón y escuchó la voz de su secretaria.

—El señor Bolen quiere saber si iré a la conferencia en la compañía Edison del Sur de California.

Roshek guardó el arma en el cajón y se alegró de librarse de ella.

—Trataré de estar allá en una hora. Después de que hable con ese joven Kramer, quiero a Jules Wertheimer en el teléfono. Arregle eso, por favor.

Cortó y garabateó una lista de preguntas que tenía que hacerle a Wertheimer, el único abogado que conocía en el que confiaba por completo. ¿Podía Stella congelar los bienes que forman parte de la sociedad conyugal y privar así a la compañía de libertad de acción? ¿Tenía suficientes propiedades en el estado para satisfacer sus derechos sin darle parte de la compañía? Wertheimer lo sabría.

Cuanto más lo pensaba, más se enojaba. Ella podía quedarse con la casa de Beverly Hills, la casa de Cañón de la Sierra, las obras de arte, las acciones, los seguros, con todo, pero no con la empresa. Se aferraría a tener el control total, le importaba un comino lo que las leyes de divorcio dictaran.

Su secretaria volvió a hablar por el intercomunicador.

—El señor Kramer está aquí, señor.

Phil atravesó la alfombra y se sentó tentativamente en una silla de cuero frente al enorme escritorio de caoba de Roshek. "Dios mío", pensó Phil al ver la cara del viejo. "¡Parece que quisiera ahorcarme! ¿Por qué estará tan enojado?"

—Kramer, dígame si lo comprendo bien —comenzó Roshek—. No tiene usted

ninguna experiencia práctica a no ser unos cuantos trabajos de verano en el departamento de caminos de Kansas. Nunca participó en el diseño o la construcción de una presa, y aun así piensa que puede sentarse en una oficina a ochocientos kilómetros de una presa que nunca ha visto y comprenderla mejor que hombres con toda una vida de experiencia y que además prácticamente viven sobre ella. ¿Correcto?

Phil lo miró sin hablar. ¿Acaso Roshek bromeaba? Cruzó y volvió a extender la pierna.

—No —logró decir—. No es así. Le ha dado la peor interpretación posible...

—Y, además, tuvo la audacia de llamar al jefe de ingenieros de mantenimiento de la obra y hacerle creer que en las oficinas generales se pensaba que su presa está por caer. No necesito que un empleado novato arroje dudas respecto a una de nuestras estructuras. Lo que ha estado haciendo es lo mismo que si iniciara un chisme en contra de su propio jefe.

Phil trató de dar su punto de vista sin exaltarse.

—Señor Roshek, los datos de la computadora me indican claramente que por lo menos hay que investigar.

—Usted no es un ingeniero. Todavía no. Le falta mucho camino para serlo.

—Es cierto que aún no tengo licencia. En California se necesitan cinco años de experiencia profesional después de la graduación antes de poder solicitarla, pero tengo un doctorado en...

—Un ingeniero es más que un hombre con un diploma y cinco años de experiencia. La verdadera ingeniería tiene que ver con la personalidad de un hombre, con la manera en que respeta los materiales con los que trabaja, con su sensibilidad acerca de la época en que vive y del futuro, y con su integridad.

"¡No está escuchando nada de lo que digo!", pensó Phil. "Me está usando para practicar algún tipo de discurso."

—Lo más importante —continuó enérgico Roshek— es la madurez. Tener sentido de la proporción. Y capacidad de juicio. Usted pudo haber causado pánico. ¿Qué hubiera podido pasar si se hubiera esparcido el rumor de que estábamos preocupados por la seguridad de la presa más alta de la nación? Los rumores vuelan y los periódicos los recogen, los políticos exigirían que se realizara de inmediato una investigación, los ecologistas buscan cualquier pretexto... Ya ha pasado antes. Y todo por nada. Sólo porque un universitario que quiere ser demasiado listo se asusta con una estupidez en la computadora.

Phil sintió que se sonrojaba. Sabía que debía dejar hablar a Roshek, pero odiaba las distorsiones y ser acusado de algo que no hizo.

—Señor, no le dije al señor Jeffers que la presa estaba cayendo. Le expliqué al señor Bolen, pero en privado, que mi modelo de computadora indicaba que algo anda

mal... —Phil dejó que su voz se apagara, porque el hombre no le hacía caso. Los ojos de Roshek vagaban por la habitación, deteniéndose en las fotografías de sus proyectos, y recitaba sus nombres como una letanía.

—Sinaí, Maracaibo, San Luis, Alyeska. Estos fabulosos desarrollos siguen tan firmes como el día en que fueron construidos —señaló una vitrina de cristal en la que se encontraba un modelo a escala de la presa Cañón de la Sierra, incluso con los árboles de los linderos y una franja central en el camino por encima de la cresta—. Ninguna de las estructuras en las que esta compañía ha trabajado sufrió jamás una falla de ninguna especie. Algo tan duradero es resultado de la habilidad, el trabajo duro, la intuición y un control inflexible de calidad en cada etapa. Cuando se tiene semejante filosofía del diseño, las estructuras no se caen.

"¿Acaso Roshek de verdad cree todo lo que me está diciendo?", se preguntó Phil. "¿Que basta con que un ingeniero hábil ponga lo mejor de su parte para que nada salga mal? La premisa es absurda."

Roshek contempló en una especie de trance la vitrina.

—La presa Cañón de la Sierra, hacia la que usted ha exhibido una conducta tan obsesiva, es un hito muy importante en la ingeniería. Representa un esfuerzo sin precedentes respecto a normas de seguridad, desde las investigaciones geofísicas más completas hasta los sistemas de inspección y mantenimiento. Insistí en que se pusiera la red más extensa de sensores jamás implantados en una presa.

—La mitad de esos sensores ya no funcionan.

Roshek empujó su silla giratoria lejos del escritorio y miró colérico a Phil.

—Ya he desperdiciado demasiado tiempo en esto. Sólo voy a decirle una cosa más. Deje de preocuparse por la presa. Si quiere hacer el tonto con sus modelos escolares de computadora, use su propio equipo en su tiempo libre. Eso es todo. Puede retirarse.

Phil no se levantó de la silla.

—Señor Roshek—dijo—, en mi defensa podría señalar que... Roshek lo interrumpió.

—¿Qué es lo que quiere decir con "su defensa"? Este no es un juicio. Yo le pago un sueldo, así que usted debe hacer lo que le diga que haga. Y le estoy diciendo que deje en paz la obra del Cañón de la Sierra. Debería leer el Código de Ética de la Sociedad Estadounidense de Ingenieros Civiles. El punto número dos indica que los ingenieros deben realizar servicios sólo en sus áreas de competencia.

—Yo también conozco el Código de Ética —aseguró Phil, hablando más para sí mismo—. El punto número uno es que los ingenieros deben poner la seguridad, la salud y el bienestar del público por encima de todo.

—¿Qué? ¿Qué fue lo que dijo?

Phil se levantó, con las mejillas encendidas y el corazón latiéndole con

contundencia.

—No merezco que se me trate como a un niño —dijo en voz alta—. Durante las últimas semanas he estado mucho más cerca de esa presa que usted. Es verdad que antes de iniciar la construcción se hicieron sondeos extensos de los cimientos, pero el temblor de hace cinco años pudo haber cambiado todo. La presa tenía una filtración tan fuerte después del sismo que se tuvieron que gastar dos millones de dólares para tapar los cuarteamientos. El embalse se llenó esta primavera cincuenta por ciento más rápidamente de lo que usted mismo recomendó que debía hacerse.

Roshek estaba tan sorprendido por el arrebato que no podía ni hablar. Abrió y cerró la boca y levantó las cejas.

Phil arrancó una hoja de un cuaderno y la dejó caer sobre el escritorio.

—Estas son las últimas cifras de filtración en la Galería D. En cada uno de los casos son más elevadas de lo que usted dijo que deberían ser cuando escribió las especificaciones originales. Alguien debería bajar de inmediato y echar un vistazo a los medidores. La semana próxima podría ser demasiado tarde.

Roshek arrugó el papel en una bola y lo arrojó contra la pared. Cuando por fin pudo hablar lo hizo con fuerza.

—¡No necesito que me diga cómo debo cuidar de la presa! ¡Y sus inmaduras opiniones son ahora más irrelevantes que antes, pues está despedido! ¡Largo de aquí! ¡Si está en su escritorio esta tarde haré que lo arresten por allanamiento!

Phil trató de azotar la puerta al salir, pero el sistema hidráulico de las bisagras se lo impidió.

Janet Sandifer apenas podía reconocer la voz en el teléfono.

—¿Eres tú, Phil? —preguntó, sonriendo y con el entrecejo fruncido al mismo tiempo—. Te oyes raro. ¿Eso que escucho es una consola para discos?

—Eso es exactamente. Estoy en un bar en la calle Figueroa haciendo una investigación. Estoy tratando de averiguar si es posible beber cincuenta botellas de cerveza y ser capaz todavía de sostener un taco de billar.

—¿De qué hablas?

—Aquí tienen una de esas pequeñas mesas de billar operadas con monedas, y estoy jugando una tanda de ocho bolas. Ya gané dos dólares. ¡Y hace años que no apuesto al pool! Debo de tener un talento natural.

—¿Qué pasó con Roshek? ¿Hablaste con él?

—¿Roshek? ¿Acaso te refieres al distinguido ingeniero? Sí, hablé con él. ¡Por supuesto que hablé con él! Janet, fue la cosa más extraña que me ha ocurrido. No estoy bromeando, alguien debería llevarlo al psiquiatra. Me dijo que yo era un novato que trataba de arruinar su compañía. Me aseguró que si me veía de nuevo por ahí mandaría que me arrestaran por allanamiento. ¡Fue increíble!

—Espera un momento, Phil. ¿Me estás diciendo que te despidieron de la compañía?

—Sí. Roshek se lanzó sobre mí como si yo fuera un asesino maniático. La parte más increíble fue que sí traté de defenderme. ¡El viejo y tímido Phil Kramer! Terminé actuando como un novato después de todo.

—Phil, lo siento. Sé cuánto te gustaba tu trabajo. Tal vez te recontrate cuando se calme.

—¡No, ahora yo me negaría! ¿Trabajar de nuevo para él? Ni en un millón de años. Voy a ser jugador profesional de pool. Un trotamundos que va de ciudad en ciudad. Puedes ser mi socia. ¡Sería una vida maravillosa, Janet! ¡Tú y yo, solos frente al mundo!

—Tengo una idea mejor. Ven a verme esta noche. Prepararé algo para cenar y luego te mimaré.

—Trato hecho.

A las dos de la tarde Phil volvió a llamar a Janet.

—Cambié de opinión —le dijo—. No voy a convertirme en trotamundos del billar. Estoy perdiendo tres dólares y creo que el fulano con el que he estado jugando es un estafador. Janet, quisiera cambiar nuestra cita de esta noche. Manejaré hasta la presa. Puedo estar allá en siete u ocho horas. Quiero ver por mí mismo Cañón de la Sierra; trataré de entrar en las galerías de drenaje. ¿Qué pueden hacerme por intentar probar por última vez que algo anda mal? Ya me despidieron.

—Me gustaba más tu primera idea.

A media tarde Herman Bolen salió de la sala de conferencias de Edison del Sur de California e hizo una llamada. Otra vez le dijeron que no sabían nada de Jeffers.

—¿Anda por ahí Chuck Duncan? —podía enviar al joven inspector a la galería inferior para ver si algo andaba mal.

—Chuck ya se fue —respondió el ingeniero de la planta de energía—. ¿Quiere que vea si puedo localizarlo?

—No, eso no será necesario. Sólo asegúrese de que el señor Jeffers se comunique conmigo en cuanto llegue.

Bolen regresó a la sala de conferencias y volvió a tomar su puesto junto a Roshek. Le estaba costando trabajo mantener la mente puesta en el tema de la discusión: la manera más barata de agrandar la presa Sequoia. Al igual que Bolen, Roshek había contribuido con muy poco en la conversación, apenas con unas cuantas miradas inteligentes y gestos evasivos. Permaneció extrañamente taciturno; tenía los ojos cerrados y se rascaba a cada rato la frente.

Cuando terminó la junta, el tránsito en la carretera Hollywood estaba más tranquilo. Bolen no tuvo problemas para maniobrar su Mercedes 300SD hasta el

carril de alta velocidad. Pasaría a dejar a Roshek a su casa de Beverly Hills y luego regresaría a la oficina para terminar con un poco de papeleo antes del fin de semana. Un asunto que tenía que resolver era el problema de Jeffers, aun si eso significaba llamar a los hospitales.

Prácticamente atado al respaldo del asiento del pasajero iba en silencio Theodore Roshek, que sólo usaba cinturón de seguridad cuando viajaba con Bolen, como una forma de demostrar su disgusto por la manera de conducir de su socio.

—Tu imagen por lo general sugiere prudencia y propiedad —le había comentado Roshek alguna vez a Bolen—, pero tras el volante de un auto te vuelves igual de atolondrado que un adolescente.

Bolen pudo haber señalado que la imagen de Roshek también podría mejorar. El anacrónico sombrero de fieltro gris que usaba lo hacía parecer como un personaje salido de una vieja película de Humphrey Bogart.

—¿Cómo te fue con tu charla con Kramer? —preguntó Bolen para hacer conversación—. Es un joven que impresiona bien, ¿no lo crees? Todavía está un poco verde.

Roshek, preocupado, se volvió para mirar a Bolen.

—¿La charla con Kramer? Todo salió muy bien. Lo despedí —al notar el desaliento en el rostro de Bolen añadió—. Sé que era uno de tus protegidos. Pero tuvo la osadía de decirme cómo manejar mi empresa. Nunca vi tanta impertinencia en mi vida.

Bolen miró con fijeza al frente durante un minuto completo antes de hablar.

—No se trata que fuera o no mi protegido —dijo utilizando un tono indiferente—. Me pareció que era lo bastante inteligente como para convertirse en un empleado valioso —se preguntó si debía intentar que Roshek se retractara de su proceder, al menos hasta que pudiera evaluarse la situación de la presa. Si se tuvieran que tomar medidas de emergencia, sería desastroso que la prensa se enterara de que³el hombre que trató de dar la voz de alarma por primera vez fue despedido por esa misma razón—. ¿Fue realmente necesario echarlo? —aventuró Bolen.

—Era eso o entregarle la compañía para que la manejara a su antojo —replicó Roshek calmadamente—. Comenzó a hablar de su ridículo modelo por computadora y antes de que me diera cuenta ya me estaba levantando la voz. Debió haber sabido que no iba a tolerarlo.

Roshek se retorció incómodo cuando Bolen, acelerando de repente, forzó su entrada al carril de la derecha para tomar la salida del bulevar Santa Mónica al oeste.

—A mí me gustaba el entusiasmo de Kramer —repuso Bolen—. Estoy pensando que...

—Tenemos asuntos más importantes que discutir. Benedetz y tú podrían tener que asumir la dirección del negocio durante los próximos años.

Con ese abrupto anuncio inició Roshek un resumen de su reunión con el asesor del Presidente. No hizo caso de las felicitaciones de Bolen.

—No debe haber publicidad negativa relacionada con la firma. Tampoco debe haber un escandaloso divorcio entre Stella y yo, que es mi problema principal por el momento.

—¡Dios mío, Theodore! ¿Stella quiere el divorcio?

—Mantén los ojos en el camino. Sí, me lo soltó anoche en Washington. Hoy tendré una última oportunidad para convencerla de que no lo haga. Si surgen alegatos a los que tenga que responder en la corte, mis posibilidades de obtener el puesto serán nulas. No puedo dejar que me arruine, ni a mí ni a la compañía. No lo permitiré.

El Mercedes dio varias vueltas en calles en las que se alineaban palmeras de doce metros de altura. La casa de Roshek era de estilo español, con paredes gruesas, techo de teja roja y un amplio jardín. El auto se deslizó por la curva del camino privado y se detuvo frente a la puerta principal.

—Espera hasta que veas que estoy adentro —pidió Roshek—. Stella pudo haber mandado cambiar las cerraduras. Sólo saca la silla del auto. ¿Cómo demonios se desabrochan estos cinturones?

Bolen se inclinó y presionó el botón que liberaba el seguro.

—Nunca has sido muy bueno con dispositivos mecánicos pequeños, ¿verdad, Theodore? Si no tiene al menos quinientas partes móviles o vale diez millones de dólares, no atrae tu atención.

—Entonces, ¿por qué no atendí más a mi esposa? Stella podría costarme diez millones de dólares. Desde luego que ella sólo tiene una parte móvil: la boca.

Después de que Bolen sacó la silla de ruedas plegable del asiento trasero, decidió arriesgarse a volver a tocar el tema de Kramer y la presa una última vez.

—¿Por casualidad echaste un vistazo a las cifras de filtración que Kramer obtuvo?

—Me dio una hoja de papel —respondió Roshek al tiempo que se acomodaba en su silla—. La tiré.

Bolen movió gravemente la cabeza.

—La filtración es alta. Llamé a Jeffers y le pedí que revisara las galerías más bajas. Espero que me llame para darme un reporte completo en cualquier momento.

Roshek levantó la mirada hacia Bolen un tanto exasperado.

—Herman, ¿de qué lado estás, del mío o del de ese muchacho?

—Estoy de tu parte, y también de parte de la firma —respondió Bolen sin levantar la voz—. Pero puede ser que hayan aparecido nuevas fugas que tengan que taparse, o que tenga que reacondicionarse el sistema de drenaje, bajar el nivel en el embalse, o lo que sea. Podemos tomar acciones correctivas sin hacer demasiado ruido, siempre que no tengamos a un ex empleado al que, por ejemplo, se le ocurra

hacer declaraciones. Como dijiste, no necesitamos mala publicidad.

Roshek se deprimió.

—¡Como si no tuviera bastante en qué pensar!

—Supon que le digo que estás dispuesto a darle otra oportunidad. Lo asignaré a nuestra oficina de Londres. Dentro de unos seis meses lo despediremos, cuando no parezca evidente que esté relacionado con cualquier problema en la presa... si es que se llega a presentar alguno.

—Bien. Me gusta la idea. Pero no vuelvas nunca a mencionarme su nombre. Ahora, si me disculpas, tengo una cita pendiente con mi amada esposa.

Bolen regresó al asiento del conductor. Observó cómo Roshek se impulsaba hasta la puerta y probaba su llave. Cuando hubo abierto, Roshek se volvió y, moviendo los labios sin hablar, formó las palabras "Deséame suerte". Bolen le hizo un gesto de confianza con la mano, luego se deslizó por el camino hacia la calle.

Mientras conducía hacia el este, a la autopista, planeó lo que haría cuando llegara a su oficina. Telefonaría a Kramer para avisarle de la "buena noticia". Encontraría a Jeffers estuviera donde estuviera. Y, por último, se permitiría treinta minutos —¡y ni uno más!— de ensoñación respecto a cómo sería controlar la compañía en ausencia de Roshek.

PARTE DOS: LA CARRERA

Capítulo 6

Ciento diez kilómetros por hora era la velocidad máxima que el viejo Mustang de Phil podía alcanzar si no quería que se sacudiera incontrolablemente. Lo mantuvo a esa velocidad y condujo con las manos aferradas al volante, inclinado hacia el frente en un esfuerzo inconsciente por acelerar más allá de ese límite. Leía cada uno de los letreros del camino de la Interestatal Cinco y estudiaba la región por la que pasaba. A menudo había escuchado hablar a su padre del Valle Central de California como de uno de los más grandes despliegues de los logros de la ingeniería.

El padre de Phil, Carl Kramer, trabajó como inspector de caminos del Condado de Sedgwick, un cargo público de considerable prestigio en Wichita. Phil amó y admiró a su padre, un hombre cuyos intereses iban mucho más allá de los deberes usuales de un ingeniero del condado. Conocía a fondo la historia de la ingeniería y, tanto la facultad de la ciudad de Kansas como la del estado del mismo nombre, le habían pedido que se incorporara a su departamento de ingeniería, pero él las rechazó, heredando sus ambiciones profesionales a su hijo. Cuando murió, Phil cursaba el primer año de la maestría.

"Sigue haciendo un buen trabajo", le había escrito su padre en la última carta. "Siento que hay algo importante en ti, y nadie puede saber hasta dónde llegarás."

Hacía tan a menudo ese tipo de comentarios que el joven Phil a veces le creía.

Phil miró hacia el Este, donde una tenue neblina oscurecía el horizonte. Tras esa niebla se encontraban las cimas de la Sierra Nevada, lugar en el que se han construido más presas monumentales que en ninguna otra parte del mundo. La presa de Mammoth Pool, la Wishon, la Don Pedro, la Camanche... presas que generaban energía, inundaciones controladas, creaban lagos, saciaban la sed de San Francisco y de Los Ángeles y proporcionaban la irrigación que había convertido el antiguo desierto en una magnífica región agrícola.

Rodeado por tanta historia de la ingeniería, Phil se preguntaba si algún día él mismo aparecería en algún tipo de libro de récords. Quizá era el joven ingeniero más presuntuoso, temerario y sencillamente ridículo del mundo. "Mírenme, conduzco a través de una tierra maravillosa llena de proyectos famosos, me dirijo hacia uno de los más célebres de todos, para demostrar que es una seria amenaza a la seguridad pública. Phil Kramer, un novato de Wichita, Kansas. ¡Vaya broma!"

Y una vez que llegara a la presa, ¿qué haría? Aún no había decidido qué medidas tomaría si la gente que estaba a cargo se burlaba de él y le daba con la puerta en las narices. Tal vez todo el viaje no era más que un error. Se estaba dejando llevar por sus emociones, por la furia de haber sido despedido. Debió haberse calmado y meditar mejor el asunto.

Estaba atravesando Sacramento. Por la ventanilla del auto podía ver los rayos del

sol poniente reflejados sobre el domo del edificio del capitolio. Si iba a regresar, o a pasar la noche en un hotel, sería un buen sitio para detenerse. A la derecha apareció una rampa de salida de la carretera, pero la rebasó, pisó el acelerador y retomó el carril de alta velocidad.

—Estoy tranquilo —dijo con seguridad en voz alta—. Ya pensé bien las cosas.

Lo peor que podía pasar si continuaba hasta Sutterton, que ya sólo estaba a hora y media de recorrido, era que descubriera que estaba equivocado.

—Cuando sientas que tienes razón en algo —le había dicho su padre más de una vez— mantente firme en tus convicciones, aunque se desate un infierno.

Un infierno. Si su teoría demostraba ser correcta, probablemente se desataría.

Wilson Hartley, jefe de policía de Sutterton, se limpió la salsa de espagueti de la barbilla y tomó el teléfono que le tendía su esposa. Era Karsh, el sargento de guardia de la noche.

—Siento molestarlo en su casa, jefe, pero tengo en la línea a un tipo que quiere hablar directamente con usted. Que se llama Herman Bolen, y que está llamando de Roshek, Bolen & Benedetz en Los Ángeles.

—Ponlo en la línea, Karsh —Hartley reconoció el nombre de la firma de ingenieros que estaba a cargo de la presa.

—No sé si me recuerda —dijo Bolen una vez en la línea—. Nos conocimos hace diez años, en la ceremonia de inauguración.

Hartley no lo recordaba, pero dijo:

—Sí, por supuesto. ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias. Señor Hartley, ha surgido un asunto que debe tratarse con discreción. Estoy seguro de que conoce a Lawrence Jeffers, el jefe de mantenimiento de la presa.

—¿Larry? Claro que sí. Cada año vamos juntos a cazar venados. ¿Tiene algún problema?

—Iré directo al grano. No he podido localizarlo en todo el día. Hablé con él hace veinticuatro horas y no he podido encontrarlo desde entonces. Lo que me preocupa es que prometió llamarme a primera hora de esta mañana. Bueno, tal vez estoy exagerando. Quizá podría estar visitando a un amigo enfermo y simplemente haber olvidado llamarme.

—¿Quiere que eche un vistazo por ahí? ¿Que haga algunas preguntas?

—Exacto, pero no quiero alarmar a nadie sin necesidad. Para ser totalmente sincero con usted, no quiero quedar en evidencia o avergonzarlo a él si se sabe que inicié su búsqueda y tal vez ni siquiera está perdido.

—Ya comprendo. Pasaré por su casa y veré si su camioneta está en el garaje, y llamaré a algunos de sus amigos. Si no lo encuentro, llamaré a la Patrulla de Caminos

y a los hospitales. Déme un número donde pueda telefonarle y le avisaré.

—Muchísimas gracias, señor Hartley.

Luego Bolen trató de comunicarse con Phil Kramer por teléfono. No lo logró; contempló como ausente el montón de papeles que había sobre su escritorio; se preguntó qué haría si Hartley no lograba encontrar a Jeffers. De ser así tendría que enviar a alguien a la galería de drenaje a buscarlo, aun si tenía que admitir que le había ordenado a Jeffers realizar una inspección nocturna.

Phil condujo lentamente por la calle principal del poblado de Sutterton, incapaz de apartar los ojos de la oscura y amenazadora cortina de la presa que ocupaba la mitad del cielo nocturno. Apenas miró el ayuntamiento iluminado, el salón Wagon Wheel, la manta extendida a lo ancho de la calle en la que se anunciaba el Tercer Maratón Anual de Mother Lode. El camino sobre la cresta de la presa estaba marcado por luces, y para poder ver toda la extensa franja luminosa Phil tuvo que acercar el rostro al parabrisas. La presa era tan imponente que era difícil aceptar que había sido hecha por la mano del hombre, así como imaginar el lago que soportaba. La construcción era como una montaña. Y, a pesar de todo, al elevarse por sobre el pueblo —una miniatura al lado de ella— se veía poderosa, lóbrega y extraña, amenazadora como ninguna otra de las montañas a su alrededor.

Unas cuantas cuerdas más allá del centro del distrito, la calle Main se convertía otra vez en un camino rural, pasaba por un paseo de pinos y subía hasta la parte más alta del cañón. En un promontorio sobre la presa se encontraba un mirador donde los adolescentes de una media docena de autos escuchaban música sin prestar la menor atención a la vista. Phil se estacionó y caminó hasta el barandal, estirando los brazos y las piernas. Eran las diez y media... había viajado desde Los Ángeles durante más de ocho horas.

La fresca brisa del lago esparcía el aroma de las coníferas y era un dulce alivio después del intenso calor del Valle Central. Lo único que se escuchaba era el sonido de la música rock proveniente de los autos estacionados y el rugido distante de agua que caía por el vertedero hasta un río que corría 300 metros abajo. A la derecha de Phil se extendía, negro y brillante, el lago, cuya superficie se dividía por el reflejo de la luz de la luna, mientras que las colinas bajas y labradas definían sus bordes, con los picos nevados de la Sierra Alta en la distancia. Rasgando la superficie del lago, directamente debajo del mirador, se encontraba un círculo parecido a una rosquilla de concreto; Phil sabía que era la punta de la chimenea de ventilación. Hacia la izquierda y sólo un poco más arriba que el nivel del agua, estaba la cresta de la presa. En el fondo del valle debajo de la represa había un rectángulo de luz brillante que era el área de distribución eléctrica. Algo más lejos hacia la izquierda, Sutterton era una miríada de puntos luminosos.

Al contemplar la presa Phil comenzó a darse cuenta de lo torpe que debió parecerle a Roshek y a Bolen. Estudiar un modelo matemático y los planos de una presa era una cosa; enfrentarse a la realidad era otra. La represa se veía tan magnífica, tan permanente. Se extendía con gracia a lo largo del cañón y parecía resistir el peso del lago con facilidad, anclada con tanta solidez que ninguna fuerza podría sacarla de su sitio. Las imágenes de la computadora y las columnas de cifras que tan significativas le habían parecido a Phil de pronto se le antojaron irrelevantes, números impresos sin sentido sobre un papel. Una vez más Phil tuvo la idea de regresar a Los Ángeles antes de quedar en ridículo.

Por otra parte... las cifras de la filtración no eran irrelevantes. La presa parecía brillante y poderosa en el exterior, pero en lo profundo de sus entrañas, si las lecturas de los medidores eran correctas, cabía la posibilidad de que existieran fallas irremediables. La construcción era colosal y tremendamente fuerte, pero también lo era el lago.

Subió a su auto y se dirigió colina abajo. Se recordó a sí mismo que había comenzado a superar su timidez. Había encontrado el valor para ser escuchado, para presentarse solo a una hermosa mujer, para responderle a un hombre mayor. No permitiría que una simple presa volviera a meterlo en su concha.

Herman Bolen estaba en el estudio de su casa en Westwood, con el teléfono contra la oreja.

—Sí, señor Hartley. Aprecio mucho la molestia que se ha tomado. Por favor, llámeme a cualquier hora del día o de la noche si más tarde sabe algo.

Colgó. Así que no podían encontrar a Jeffers. No estaba ni con amigos ni con vecinos. No estaba en el bar de Sutterton. Según la Patrulla de Caminos su camioneta no estuvo implicada en ningún accidente. No estaba en los hospitales ni en la cárcel. ¿Entonces, dónde estaba? ¿Acaso en el interior de la presa?

Antes de que Bolen decidiera el siguiente paso, el teléfono sonó de nuevo. Era el oficial Baker, de la policía de Beverly Hills.

—Le llamo de la casa del señor y la señora Roshek —dijo la voz—. Los Roshek tuvieron una pelea. ¿Podríamos dejar al señor Theodore Roshek a su cuidado por esta noche? Mañana sabremos si la señora Roshek desea presentar cargos o no.

—¡Dios mío! Estaré ahí en quince minutos.

Phil decidió presentar su caso a Lawrence Jeffers. Dejaría que el veterano ingeniero de mantenimiento decidiera si había algo por qué preocuparse. Pero Jeffers no contestaba el teléfono. Tampoco le abrió la puerta de su casa cuando tocó el timbre.

Puso el plan B en acción. En una cabina telefónica Phil comenzó a llamar a los once Duncan que estaban en la guía.

—Estoy tratando de comunicarme con Chuck Duncan —le explicó a la mujer que respondió a su quinta llamada—. Trabaja en la presa. ¿Es el número correcto?

—Claro que sí. Soy su madre. Chuck salió con Carla, Burt y con la chica Peterson.

—¿Cree que regresará pronto a casa?

—Es viernes por la noche, así que no lo creo —rió con un tono nasal que le recordó a Phil a su tía Lorene, de Topeka—. Búsquelo en el Wagon Wheel en la calle Main. Se quedan hasta muy tarde.

—La calle Main. Gracias, señora Duncan.

Era la noche de música country y del oeste en el Wagon Wheel. Hombres y mujeres estaban vestidos como si estuvieran en un rodeo, y cantaban, bailaban y gritaban.

Phil se abrió camino hasta el bar y logró atraer la atención del cantinero, un hombre alto y poco agradable.

—¿Conoce a Chuck Duncan? —gritó Phil sobre el barullo.

—Sí.

—¿Se encuentra aquí?

El cantinero miró por encima de las cabezas de los bailarines.

—Está en el privado del rincón. Es el chico rubio con cara de estúpido.

Phil se encaminó entre las apretadas mesas a un grupo de cuatro personas: Duncan y, si Phil recordaba correctamente las palabras de la señora Duncan, Carla, Burt y la chica Peterson.

—¿Eres Chuck Duncan? —preguntó Phil al joven rubio.

El muchacho se volvió e intentó enfocar la mirada.

—El mismo.

Además de los efectos que el alcohol causaba en su mente, Duncan no parecía tener más de diecinueve años. Difícilmente sería la persona a la que uno le confiaría sus temores respecto a la integridad estructural de la mayor presa del mundo.

—Me llamo Kramer. Soy de Roshek, Bolen & Benedetz. ¿Podría hablar contigo?

—¿Qué?

—Te pregunté que si podría hablar contigo. La música está tan fuerte que no puedo ni escucharme a mí mismo. —Magnífica, ¿no es verdad?

—Vayamos afuera. Sólo te tomará un minuto —tomó a Duncan por el brazo y con amabilidad lo ayudó a levantarse. El joven inspector cedió, mascullando, y permitió que lo guiara hasta una puerta lateral.

—Que sea rápido —pidió Duncan una vez afuera—. Burt tratará de ganarme a Carla, sé que lo hará. Ya me lo ha hecho antes —el aire fresco de la noche y el

esfuerzo de tener que caminar parecieron sacarlo de su trance.

—No te preocupes —le aseguró Phil—. Está en el lado equivocado de la mesa. Mira, no quiero quitarte más tiempo del necesario. ¿Dónde puedo encontrar a Lawrence Jeffers?

Duncan se sentó en la defensa de un auto y cruzó los brazos.

—No tengo idea —respondió—. No fue a trabajar hoy. Escuché que los jefes de Los Angeles lo están buscando. ¿Ellos lo enviaron?

—Nadie me envió. Yo... soy uno de los ingenieros que revisan las lecturas que tú recoges de los medidores. Quiero echarle un vistazo a las galerías de drenaje.

Duncan hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Usted no querrá ver las galerías de drenaje.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? Me daría una idea de lo que significan esos números.

—A usted no le gustarán las galerías de drenaje; le darán un terrible dolor de cabeza. Hay que bajar doscientos escalones. Luego hay que volver a subirlos. Está oscuro. Es húmedo. Sencillamente, el infierno. ¿Quiere darse una idea de cómo es? Párese debajo de una ducha fría en la oscuridad con la ropa puesta, luego baje y suba las escaleras de un edificio de quince pisos. Eso le dará una idea de cómo es allá abajo —Duncan rió, complacido con la descripción.

—¿Tan mal está?

—Merezco un aumento sólo por bajar a tomar esas lecturas. La última vez pensé que iba a ahogarme.

—¿Se filtra mucha agua?

—Mucha. Este ha sido el peor año. Bombeamos más agua de la Galería D que toda la que pasa por las turbinas.

Phil sacó una libreta del bolsillo de su camisa, la abrió y garabateó algunas palabras.

—No tenía idea de que estuviera tan mal. Definitivamente voy a recomendar que le den un aumento. En su último reporte hubo un grupo completo de medidores que no se incluyó. ¿Por qué?

—Tomé las lecturas, pero Jeffers me indicó que no las enviara. Dijo que estaban mal. Unas estaban en cero, otras eran demasiado altas. Cada año más de esos medidores quedan fuera de combate y dejamos de leerlos. De cualquier forma no son necesarios. Los muchachos que trabajan en otras presas por aquí no tienen que meterse en agujeros para leer medidores. Mire, es mejor que regrese.

—Espera sólo un minuto —pidió Phil poniendo su mano sobre el hombro de Duncan—. Las lecturas de los medidores descompuestos, ¿dónde están?

—En la cajuela de mi auto.

—¿Y dónde está?

—Estoy sentado en él. ¿Cree que me sentaría en uno que no fuera el mío?

Algunos de los tipos del salón son muy malos.

Phil observó mientras Duncan abría la cajuela y buscaba en una caja con sobres.

—Todavía quiero ir a la presa —dijo Phil—. Si Jeffers no ha regresado mañana, ¿me acompañarías?

—De ninguna manera. El sábado es mi día libre. A primera hora de la mañana me iré al lago con mi caña de pescar.

—¿Y no podrías llevarme ahora?

—¡Tiene que estar loco, amigo! —exclamó sorprendido Duncan mientras cerraba la cajuela y le entregaba un sobre—. No me metería en ese agujero de noche ni por un millón de dólares. Regresaré al bar a evitar que Burt me quite a Carla. Gusto en conocerlo.

Phil lo siguió por la acera de madera.

—¿Podría entrar solo a las galerías?

—Claro, siempre que Newt Withers lo deje pasar. Newt es el encargado del turno de la noche en la planta de energía. Lo mirará por el circuito cerrado de televisión y si no le gusta lo que ve, no le abrirá la puerta. ¿Algo anda mal?

—No. Sólo tengo curiosidad, eso es todo. Creo que tienes razón. Es una locura ir por la noche. Gracias por la información, Chuck. Buena suerte con Carla.

Unos minutos después, en una cabina telefónica, Phil escuchó la voz chillona de la operadora de larga distancia:

—Llamada por cobrar para Janet Sandifer de Philip Kramer. ¿Acepta?

—Sí, operadora; pero, ¡qué poca vergüenza!

—¡Janet! Te llamo desde mi puesto de mando en el corazón del centro de Sutterton. ¿No interrumpí nada?

—Sólo mi ducha. Estoy empapada y goteando. ¿Cómo van las cosas por allá?

—Encontré una mina de oro, como solían decir por aquí en mil ochocientos cuarenta y nueve, en la forma del inspector de medidores en cuyas cifras me basé. Por lo que me dijo estoy más seguro que nunca de que está a punto de desatarse un infierno. Le dije que lo recomendaría para un aumento.

Janet rió.

—¡Seguro que los jefes van a hacer caso de tu recomendación!

—Me dio una lista de lecturas que no estaban en su último reporte. Sé que tienes una terminal en tu oficina con línea telefónica de computadora a computadora. ¿Tienes llave para entrar?... Muy bien. Esto es lo que quiero que hagas. Ve a tu oficina. Alimenta el programa con estas cifras. Te daré el teléfono de la computadora de Roshek, Bolen & Benedetz y la clave de acceso. Luego te llamaré cuando vuelvas para saber qué significan las nuevas lecturas que hayas obtenido.

—¡Pero, Phil, es casi media noche! ¡Y podrían arrestarme!

—A mí también. Si la computadora dice lo que creo que dirá trataré de meterme a la presa. Ahora voy a conseguir un cuarto en el motel y a estudiar los planos mientras haces tu trabajo. ¿Ya tienes listo un lápiz? Te daré las cifras.

Janet suspiró.

—Está bien —respondió—. Dispara.

Capítulo 7

Condujeron durante varios minutos sin hablar. Roshek veía directamente al frente, y Bolen estaba sorprendido por el aura poco característica de confusión y derrota que rodeaba a su jefe.

—¿Quieres contarme qué es lo que sucedió? —preguntó Bolen con suavidad.

Roshek se humedeció los labios y tragó saliva antes de responder. —No puedo recordarlo todo —dijo con una voz lejana.

Después de una pausa Bolen se arriesgó a hacer un comentario.

—La policía dio a entender que la golpeaste y que ella salió corriendo de la casa.

Roshek aspiró profundamente.

—Estábamos sentados en la sala. Hablábamos de nuestra vida juntos. Los pros y los contras. Era como revisar un estudio de factibilidad. Los dos tratamos de mantenernos tranquilos, pero después de una o dos horas, perdimos el control.

Bolen metió el auto en la entrada de su casa, apagó el motor y se dio vuelta para ver a Roshek, que aún seguía mirando al frente.

—No sabía que pudiéramos actuar con tanta hostilidad —dijo Roshek, hablando con una voz monótona. Se frotó las sienes—. Recuerdo que me enfurecí porque rechazó mi oferta, un arreglo muy generoso si ella acepta retrasar la demanda. Alzamos la voz. Surgieron los insultos. Recuerdo haber lanzado una copa de vino contra la pared. Pero no se la lancé a ella. Te juro que no —levantó la cabeza y miró a Bolen, sorprendido por sus palabras—. Me ordenó que saliera de la casa, Herman. Me negué. Corrió al teléfono y le pidió a la operadora que la comunicara con la policía. Perdí el control. Me lancé por la habitación gritándole —volvió la cara y suspiró otra vez, profundamente—. Levanté una muleta, tratando de arrancarle el teléfono. Creo que le golpeé la muñeca. Sí, eso fue. Ella gritó.

Bolen lo observó. El rostro de Roshek estaba distorsionado, como si sufriera algún dolor.

—Vayamos adentro —dijo Bolen—. Beberemos un brandy; hablaremos un poco más al respecto si eso es lo que quieres. Es necesario que te tranquilices.

—No recuerdo que ella saliera corriendo de la casa —continuó Roshek—. Me dejé caer en una silla y me quedé sentado como un zombi hasta que llegó la policía.

Bolen sacó la silla de ruedas de la parte trasera del auto y ayudó a Roshek a sentarse.

—La policía fue muy comprensiva —explicó Bolen mientras empujaba a Roshek a la casa—. Entendieron la importancia de mantener el asunto en privado. Hablaré con Stella por la mañana. Si no presenta cargos, olvidarán todo el asunto.

En el vestíbulo, la esposa de Bolen le dijo que mientras no estaba le habían llamado por teléfono dos veces. Uno de los hombres no dijo quién era; el otro fue un

tal Newt Withers, de la planta de energía Cañón de la Sierra, quien quería que lo llamara cuando volviera.

Janet Sandifer, sola en un oscuro mar de escritorios vacíos y máquinas de escribir, abrió su cuaderno y marcó el número que Phil le había dado. El tono le indicó que estaba conectada a la computadora de Roshek. Colocó el auricular del teléfono en un soporte encima del gabinete de una terminal. Una línea de letras y números apareció en la pantalla verde, seguida por:

Roshek, Bolen & Benedetz
Banco Técnico de las Oficinas Generales
Por favor, identifíquese.

Movió los dedos diestramente sobre el teclado. Una por una las letras aparecieron en la pantalla.

PHILIP KRAMER RB&B
Sección de Hidrodiseño

Cuando presionó la tecla ENTER, las palabras se desvanecieron y fueron reemplazadas por:

PASSWORD

Cuidadosamente, Janet escribió:

GRAND COULEE

La computadora respondió de inmediato:

INCORRECTO
Pruebe otra vez

—¡Huy! —exclamó Janet después de examinar con atención sus notas. Había puesto en mayúsculas las letras equivocadas. Volvió a escribir:

gRand cOulee

Esta vez tuvo acceso a los archivos. En segundos la pantalla estaba llena de nombres de programas. Janet movió el cursor al séptimo punto de la lista, el Modelo Kramer de Fallas de Presas. Al tocar la tecla ENTER la pantalla mostró:

¡FELICITACIONES!
Se encuentra ante el único y sorprendente Modelo Kramer de Fallas de Presas.

Janet trabajó tan rápidamente como pudo. Estaba quebrantando la ley, y no quería pasarse toda la noche haciéndolo.

Añada nuevos valores
Tablero de medidores 9 de la Galería D
de la presa Cañón de la Sierra.

Janet alimentó el programa con las columnas de cifras nuevas que Phil le dictó por teléfono. Pidió a la computadora que hiciera un análisis de la condición de la presa según la estimación más optimista.

EN EL MEJOR DE LOS CASOS
Comience a bajar el embalse
Realice una inspección visual de las Galerías C y D.

Anotó sin demora la respuesta y luego se inclinó sobre el teclado e hizo otra petición:

EN EL PEOR DE LOS CASOS
Evaluar
Dar Instrucciones.

La respuesta apareció en la pantalla cinco minutos después, y Janet no pudo evitar esbozar una sonrisa. Phil le había advertido del aviso que puso en el programa para indicar una presa con fallas insuperables:

¡SÁLVESE QUIEN PUEDA!

Cuando Janet regresó a su departamento, era más de la una de la mañana y estaba sonando el teléfono. Era Phil.

—Te llamo desde el hermoso Motel Vista de la Presa en el pueblo de Sutterton, estado de California, puerta de entrada a la Tierra Maravillosa de las Montañas —dijo él alegremente—. Si proyectas el plano de la superficie del lago Earl Warren en dirección suroeste, me encuentro bajo doscientos metros de agua.

—Parece un buen lugar. Por cierto, tu computadora sugirió: ¡Sálvese quien pueda!

—¿Solicitaste los puntos de falla más probables?

—Sí. ¿Tienes un lápiz?

Después de apuntar los números, Phil se los leyó para asegurarse de que estaban bien.

—Parece que hubo un contacto entre el relleno y el lecho rocoso. El agua debe de haberse abierto paso a través de la cortina de lechada bajo la Galería D. Estudié los planos y, si puedo entrar a la presa, estoy seguro de encontrar el lugar.

—Y ahora, ¿qué sigue?

—Llamaré a Bolen. Puede interesarle saber que el inspector encargado de tomar las lecturas de los medidores en las galerías bajas dice que necesita equipo de buceo. Tal vez Bolen me autorice a inspeccionarlas.

—¿Y si te dice que no te metas en lo que no te importa?

—De cualquier manera realizaré la inspección. Si no puedo engañarlos para que

me dejen entrar, me meteré por la chimenea de ventilación. Tiene un pequeño ascensor, para una sola persona, en el interior. El problema sería llegar hasta él... la torre se eleva seis metros por encima del agua. Creo que podría robar un yate y escalar el mástil.

Janet gruñó.

—Esto va de mal en peor. Vas a lograr que te metan a la cárcel si es que no te matas primero.

—¿Y por qué no ves el lado bueno? Eres una mujer atractiva que no tendrá problemas en conseguirse otro ingeniero.

—No me hagas reír. Yo aprendo de mis errores.

Phil dio vuelta en el camino de acceso a la planta de energía y de inmediato tuvo que frenar: los dos carriles estaban bloqueados por una reja con doble cadena.

—Duncan no mencionó esto —masculló.

Bajó del auto pero dejó encendidos los faros y la máquina andando para poder examinar el obstáculo. La cerradura de la reja parecía inexpugnable, y pensó que tendría que serrar durante una semana la cadena para poder romperla. Sin embargo, no todo era malo: ni la reja ni la barda adyacente tenían cableado eléctrico, lo que significaba que si forzaba la entrada no sonarían alarmas por toda la costa del Pacífico.

Regresó al auto y se sentó tras el volante; sopesó la situación. No representaría para él ningún problema saltar el enrejado y caminar hasta la entrada del túnel, pero difícilmente sería ésa la manera normal en la que llegaría un inspector del Departamento de Salubridad y Seguridad en el Trabajo, y era a un representante de ese departamento a quien había resuelto personificar. Tratar de abrir la cerradura de la reja con un pedazo de alambre le tomaría mucho tiempo valioso. Si iba a aprovechar la ausencia de Bolen tenía que actuar de prisa... su esposa le dijo por teléfono que regresaría a su casa en menos de una hora.

Phil quitó la mirada de la reja y la dirigió a la enorme figura de la sombría presa al fondo, bañada por la tenue luz de la luna que ya estaba muy alta en el cielo. Cuanto más miraba la construcción, más incómodo se sentía. ¡Era tan grande! Un enorme gato salvaje, tenso y musculoso, agazapado en el cañón, con la espada arqueada contra la fuerza del lago. Phil se sentía como un mosquito comparado con ella.

Puso el auto en reversa y retrocedió con lentitud.

—Lo que necesito —dijo en voz alta— es una manera de pasar el auto por la reja. Algo sutil.

Se detuvo a cuarenta y cinco metros de la reja, revisó su cinturón de seguridad, puso primera y aceleró. Preparándose, soltó el embrague. Los neumáticos chirriaron. El auto salió disparado hacia adelante.

Una velocidad de 60 kilómetros por hora resultó suficiente para abrir la reja, doblar la parrilla del auto y aplastar un faro delantero. "Lo bueno de manejar un auto viejo", pensó Phil, "es que unos cuantos golpes más no se notan."

Un kilómetro más adelante, colocada en la base de una pared vertical de roca, había una puerta de acero que marcaba la boca del túnel de acceso a la planta de energía. Junto a ella se hallaba un tablero de concreto con un micrófono y una bocina. Phil, con un rollo de planos bajo el brazo, caminó hasta ahí y apretó un enorme botón negro. Se encendió una luz roja y una voz se oyó por la bocina: "Cuarto de control."

—¿El señor Withers? —preguntó Phil resuelto.

—Soy Withers.

—Me llamo Charles Robinson, del Departamento de Salubridad y Seguridad en el Trabajo —era la mayor mentira que Phil había dicho en toda su vida. Cuando el estado de Kansas fue admitido como miembro de la Unión en el año de 1861, Charles Robinson fue electo como su primer gobernador—. Confío en que esté usted esperándome —añadió.

—Repita su nombre, por favor. ¿Dijo Robinson?

—Señor Withers —Phil habló con fingida impaciencia—, ¿el señor Jeffers o el señor Bolen no le dijeron que podría haber una inspección nocturna del Departamento este fin de semana?

—Nadie me dijo nada. ¿Puedo preguntarle cómo pasó por la reja?

Phil levantó ligeramente la voz.

—Con una llave que Herman Bolen me dio hoy en Los Ángeles. Me parece que sus comunicaciones son bastante deficientes. Esto hace que me pregunte qué otras deficiencias tendrán.

—El reglamento vigente... —respondió Withers a la defensiva.

—Discúlpeme, no pretendo culparlo porque otras personas no le hayan informado. Esto es lo que quiero que haga: llame a Jeffers y a Bolen a sus casas ahora mismo. Ellos le ciarán autorización para dejarme pasar. Si no lo hacen tendré que pasar copia de un informe a Washington y a la División Estatal de Seguridad de Presas.

—Sí, señor, lo haré de inmediato.

"Con algo de suerte", pensó Phil, "Bolen no estará todavía en su casa y nadie contestará en la de Jeffers. Withers se verá en un aprieto y probablemente me deje pasar."

Después de varios minutos se encendieron dos reflectores que iluminaron a Phil como a un cantante en el escenario.

—¿Podría ponerse en medio de la plataforma? —pidió Withers por el altoparlante.

Con los ojos entrecerrados Phil localizó el sitio en el que estaba la cámara de

seguridad en la pared de roca a metro y medio por encima de su cabeza. Observó cómo las lentes se ajustaban para enfocarlos.

—¿Podría decirme qué hay en el cilindro que lleva?

—¿Este? Es un juego de planos de los túneles de inspección e instrumentos de la presa —Phil los desenrolló, dándose cuenta de que Withers quería asegurarse de que no escondía un rifle o una bomba. Sostuvo las hojas hacia la cámara—. Puede ver el sello de la compañía Roshek en el extremo inferior —dijo.

—Lo veo. Si lleva algo de metal sonará una alarma en la jefatura de policía de Sutterton cuando pase por el detector. Levantaré la puerta lo suficiente para que pase, señor Robinson, pero sin su vehículo. Tendrá que caminar por el túnel.

Se escuchó un estruendo cuando la pesada puerta se enrolló hacia arriba. Se detuvo a unos cuantos centímetros del suelo. Phil se agachó para pasar y escuchó el estruendo de la puerta al cerrarse tras él con sonora contundencia.

—Habla Herman Bolen.

—¿Sí? Soy Newt Withers. Gracias por llamar. Tenía que hacerle una pregunta y no pude localizar al señor Jeffers.

—Debo decir que me sorprendió recibir el mensaje de que había llamado, Withers, porque estaba a punto de llamarle a la planta. Quería decirle que estoy un poco preocupado por lo que pudo haberle sucedido al señor Jeffers. Temo que haya tenido alguna clase de accidente en los túneles inferiores. Cuando hablé con él anoche me dijo que pensaba revisar unos cuantos medidores antes de irse. No hay por qué preocuparse —añadió Bolen rápidamente cuando escuchó el silbido bajo de Withers—. Es sólo una vaga suposición de mi parte.

—Si estuviera en la presa, ¿no estaría aquí su camioneta? No la vi en el estacionamiento cuando llegué.

—Buen punto. Aun así me gustaría que alguien echara un vistazo allá abajo.

—Bueno, el inspector del Departamento de Salubridad y Seguridad en el Trabajo dijo que iba a revisar la Galería D. Eso fue hace veinte minutos... Cuando regrese, yo...

—¿Qué inspector?

—Robinson. Al que le dio la llave de la reja. La razón por la que lo llamé fue para asegurarme de que tenía autorización.

—No conozco a ningún inspector del Departamento de Salubridad y Seguridad en el Trabajo. La llave está en mi escritorio.

Withers gimió.

—Me dijo que estaba aquí para realizar una inspección nocturna y que usted estaba al tanto. Incluso tenía un juego completo de planos de los túneles de Roshek, Bolen & Benedetz. ¿Quiere que llame a la policía?

—¿Tenía un juego de planos? ¿Cómo es físicamente?

—Un tipo alto, joven, como de uno noventa. Cabello rojizo.

Bolen maldijo en voz baja.

—Llame a la policía. Su inspector se parece a Phil Kramer, un ingeniero que Roshek despidió hace unas doce horas. Está absolutamente convencido de que la presa se va a caer. Está como poseído por la idea, y por esa razón lo despedimos.

—¿Es violento, señor Bolen? Yo estoy aquí solo.

—Por lo que sé es racional, excepto cuando se trata de la presa. A menos que me equivoque, tratará de que usted declare una emergencia. Nunca ha estado en el interior de una presa, y cuando vea la cantidad de filtración, pensará que está a punto de estallar.

—Espero que los policías lleguen antes de que él regrese.

—Withers, quiero que la policía lo detenga y evite que se comunique con los periódicos hasta que yo llegue allá. Estaré mañana al mediodía. Tratemos el asunto con discreción, si se puede.

Phil tuvo que pasar de lado porque una camioneta estacionada detrás de la sexta turbina no dejaba espacio. ¿Habría un trabajador en los túneles a pesar de la hora? Subió corriendo las escaleras de acero y abrió la puerta que tenía el letrero peligro, no entrar. Tomó una linterna de la repisa y comenzó a bajar el túnel a medio trote. No pudo evitar sonreír por su reciente éxito al engañar a Withers.

El túnel se prestaba más para gritar de miedo que para sonreír de satisfacción. No era más ancho que las alcantarillas de los caminos del condado donde había trabajado su padre, mal iluminado, y tan húmedo que ya le había arruinado los zapatos. Iluminó con la linterna el riachuelo que corría veloz en el canal al lado de una angosta acera, y se preguntó con inquietud cómo estaría cincuenta metros más abajo.

El aire se sentía rancio, y el túnel parecía hacerse cada vez más estrecho y profundo, aunque sabía que era su imaginación. Sintió un poco de claustrofobia, no lo suficiente como para hacerlo regresar, pero lo bastante fuerte para hacerlo sentir miedo si se descuidaba. Continuó, chapoteando a cada paso. En una intersección con un túnel, desenrolló los planos. Estudiar los dibujos técnicos con dimensiones, cortes transversales y notas explicativas le ayudó a mantener el control. Los dibujos parecían decirle que no había nada que temer. "No estás perdido. Precisamente delante de ti se encuentra la base del eje de la toma. Tienes que ir ahora hacia la izquierda."

El túnel lateral era visiblemente más angosto, de no más de dos metros de diámetro. "Ya veo por qué Duncan odia venir acá", pensó Phil. "Si de verdad fuera un inspector del Departamento de Salubridad y Seguridad en el Trabajo, armaría un escándalo respecto a estos túneles... no están bien iluminados, el aire huele

espantoso, el piso es traicionero. El agua de filtración debería entrar por tubos colectores y no por los cuarteamientos de las paredes. Esto es un desastre."

Phil se detuvo en una caja de escalera que bajaba en un ángulo muy inclinado. La luz de la linterna no le servía de mucho en la oscuridad de allí abajo. Se quedó muy quieto y escuchó. El agua goteaba a su alrededor, pero el débil sonido que llamaba su atención era más profundo e inquietante, como el de una cascada que caía en una piscina. Comenzó a bajar.

Después de darle las buenas noches a Roshek, Bolen esperó en el vestíbulo, en la parte de afuera del cuarto de huéspedes, para ver si Roshek se dormía. Cuando la línea de luz debajo de la puerta se apagó, Bolen suspiró con alivio. Bajó la escalera hasta el estudio y marcó el número de la planta de energía.

Era sorprendente lo complicada que se había vuelto la vida de repente. Uno de los empleados más confiables de la compañía inexplicablemente no aparecía. Roshek le anunció que tal vez abdicaría de su trono por algunos años, y luego procedió a aterrorizar a su esposa y la policía lo sacó de su propia casa. Ahora este asunto de Kramer.

—Habla Bolen otra vez —dijo cuando Withers respondió—. ¿Alguna novedad?

—La policía está en camino hacia acá. Kramer todavía sigue en el agujero.

—No lo deje entrar al cuarto de control. Si se enfurece ahí podría llegar a causar mucho daño. He estado pensando en el asunto. Kramer estaba particularmente preocupado por lo que consideraba una filtración excesiva en la Galería D. ¿Puede decirme en qué condiciones reales está?

—¿La Galería D? Tenemos algunos sensores de lectura remota de presión intersticial. Creo que están descompuestos. Las lecturas nunca cambian. El drenado actual para esa altura de la red eléctrica... veamos, parece a un tercio de lo normal. Podría suponer que dos de las tres bombas no están funcionando.

—¿No funcionan dos bombas? Eso significa que podría haber algunos centímetros de agua en el piso del túnel. Kramer pensará que el lago se está filtrando. No permita que él lo asuste.

—Entiendo.

Al final de los escalones, Phil se encontró parado en la oscuridad, con el agua hasta los muslos. "No te pongas nervioso", se dijo, "sólo porque las luces no funcionan y las bombas están detenidas". La situación evidentemente no era normal, pero tampoco había pruebas de una catástrofe inminente. Quería obtener esas pruebas. Dejó el rollo de los planos en un escalón seco y vadeó hasta el sonido del agua brotando. A quince metros de los escalones encontró un sitio en el que el agua

surgía con violencia de debajo de la superficie. Exploró con un pie para tratar de determinar si brotaba de un tubo de presión roto, pero la fuerza del chorro desviaba su pie a un lado, hacia un objeto sumergido cubierto con tela que estaba atorado en la pared del túnel. El objeto cedió cuando lo hizo a un lado.

Más adentro del túnel, Phil iluminó con su linterna una puerta de acero medio abierta que decía galería d. Sabía que ahí encontraría la prueba que necesitaba. La enorme cantidad de agua demostraba sin discusión alguna que el sistema de drenaje, de bombeo y los procedimientos de inspección de los que Roshek estaba tan orgulloso eran inadecuados. Además, el programa de computadora, aunque distaba de ser perfecto, al menos le había revelado que algo andaba mal.

El pasaje detrás de la puerta de la Galería D descendía gradualmente, y después de 25 metros Phil tenía el agua hasta el pecho. Se detuvo e iluminó más adelante, preguntándose cuántos metros más tendría que avanzar para llegar al tablero de medidores. A seis metros de distancia vio una banda horizontal brillante que lo dejó con la boca abierta y un hormigueo en la piel: una sábana de agua salía a presión de una cuarteamiento en la pared y llegaba hasta la otra. El volumen del agua se incrementaba mientras lo veía, y observó cómo se desprendían pequeños pedazos de concreto en la base del chorro y salían disparados por el túnel con la fuerza de una bala.

—Esto no es filtración, ni una tubería rota —dijo dando varios pasos hacia atrás y tratando de tragar saliva—. Es una brecha.

Se volvió y vadeó hacia el túnel principal tan rápido como pudo, dándose cuenta por primera vez de lo resbaladizo que se encontraba el suelo. ¿Resbaladizo? Mantuvo la linterna en alto con una mano mientras bajaba la otra al piso, sumergiendo la cabeza y los hombros. Frotó la palma sobre el concreto y la sacó a la superficie. La linterna le confirmó sus sospechas. Tenía la mano llena de barro. El agua que entraba se estaba llevando parte del terraplén. Metió el barro en la bolsa de su camisa y la cerró con el botón. A tres metros de distancia, unas olas repentinas en el túnel principal comenzaron a cerrar la puerta de la Galería D. Con una desesperada embestida logró meter el brazo en el cada vez más estrecho pasadizo y logró salir. Ya no le preocupaba verificar su teoría. Ahora lo único que importaba era salir con vida.

Sin aliento, avanzó hacia los escalones. Cerrándole el paso estaba la fuente sumergida que ahora brotaba diez veces más fuerte que antes y enviaba una masa de agua borboteante contra el techo del túnel. Phil se sumergió desesperado hacia adelante, hacia los fríos y rígidos brazos de Lawrence Jeffers.

Theodore Roshek no podía dormir. Buscó a tientas en la oscuridad la lámpara de noche y el teléfono. Llamaría a Eleanor. El solo escuchar su voz haría que se sintiera mejor. Desafortunadamente, cuando marcó el número de Creekwood, su casa en el río Cañón de la Sierra, escuchó el tono de ocupado. Quizá ella se habría acostado más

temprano y, como de costumbre, dejó el teléfono descolgado.

Recostó la cabeza en la almohada y se quedó mirando el techo.

Capítulo 8

Cuando el chorro de agua en el piso del túnel se convirtió en un geiser, el aumento de la fuerza del líquido removi6 el cuerpo atorado de Jeffers y lo hizo girar hacia arriba en una grotesca pirueta. Phil alcanz6 a ver unos ojos vidriosos congelados en una expresi6n de terror a6n mayor que la suya. Phil se hizo para atr6s lleno de pavor, y dej6 caer la linterna. Su ronco grito fue apagado por el agua que se cerr6 sobre su cabeza cuando resbal6 en el lodo. Al volver a ponerse de pie, la oscuridad era total. Vade6 hacia el sonido de agua que brotaba y tropez6 de nuevo con el cuerpo, que le cerraba el paso. Phil aspir6 profundamente y se sumergi6, se dirigi6 cuesta arriba empujando el cuerpo del hombre muerto frente a 6l, como un medio para mantener la estabilidad. Despu6s de cruzar el chorro, el nivel del agua bajaba hasta llegarle a la cintura, pero era treinta cent6metros m6s profundo de lo que hab6a estado diez minutos atr6s.

En la base de la escalera vislumbr6 una luz d6bil muy lejos sobre 6l. "Gracias a Dios", pens6. Comenz6 a subir, tirando tras 6l del fl6cido cuerpo. Pero despu6s de avanzar seis metros lo solt6 y se sent6, intentando recuperar el aliento. Trat6 de ordenar sus ideas. ¿Qu6 caso ten6a arriesgar su vida por rescatar un cad6ver? Sintió un fr6o intenso que sub6a por las piernas y se pregunt6 si ir6a a caer en estado de shock. Mir6 hacia abajo, en la semioscuridad, y vio c6mo el agua aumentaba silenciosamente hasta cubrirle los pies, los muslos, las rodillas. Se dio vuelta y subi6 las escaleras apoyado en brazos y piernas hacia las distantes luces.

Withers maldijo su propia estupidez. "¿Por qu6 dej6 entrar a ese tipo? Pero, ¿c6mo iba yo a saber que ment6a? Se notaba que sab6a de lo que estaba hablando. Cualquiera hubiera hecho lo mismo que yo."

En la pared se encontraban montadas cuatro c6maras de circuito cerrado de televisi6n. Una mostraba la entrada del túnel de acceso y el estacionamiento; otra, la subestaci6n; otra el 6rea de generadores y la cuarta la zona de turbinas. Withers movió la c6mara cuatro para enfocar la puerta que conduc6a a las galer6as de inspecci6n. Esperaba que la polic6a llegara mucho antes de que saliera el intruso.

Un timbre son6 en el tel6fono de la l6nea directa del Centro de Control de Energ6a de Gas y Electricidad del Pac6fico, en Oakland, el centro de control de la red de energ6a del norte de California.

—Ca6n6n de la Sierra —dijo Withers en el tel6fono.

—Centro de Control de Energ6a. Rancho Seco tal vez tenga que bajar su producci6n en unas horas. Necesitaremos unos veinte megavatios extra de ustedes durante las horas pico de la ma6ana. ¿Podr6n hacerlo?

—¡Claro! —replicó Withers. En ese momento, en la pantalla de la cuarta televisión vio a Kramer salir disparado por la puerta y plegarse sobre un barandal de acero. Boqueaba como un pez fuera del agua, subiendo y bajando los hombros. ¿Acaso estaba enfermo? Withers no estaba seguro.

La voz del Centro de Control de Energía continuó:

—Estamos verificando nuestros registros de Cañón de la Sierra. Parece haber una fluctuación de frecuencia desde hace alrededor de unos treinta minutos. ¿Qué indican sus registros?

—Mira, en este momento estoy tremendamente ocupado. Te llamaré después.

—¿Muy ocupado a las tres de la mañana?

—Tengo un pequeño problema aquí. Te explicaré luego.

Withers colgó mientras miraba el monitor. La ropa de Kramer se veía completamente empapada, tenía los ojos muy abiertos y la mandíbula caída.

—¡Oh, no! —susurró Withers—. Debe de haberse reventado un tubo y lo mojé. Parece un completo loco de atar —mientras lo observaba, Kramer cerró la boca y tragó saliva con dificultad, mirando sobre su hombro como si lo persiguieran. Luego se lanzó corriendo escaleras abajo hacia la cubierta de la turbina, fuera del alcance de la cámara.

Withers miró hacia la ventana que cubría una de las paredes del cuarto de control. Tendría que entretener a Kramer hasta que llegaran los policías, y esperaba que no fuera de los locos furiosos. En el área del generador había equipo y herramientas diseminadas por todas partes. Un marro o un puñado de tornillos que vaciara en los rotores podría causar mucho daño.

La visión que surgió en ese momento en el otro lado de la ventana parecía salida de una pesadilla. Kramer tenía la ropa empapada y hecha jirones, y la expresión de su rostro era la de un hombre que tenía apenas un leve contacto con la realidad. Corrió tambaleante por el piso de losa, patinó, se detuvo y presionó las manos contra el cristal. La voz que Withers escuchó en el intercomunicador era aguda y sin aliento.

—¡La presa se está cayendo! ¡Haga sonar la alarma!

Withers asintió amablemente, pero no se movió.

—¿Puede oírme? El lago está invadiendo los túneles... Tenemos que prevenir al pueblo... —Kramer miraba como loco a su alrededor, luego se lanzó hacia el final de la ventana y trató de abrir la puerta del cuarto de control—. ¡Abra la puerta! ¡La presa se está cayendo!

Withers se inclinó hacia un micrófono en el mostrador.

—Sí, puedo escucharlo —respondió—. Pero no puedo abrir la puerta. Es contra el reglamento —se concentró en aparentar serenidad, aunque gotas de sudor comenzaban a formarse en su frente.

—¡Al diablo con el reglamento! —gritó Kramer—. ¡Esta es una emergencia!

Tenemos que salir de aquí... ¿Está usted loco?

—Tranquílcese, señor Kramer, está usted muy nervioso.

—¡Claro que lo estoy! Escúcheme, tenemos que llamar por teléfono... —frunció el entrecejo—. ¿Cómo supo que me llamo Kramer?

Withers dudó, esperando no haber cometido otro terrible error.

—Hablé con Herman Bolen. El me dijo quién es usted.

—¡Llámelo por teléfono! Cuando le diga lo que he visto... ¡Llámelo! ¡Llame a quien sea! ¡No sea idiota! ¡Haga algo!

—El señor Bolen estará aquí al mediodía. Entonces podrá usted hablar con él.

Kramer lo amenazó con el puño.

—¡Para el mediodía la presa tal vez ya no esté aquí! ¡Tal vez Sutterton tampoco esté aquí! Usted estará flotando en medio de la bahía de San Francisco. La... presa... se... está... cayendo —miró al cielo con incredulidad ante la falta de efecto que sus palabras tenían sobre Withers. Se dio vuelta bruscamente y vio una hilera de oficinas en la pared opuesta al recibidor. Corrió de una a otra, probando los teléfonos y tirándolos a un lado cuando no podía obtener el tono de marcar.

—Esos teléfonos no funcionan —explicó Withers—. El conmutador se apaga a las cinco. Señor Kramer, tiene que controlarse.

"¿Dónde demonios estarán los policías?", pensó.

Kramer apretó con furia los puños y regresó a la ventana del cuarto de control.

—Usted cree que estoy loco de atar, ¿no es así? —interrogó—. Bolen le dijo que no debía tomarme en serio, ¿verdad?

—Si la presa se estuviera cayendo, los instrumentos...

—¡Los instrumentos no sirven! Pregúntele a Duncan, él le dirá. Sé que la presa se está cayendo. Lo he visto con mis propios ojos... —Kramer se golpeó la cara con ambas manos, arañándose la frente por la frustración. Withers se levantó; esperaba que estuviera a punto de sucumbir a algún tipo de ataque.

Kramer bajó las manos. Los hombres se miraron a través de los dos cristales antibalas.

—No estoy chiflado —dijo haciendo gestos precisos. Su voz y su rostro adquirieron una completa calma—. Acabo de estar en las galerías bajas de drenaje. El agua del lago está irrumpiendo y haciendo cada vez mayor presión mientras estamos aquí parados sosteniendo esta "amistosa" discusión. Vi dos brechas enormes. Por cada una de ellas se está metiendo mucha agua, unos cuarenta mil litros por minuto. Estoy seguro de que se da cuenta, señor Withers, como ingeniero que es, que agua que entra con tanta presión es... ¿cómo decirlo?... Malas noticias.

—Yo... yo no soy ingeniero.

—Pues yo sí lo soy. Tengo un doctorado en ingeniería civil. Me especializo —bueno, así lo quiso el destino— en la predicción de fallas en las presas. Una de las

cosas que se aprende es que una filtración de agua con mucha presión es una mala señal. Otra muy mala señal es la presencia de barro, lo que demuestra que el núcleo está siendo arrastrado por el agua que entra a presión, a la que ya he aludido —metió la mano en el bolsillo de su camisa y la extendió hacia Withers—. ¿Ve?, saqué esto del piso de la galería inferior. De debajo de un metro de agua. Este barro es del núcleo. Lo que todo esto significa —la presión, el barro, el rápido incremento del flujo— es que la presa se está cayendo. ¡Para resumirlo en dos palabras! —sonrió como si estuviera complacido al haber encontrado las palabras que hasta el niño más tonto podría entender—.

Ahora, señor Withers, ¿qué es lo que dos adultos inteligentes deben hacer cuando se enfrentan a una presa que está por caer? —comenzó a levantar la voz—. ¡Llamar por teléfono!

—No soy experto en hidráulica.

—¡Pero yo sí! —gritó Phil—. ¡No sea idiota! Tal vez sólo nos queden algunas horas, o tal vez sólo unos minutos. Esta presa podría partirse como una sandía cayendo de un rascacielos —Phil golpeó la ventana con los puños—. ¡Ya hay un hombre muerto! ¿Quiere usted quedarse aquí? Bien. Entonces abra la puerta de afuera para que yo pueda irme. De otro modo voy a tomar una palanca y a hacer pedazos todo el lugar.

Withers sudaba copiosamente.

—¿Qué hombre está muerto? —preguntó—. ¿Quién murió? —¿podría tratarse de Jeffers que había sufrido un accidente en la galería de inspección?

—¿Y cómo he de saberlo? Creo que era el dueño de la camioneta estacionada detrás de las turbinas. ¡Me golpeó en la cabeza!

—¿Qué aspecto tenía?

—¡Terrible! ¡Tenía aspecto de muerto! —Phil levantó la mirada hacia las pantallas de televisión—. Oiga, ¿llamó a la policía?

Withers se volvió hacia los monitores y vio la cara de un policía en la pantalla.

—¿Newt? Soy Lee Simón. ¿Está usted bien? ¿Qué es lo que sucede?

Withers habló por un segundo micrófono.

—Estoy bien, Lee. Levantaré la puerta. Ven al cuarto de control.

—¿Tienes un intruso?

—Sí. Está en el piso del cuarto de control.

—¿Está armado?

Withers miró a Kramer, que estaba apretándose la cabeza como si tratara de contener una explosión.

—No lo creo.

—Tiene que estar loco —dijo Phil—. Vamos a ahogarnos todos.

—Mire, Kramer —pidió Withers—, quédese tranquilo y todo estará bien —luego

maldijo cuando vio que Kramer corría hacia las escaleras que iban a los pisos inferiores—. ¿A dónde cree que va? —gritó en el micrófono—. ¡Si toca alguno de esos generadores pasará el resto de su vida en la cárcel! ¡Eso se lo aseguro!

En cuestión de minutos los oficiales John Colla y Lee Simón estaban parados en el recibidor del cuarto de control a la espera de instrucciones.

—¿Ven esas escaleras? —dijo Withers—. Dos tramos más abajo está el área de la turbina. Vayan hasta el final de la cámara y verán una puerta de acero. Lo vi pasar por ahí en el monitor —una luz roja que comenzó a parpadear en el tablero de instrumentos le llamó la atención—. Esperen un momento. Está en el ascensor.

Aunque Withers nunca había estado en él, sabía que existía un pequeño ascensor con capacidad para una persona dentro de las paredes de la chimenea de ventilación. Debió adivinar que Kramer también lo conocía. La luz roja mostraba que estaba en uso, y un medidor indicaba que el aparato se encontraba a 21 metros y subía rápidamente. Con una leve sonrisa, Withers movió un interruptor marcado cancelar. El indicador se detuvo y comenzó a moverse poco a poco a la izquierda. Le tomaría al ascensor unos cinco minutos volver a bajar al fondo del eje. Withers corrió en dirección a la escalera.

—¡Vengan! —gritó, haciendo señas a los policías para que lo siguieran—. Está atrapado en un ascensor. ¡Ahora lo tenemos!

Las pisadas de los tres hombres al bajar corriendo los escalones acallaron una débil vibración pulsante en el zumbido de los generadores. En el cuarto de control se encendieron una serie de luces que indicaban una baja en la frecuencia, y luego se apagaron cuando el agua provocó un cortocircuito.

El ascensor era realmente una plataforma abierta de un metro cuadrado. Un enrejado que le llegaba a la cintura protegía al pasajero de las paredes de concreto del eje. Una de esas paredes estaba cubierta con tubería de agua, conductos de ventilación y un manojo de cables eléctricos; otra tenía una larga escalera de acero en una inserción vertical de 60 centímetros de profundidad, que corría desde la base hasta lo más alto de la chimenea.

Mientras su plataforma subía, Phil revisaba en su mente los planos de la chimenea de ventilación que estudió en el motel. En lo más alto, unas escaleras conducían a una escotilla de protección. Una vez que la pasara estaría en el exterior, a seis metros por encima del lago y a unos 60 metros de la orilla. Con suficiente ventaja inicial podría nadar hasta allá y dar la alarma general antes de que Withers supiera dónde estaba.

Con un tirón, la plataforma se detuvo. Lo primero que pensó Phil fue que el agua había subido lo suficiente como para apagar los generadores... pero no, las luces en el conducto aún estaban encendidas.

Cuando la plataforma comenzó a descender, Phil supuso que Withers había

descubierto dónde se hallaba y estaba utilizando algún dispositivo de emergencia para hacer bajar el ascensor. Subió a lo alto del barandal, se asió de uno de los peldaños de la escalera y dio un paso fuera. Luego comenzó a subir. Los peldaños estaban tan húmedos por el agua que se filtraba por las paredes, que Phil tenía problemas para mantener el equilibrio, pero logró fijar la vista en la luz sobre él.

Después de varios minutos, Phil llegó a la plataforma superior y dejó la escalera a través de una abertura en la pared de concreto. Corrió escaleras arriba, empujó la escotilla de protección y salió. Ya se encontraba en el borde exterior de la chimenea. La luna todavía bañaba el valle con su luz y rielaba sobre el agua. El cielo estaba tachonado de estrellas y no se veía movimiento ni se escuchaba sonido alguno en los bosques circundantes. Era una escena tan pacífica que Phil comenzó a preguntarse si su cerebro no estaría engañándolo. ¿Estaría simplemente imaginando todo lo que le acababa de suceder?

"Si estoy loco", pensó, "que me encierren. Si no lo estoy, es mejor que me dé prisa." Colocó la llave del encendido de su auto en el lado derecho de su boca, entre la mejilla y la encía. En el lado izquierdo puso dos monedas de diez centavos que tenía en el bolsillo... le serían útiles si podía encontrar una cabina telefónica. Se quitó los zapatos, los calcetines, la camisa y los pantalones y los dobló hasta formar un montón ordenado. Luego se dio vuelta y saltó del borde de concreto al mismo tiempo que se tapaba la nariz con la mano. El choque con el agua fría le dio nuevas energías y se dirigió a la orilla con brazadas limpias y fuertes.

Herman Bolen estaba en su lado de la cama mirando, con el entrecejo fruncido, el teléfono.

—¿Te dijo que vio un cadáver?

—Debe de ser Jeffers —respondió Withers—. Cuando fui al ascensor vi su camioneta detrás de la última turbina.

Bolen se quedó paralizado. ¡Jeffers! ¡Muerto! ¿O no lo estaba?

—¿Hay un cadáver o no? —preguntó de pronto—. ¿No bajaste a asegurarte?

—Todo ha estado tan caótico que no he tenido oportunidad.

—¡Entonces envía a alguien más! Llama a Cooper y a Riggs. ¡Maldición, Withers! ¡Quiero que alguien baje de inmediato! ¿Qué más dijo Kramer?

—Dijo que el agua estaba entrando a borbotones por todo el lugar y que la presa se estaba desmoronando. Sacó un poco de lodo del bolsillo de su camisa, como si eso fuera a probar algo.

—¡Dios mío!

—No le creí nada porque usted ya me había dicho que iba a decir que la presa se estaba cayendo. Mis medidores indican que dos bombas no funcionan, así que sabía que el agua estaba acumulándose. Supongo que se puso histérico cuando vio al

muerto. Debió haberlo visto... definitivamente un loco.

—Por el bien de todos, Withers, espero que estuviera" alucinando. ¿Cuál es tu versión de cómo están las cosas?

—Parece que ninguna bomba funciona ya en la galería inferior. Los sensores de la Galería D también se han apagado. Yo creo que la Galería D está inundada.

—Maravilloso —replicó Bolen con evidente sarcasmo—. ¿Y Kramer? ¿Dijiste que la policía lo tenía acorralado?

—Lo vieron cruzar el camino corriendo cerca del mirador izquierdo, sin nada más encima que sus calzoncillos. Se esconde en la empresa constructora de los Hermanos Mitchell. Lo atraparán en unos cuantos minutos.

—Comunícate con Leonard Mitchell y dale el trabajo de bombear el agua de los túneles inferiores. Salgo ahora mismo de Beverly Hills —miró el reloj que tenía en su mesita de noche—. Puedo llegar allá en tres horas. Llevaré mi propio avión y aterrizaré en la presa.

Bolen colgó y comenzó a vestirse apresuradamente.

—Cuando Theodore despierte —le indicó a su esposa— dile que tuve que ir a la presa Cañón de la Sierra y que lo llamaré tan pronto como pueda.

En el cuarto de huéspedes, Roshek colgó cuidadosamente la extensión telefónica. Se quedó escudriñando la oscuridad, con los músculos de la mandíbula tensos y los labios apretados en una línea delgada.

Después de escalar la pendiente rocosa, Phil se quedó de pie, temblando y preguntándose qué camino tomar. Sutterton quedaba a un kilómetro y medio colina abajo hacia la derecha. El mirador estaba más cerca, a la izquierda, camino arriba, pero no recordaba haber visto una cabina telefónica en ese sitio. Al otro lado del camino había unos tanques de agua y combustible y lo que parecía ser una fábrica de asfalto. Contra el cielo nocturno podía ver cables tendidos que salían de varios edificios de metal acanalado cercanos a un poste. Uno de esos podía ser una línea telefónica. Cruzó a medio correr el camino.

Precisamente antes de alcanzar las sombras al otro lado, un auto dio vuelta en la curva. Por un instante Phil quedó iluminado por la luz de los faros. Corrió hasta dos tractores estacionados y trató de abrir la puerta del edificio más grande. Estaba cerrada. Corrió a la parte trasera del edificio y encontró una hilera de ventanas. Abrió una con una piedra y, mientras se introducía con cuidado, escuchó que el auto se detenía sobre la grava. El sonido de un radiotransmisor confirmó sus temores... Era la policía.

—El sospechoso está en la constructora del camino Sterling. Tal vez en el interior de uno de los edificios. Envíen a todo el personal disponible para acá.

Phil se estrechó los brazos para aplacar el frío, mientras sus ojos se

acostumbraban gradualmente a la oscuridad. Sobre él se delinearón las formas de dos máquinas excavadoras, con neumáticos de dos metros y medio de altura y cabinas a las que sólo podía llegarse por medio de escaleras. Lo que parecía ser en primera instancia un hombre parado, apoyado contra la pared, resultó ser un overol blanco colgado de una percha. Mientras se lo ponía, arribaron una segunda y una tercera patrullas.

—No disparen —escuchó decir a una voz autoritaria—. Hay tanques de combustible por todo el lugar, y tal vez también dinamita.

—Sí —murmuró Phil tanteando el camino por el piso—. No vayan a disparar. El sospechoso odia los disparos.

En el momentáneo destello de unos faros Phil vio un escritorio y en él un teléfono. Marcó. Sesenta segundos después Janet estaba en la línea.

—¡Phil, son las cinco y media de la mañana! ¿Dónde estás? ¿Te metiste en la presa?

—Entrar fue sencillo; salir fue lo difícil. La policía está tras de mí. La presa se está cayendo. El agua está entrando a presión en todos los túneles. Hay que dar la voz de alarma.

—¿Qué?

—Estoy acorralado en un garaje y me van a meter a la cárcel por invasión de propiedad o algo así. Tienes que llamar a todos los pueblos que están río abajo, al comisario... El estado tiene algún tipo de oficina para desastres... llámalos.

—¿La presa se está cayendo? ¿Quieres decir, ahora? ¿No puede ver la policía que se está cayendo?

—No hay nada que ver a menos que sepas dónde mirar. Es probable que el agua ya se esté filtrando por el frente de la cortina de la presa, donde la computadora dijo que sucedería, pero nadie me hará caso. Janet, ésta es la única llamada que podré hacer. Todavía hay tiempo para evacuar el pueblo. Tienes que creerme. Sé que no me equivoco. Tienes que hacer lo que puedas... ¡Por favor! ¡Por favor!

—Te creo. Haré lo que pueda. No sé qué podré hacer desde Santa Mónica, pero haré lo mejor que pueda. ¿Phil?, estoy muy preocupada por ti. No te arriesgues más, ¿de acuerdo?

Phil cerró los ojos con alivio.

—¡Vaya! ¡Sabía que podía contar contigo! Tengo que colgar. ¡Buena suerte!

—¡No te arriesgues más! ¿Me lo prometes?

—Sólo tengo un último as que puedo jugar. Luego ya no haré nada. Entonces todo dependerá de ti.

Capítulo 9

Cuando el comisario Hartley llegó a la constructora, un patrullero le informó de la situación. Encontraron huellas de pies desnudos que se dirigían a la parte posterior del edificio principal, donde vieron el cristal de una ventana roto.

—Veré si puedo convencerlo de que salga —dijo Hartley agachándose detrás de su auto con varios de sus ayudantes al tiempo que levantaba un altavoz hasta su boca—. Soy Wilson Hartley—su voz retumbó en el callado aire nocturno—, jefe de policía de Sutterton. Debería entregarse, señor Kramer. Sólo salga por la puerta con las manos en alto y no saldrá lastimado.

—¿Me promete que no va a disparar? —se escuchó desde el interior del edificio. Hartley abrió los ojos para que lo viera el suplente que estaba a su lado.

—No le disparamos a los invasores en el condado de Caspar —explicó en el altavoz.

—¡Qué bueno! —fue la apagada respuesta—, porque no estoy armado.

—Si puedes hacerlos hablar contigo, si estableces la comunicación —le murmuró Hartley a su ayudante—, por lo general no harán nada tonto.

—Escuché eso —dijo la voz desde el edificio—. Eso que está diciendo funciona en ambos sentidos. Haz que hable un policía y por lo general tampoco hará nada tonto. ¿Le gusta su trabajo, señor comisario?

Hartley miró el altavoz con el entrecejo fruncido y movió el interruptor de la manija varias veces.

—Podemos hablar de eso más tarde —replicó.

—Sé que podremos hablar más tarde —dijo la voz—, pero deberíamos hacerlo ahora. La presa se está cayendo, ¿nadie se lo dijo? Soy ingeniero civil, egresado de la Universidad de Kansas. Usted y sus hombres deberían estar despertando al pueblo en lugar de aterrorizar a un ingeniero que está tratando de hacerle un favor a todos y el que de seguro le caería muy bien una vez que logre superar su timidez, que es un remanente de su infancia.

—¡Dios mío! —murmuró Hartley—, este fulano está más loco que una cabra.

—La razón por la que estoy hablando —explicó la voz— es que trato de ganar tiempo. Estoy revisando algunas cosas aquí. Así. Ahora ya estoy listo. ¿Ven la puerta del garaje? Voy a apretar un botón que la abrirá. Luego voy a salir. Y quiero decir, salir.

La puerta se enrolló con estruendo. Hartley escrutó el interior del edificio y se sorprendió al ver dos faros que parpadeaban. Se escuchó el rugido de un pesado motor diesel, y un camión de volteo de quince toneladas quedó a la vista. Antes de que ninguno pudiera reaccionar, el vehículo estaba en el patio y dando vuelta a la izquierda en el camino.

Un ayudante levantó el rifle.

—No disparen —ordenó Hartley saltando a su auto—. No iré muy lejos en esa cosa.

Hartley pisó con fuerza el acelerador y salió disparado dejando una nube de grava. Luego encendió la sirena y alcanzó el camión en menos de un minuto. Cuando trataba de pasarlo, el vehículo dio vuelta a la derecha, sobre el estrecho camino que atravesaba la presa.

—¿A dónde cree que va? —se preguntó Hartley al tiempo que torcía el volante de golpe a la derecha—. Nunca logrará pasar por las curvas del otro lado.

El suplente que iba a su lado bajó la ventanilla.

—Déjeme dispararle a las llantas, jefe.

Hartley frunció los labios indeciso.

—Bueno, está bien, adelante... ¡Espera, se está deteniendo! Está levantando la caja de volteo... —el comisario frenó y el auto patinó y no se detuvo hasta que el cofre quedó debajo de la parte posterior del camión.

Antes de que los policías pudieran abrir las puertas, el auto se estremeció con fuerza cuando varias toneladas de grava cayeron de la caja de volteo y se estrellaron contra el techo. Para cuando lograron arrastrarse y salir por las ventanas de atrás, el camión se alejaba pesadamente, con la caja de volteo aún levantada, delineándose contra un cielo grisáceo.

Phil detuvo el camión cuando vio los números 50+00 marcados en el concreto del barandal de la cresta de la presa. Según las cifras que Janet le había dado, el punto más probable de falla en el frente de la cortina estaba exactamente después de esa marca. Bajó las escaleras de la cabina, vistiendo el overol blanco y un par de botas de goma que había encontrado en el garaje. El sonido de una sirena que se acercaba le indicó que un auto de la policía había logrado rodear el montón de grava.

Caminó hasta el barandal y miró hacia abajo, a la cortina de la presa, que bajaba en un ángulo de 30 grados hacia las sombras y a la atronadora neblina. En la base de la presa, al otro lado del río estaba el estacionamiento de la planta de energía. Para entonces había una media docena de autos, incluyendo su propia y amada reliquia. Tocó con la lengua la llave del encendido... que aún tenía alojada entre la mejilla y la encía.

La cresta de la presa estaba a 450 metros por encima del nivel del mar, y el punto predicho de falla se encontraba a 110 metros. Phil se levantó por sobre el barandal, quedó colgado un instante del borde de la plataforma del camino, y luego se dejó caer metro y medio hasta lo alto del talud. Por encima de él escuchó que un auto se detenía. Bajó a gatas tan rápidamente como pudo por la cortina de la presa, que estaba compuesta de piedra de cantera cortada en bloques ásperos, gruesos y

pequeños.

—¡Vuelva acá! —le gritó una voz—. ¡Deténgase o disparo!

Dos policías lo miraban desde arriba, a una distancia aproximada de seis metros.

—No le dispararían a un ingeniero indefenso y desarmado —gritó Phil—. ¿No van a seguirme? Quiero mostrarles dónde se filtra la presa. Entonces se darán cuenta de que no estoy chiflado.

—Infeliz. John, envía a algunos hombres a la parte baja de la presa. Yo lo seguiré hasta abajo. Tú quédate aquí en caso de que decida regresar.

El policía saltó el barandal y le gritó a la figura que corría por debajo de él:

—Si me hace bajar hasta el fondo de esta maldita presa le retorceré el cuello cuando lo atrape.

No hubo respuesta.

El centro de control de energía estaba otra vez en la línea.

—Rancho Seco ha cortado más energía de lo que esperábamos —dijo el despachador—. Necesitaremos cuarenta megavatios extra, y no veinte, como solicitamos anteriormente.

—No hay problema —respondió Withers—. Tenemos bastante agua aquí.

Riggs y Cooper, dos ingenieros de Roshek, Bolen & Benedetz, acababan de llegar y entraron en el cuarto de control. Withers les dijo que Herman Bolen estaba en camino.

—Quiere que inspeccionen las galerías inferiores. Busquen un cadáver. Un muchacho que se metió aquí dijo que había visto uno. Podría ser Jeffers.

Riggs y Cooper salieron disparados hacia los túneles.

—Muy bien —continuó Withers en el teléfono—. ¿Cuarenta megavatios? ¿Los quieren todos juntos?

—Alimenten la mitad en la línea en media hora y el resto treinta minutos después. ¿Tienen algún problema allá? Me dijiste que llamarías después y nunca lo hiciste.

—¿Problemas? No, ningún problema. Bueno, en realidad tuvimos una pequeña dificultad con un ex empleado. Pero ya se marchó y todo está tranquilo —Withers miró la pantalla de una de las cámaras de televisión. Una línea delgada surgía de la puerta entreabierta en la cubierta de la turbina, una línea brillante como un trozo de oropel. ¿Era agua?

—Bien —respondió el despachador—. Una cosa más. Definitivamente tenemos un problema de frecuencia de energía en el sector de las faldas de las colinas. Podría ser Cañón de la Sierra, o alguna de las plantas automáticas corriente abajo. ¿Qué es lo que registran ustedes? Dame tus lecturas.

Withers giró a la derecha y miró el tablero de medidores de frecuencia. Todos los medidores estaban en ceros.

—¡Qué demonios...!

—¿Perdón?

Withers estaba casi fuera de su silla, inclinado peligrosamente sobre los medidores.

—No puedo verlos bien desde aquí. Te llamaré luego.

Colgó y corrió al tablero de medidores del generador. Golpeó con el dedo las cubiertas de cristal de los medidores y le dio un golpe a la consola con la mano. No se movió nada.

—¡Ese maldito lunático! —exclamó—. Debe de haber desconectado los interruptores —entre maldiciones realizó una serie de conexiones para descubrir en qué grado estaba afectado el sistema. Se bajó la intensidad de la luz y luego regresó aún más brillante cuando el generador eléctrico de emergencia de diesel, que estaba en la habitación de al lado, cobró vida. En el monitor de televisión a sus espaldas, la línea plateada que emergía de la puerta del muelle de la turbina se convirtió en una pequeña cascada que empezó a caer por el pequeño tramo de escalones. Por las ventanas vio que Riggs corría hacia él moviendo los brazos.

Phil se detuvo en una roca y lentamente se movió en un círculo. Según sus cálculos, se encontraba parado sobre las coordenadas que la computadora había indicado como el punto más probable para que se diera una falla. Pero no había fuga. Ahora el cielo estaba lo suficientemente claro para permitirle examinar la cortina de la presa unos treinta metros en cada dirección. Estaba tan seco como el Valle de la Muerte.

—Bueno, ahora veo para lo que sirven los modelos matemáticos —dijo Phil mientras miraba al policía que avanzaba con dificultad hacia él. Se sentó, puso las manos cansadamente sobre las rodillas y dejó caer la cabeza. Las horas que pasó subiendo y bajando escaleras a todo correr, cruzando el lago a nado y bajando por el frente de la cortina de la presa estaban surtiendo efecto.

El policía que lo seguía desde arriba fue el primero en llegar. Se quedó de pie un momento recobrando el aliento y miró a Phil con una expresión de disgusto.

—Soy el oficial Lee Simón y estoy poniéndolo bajo arresto —dijo—. Le advierto que cualquier cosa que diga podrá ser usada en su contra, y de seguro que así será si yo puedo hacer algo al respecto. ¿No pudo rendirse allá arriba en lugar de hacerme bajar hasta acá?

Phil miró hacia arriba.

—Lo hice bajar para mostrarle la fuga en la presa. Como puede ver, no hay tal fuga, lo que me pone en... una situación desafortunada. Hay un viejo proverbio en la industria de las computadoras: "Si entra basura, sale basura." Lo que significa que...

Unas manos se posaron sobre sus hombros. Ya se encontraban allí tres policías,

todos los recién llegados respiraban con fuerza y tenían expresiones poco amistosas.

—¿Ve esto? —siguió el primer policía—. Esposas. ¿Ve esto otro? Un garrote. Déme las manos para que le ponga las esposas, o le daré con el garrote en la cabeza.

—Está bien, póngalas —respondió cansadamente Phil—> pero no serán necesarias. Me rindo. Lamento haberles causado tantos problemas.

—Apuesto a que sí —dijo el policía mientras esposaba a Phil—. Vamos —tiró de Phil hasta ponerlo de pie. El hizo un gesto por el dolor que sentía en muslos y pantorrillas.

En el fondo de la presa caminaron en hilera a lo largo del sendero formado por la unión entre el terraplén de la presa y el borde natural de la colina.

—Al ver la presa a la luz del amanecer —habló Phil— uno nunca pensaría que está a punto de reventar, ¿verdad? El hecho es que la presa está condenada. El agua se está metiendo ahora mismo en las galerías de inspección. Tarde o temprano encontrará el camino hacia la cara exterior. Entonces tendrán que empezar a contar los minutos.

—¿Quieres callarte, muchacho? Irás a la cárcel. Allí podrás hablar sobre la presa con todos los nuevos amigos que conocerás.

El policía que iba adelante previno a los demás de una parte lodosa que estaba al frente.

—No pueden meterme a la cárcel —dijo Phil con una voz teñida de alarma—. Es la primera vez que hago algo semejante. No causé ningún daño.

—Ningún daño, ¿eh? —intervino el policía a sus espaldas—. Sólo hay que considerar la patrulla del jefe que enterró con grava, eso es todo.

—Fue un accidente. Presioné el botón equivocado. Trataba de encender el radio.

—Hay más agua que cuando subimos —aseguró el policía que iba al frente, al tiempo que saltaba sobre un riachuelo.

Phil se detuvo. Miró sus botas, que estaban hundidas a medias en el lodo. Al otro lado del sendero, más adelante, había una pequeña corriente de agua turbia de varios centímetros de anchura. Siguió su curso con la mirada hasta el punto exacto en el que surgía de la roca en el frente de la presa, y su expresión cambió de la desolación al triunfo.

—¡Esperen un minuto! ¡Esa es la fuga! —saltó en el aire—. ¡Aleluya, la presa se está cayendo! ¡Se lo dije! —la sonrisa abandonó su rostro—. La presa sí se está cayendo —repitió en un murmullo consternado.

Lo tomaron por ambos brazos y lo empujaron hacia adelante sin miramientos.

—Es un simple arroyo de los que se suelen formarse en primavera —dijo uno de los policías—. Hay muchos semejantes en las colinas en esta época del año.

—Esta no es una colina. Es una presa —respondió Phil mientras lo apuraban por el sendero—. El agua de los arroyos es clara, ésta es lodosa. La fuga se hará más y

más grande hasta que no haya manera de detenerla... Tenemos que hablar con las autoridades...

—Nosotros somos las autoridades.

Llegaron hasta un grupo de patrullas que los esperaban. Arrojaron a Phil a un asiento trasero.

—¡Tienen que evacuar el pueblo! —gritó—. ¿No se dan cuenta? ¿Son ustedes completamente estúpidos? —de inmediato lamentó haber empleado la palabra "estúpidos".

El oficial Simón se abrió paso hasta el interior del auto y apoyó la punta de su garrote contra el labio superior de Phil.

—O se disculpa por lo que acaba de decir o voy a hacerle algunos moretones.

—Estoy sinceramente apenado por lo que acabo de decir.

Simón lo miró colérico, luego retrocedió, salió del auto y golpeó la puerta. Phil volvió el rostro contra la tapicería del asiento y no emitió ningún sonido durante el trayecto de diez minutos a la cárcel local. Su pesar no era sólo por no poder convencer a nadie de que el desastre era inminente: cuando el oficial Simón lo amenazó con el garrote, Phil se había tragado la llave de su auto y veinte centavos.

Janet Sandifer se sentó ante el teléfono y colocó dos lápices junto a una hoja de papel en donde tenía una lista de las agencias a las que llamaría. La primera era la del estado de California. Marcó un número y una voz femenina se escuchó en la línea.

—Asistencia de guía telefónica, ¿para qué ciudad?

—Probablemente Sacramento. Quiero informar acerca de un desastre en una presa. Un inminente desastre en una presa.

—¿Cómo lo deletrea?

—¿Qué tal con una D de desastre? ¿No tiene el estado una oficina llamada algo así como Oficina de Desastres?

—Para la Prevención de Desastres.

—¡Eso es! Quiero informar de una emergencia. Una gran presa se está cayendo, y no sé a quién debo avisarle.

—Déjeme ver. La Oficina de Servicios de Emergencias.

—¡Maravilloso! —Janet marcó el número que le dieron.

Escuchó un zumbido seguido de una voz profunda, tajante y profesional.

—Servicios de Emergencia. Hawkins.

—Llamo para informar que la presa Cañón de la Sierra se está partiendo. Sutterton debe evacuarse de inmediato.

—¿Nos llama desde la presa?

—No, desde Santa Mónica.

—¿Es usted de la Oficina para la Prevención de Desastres de California del Sur?

—Algunas veces pienso en mí en esos términos. Por el momento soy una ciudadana privada tratando de advertirle acerca de una fuga en la presa.

—Todas las presas tienen fugas, señorita. Usted está muy lejos de Cañón de la Sierra. Tuvo una pesadilla muy vivida, ¿no es así?

Janet inhaló y exhaló con los dientes apretados antes de ser capaz de responder.

—Un ingeniero de la presa me llamó. Me dijo que el agua se estaba abriendo paso en las galerías de drenaje y que sólo era cuestión de tiempo para que lograra pasar a través del terraplén.

—Que raro que no nos llamara. O a la policía.

—No llamó a la policía porque... Todos allá tienen mucho qué hacer, ¿no se da cuenta? El ingeniero sólo tenía tiempo para hacer una llamada, así que me pidió que diera la voz de alarma.

—Lo siento, no es así como se hacen las cosas. No voy a ordenar una evacuación sólo por sugerencia de un ama de casa de Santa Mónica que no durmió bien. Creo que está tratando de jugarnos una broma y amablemente le pido que desocupe la línea.

—¿Quiere decir que no hará nada? ¿Para qué sirve la Oficina de Servicios de Emergencia? ¡Espere a que los periódicos se enteren de esto!

Janet colgó enojada el teléfono, maldiciendo a los burócratas del estado de California, a la Oficina de Servicios de Emergencia y a los crueles dioses que llevaron a su vida la de Phil Kramer. Después de varios minutos de rabiar, marcó el siguiente número de la lista. Mientras escuchaba llamar al teléfono, decidió intentar una táctica un poco diferente; en apariencia la verdad simple y llana no era lo suficientemente persuasiva.

A través de las ventanas del cuarto de control, Withers vio que Riggs corría. El teléfono sonó y Withers lo contestó automáticamente. Era Leonard Mitchell, el contratista.

—Sí, señor Mitchell. ¿Puede esperar un segundo?

Riggs irrumpió en la habitación, sin aliento.

—El agua está entrando por la puerta de las galerías... está en los pozos de las turbinas. Tenemos que apagarlo todo...

Corrió a la consola principal y comenzó a apagar interruptores.

Withers saltó tras él y lo tomó del brazo.

—¿Qué estás haciendo? No podemos apagar todo... Tengo que alimentar cuarenta megavatios...

—Agua... —Riggs señaló uno de los monitores de televisión—. Espero que podamos salvar los generadores.

Cuando Withers miró a la pantalla, fue su turno de quedarse sin aliento. El agua

que salía por la puerta y llegaba al piso de la turbina tenía treinta centímetros de profundidad. Mientras miraba, paralizado, una sirena de alarma comenzó a sonar rítmicamente.

—¿Dónde está Cooper? —gritó.

—Todavía en los túneles, para ver si puede localizar por dónde entra el agua.

Withers tragó saliva.

—La presa se está cayendo. Es lo que Kramer dijo.

—Mira —replicó Riggs tajante—. Está entrando agua, es todo lo que sabemos. Tenemos que cerrar el lugar y encontrar el problema.

Withers asintió y tomó el teléfono.

—¿Señor Mitchell? Necesitamos algunas bombas. ¿Tiene algunas en su empresa?

—Unas cuantas bombas pequeñas. ¿Escuché que la presa se está cayendo?

—No, no, no hay nada malo con la presa. Creemos que tres de nuestras bombas se detuvieron al mismo tiempo... ¿La sirena? Es una advertencia de que algo anda mal en el sistema de drenaje. El agua se está metiendo a razón de tres metros cúbicos por segundo. ¿Puede resolver esto?

—Reuniré algunos hombres y equipo y voy para allá de inmediato. Tendré que cobrarles esto con tarifa doble por ser trabajo de fin de semana, ¿sabe?

—Sólo haga la cuenta. Y, señor Mitchell, guarde silencio respecto a esto hasta que sepamos a qué nos estamos enfrentando. No queremos causar pánico.

Withers colgó y le mostró a Riggs los tableros de medidores inservibles. Todo lo que se relacionaba con secciones del terraplén por debajo de la cubierta del generador estaba muerto.

—No hay manera de saber qué sucede —dijo Riggs haciendo un gesto—. El agua debe de haber causado muchos cortocircuitos.

Cooper, que estaba empapado y con la cara enrojecida, los interrumpió.

—Llegué hasta la intersección en la línea central —explicó desplomándose en una silla—. Las luces se apagaron, así que regresé. No podría decir de dónde viene el agua.

—Apuesto a que ese muchacho hizo algo en la chimenea de ventilación —aseguró Riggs—. Tal vez abrió una puerta de retención y dejó entrar el agua del lago.

—Eso puede ser —concordó Cooper asintiendo. Luego preguntó—. ¿Puedes callar esa sirena? Me está volviendo loco.

Withers cortó el circuito de la sirena. Un pesado silencio se hizo en el cuarto de control. Una vez detenida la producción de energía y con los generadores parados no se escuchaba siquiera el acostumbrado zumbido eléctrico.

—Bueno —dijo mirando a los otros dos hombres—> ¿creen que debemos decirle a la policía que nos enfrentamos a una crisis?

—Todavía no —respondió Riggs—. Tal vez con las bombas de Mitchell podamos

desaguar las galerías y mantener todo este asunto en secreto.

—¿Cómo vamos a mantenerlo en secreto —dijo Cooper— si hemos cerrado la planta? Creo que debemos suponer lo peor.

—Llama a Bolen —sugirió entonces Riggs—. Pregúntale lo que debemos hacer.

—Está en camino hacia acá para hacerse cargo de la situación; pero viene en su avión.

Riggs se dirigió hacia la puerta.

—Conecta los teléfonos de las oficinas. Veré si el aeropuerto de Oakland puede llamar a Bolen.

Mientras Riggs estaba fuera del cuarto, Cooper le hizo una sugerencia a Withers:

—Creo que deberíamos comenzar a bajar el embalse ahora.

—Ya hay sesenta centímetros de agua cayendo por sobre la cresta. Abrir las compuertas provocaría una gran inundación. Para comenzar se llevaría el puente de la calle Main de Sutterton. Veamos qué es lo que dice Bolen. Si no podemos comunicarnos con él, entonces decidiremos.

Cooper se puso en pie de un salto y caminó rápidamente hasta la puerta.

—No voy a sentarme aquí cruzado de brazos. Voy a conducir por los alrededores de la presa para echar un vistazo. Si veo algo que no sea cien por ciento normal, daré la voz de alarma, les guste a ustedes o no.

Sonó el teléfono. Withers lo respondió mientras se despedía de Cooper con la mano. El que llamaba era Bill Hawkins, de la Oficina de Servicios de Emergencia de Sacramento.

Hawkins dijo con un tono de diversión en la voz:

—Acabamos de recibir una extraña llamada telefónica de una mujer desde Santa Mónica que asegura que la presa que tienen ahí está por reventar. Bueno, ¿de dónde supone usted que sacó una idea como ésa?... ¿Hola?

—¿Una mujer de dónde dijo qué?

—Una mujer de Santa Mónica dijo que la pobre y vieja presa Cañón de la Sierra está en las últimas. Un amigo de ella la llamó y le dijo que el agua estaba entrando por todas partes. Sólo una pobre loca, ¿eh?

Withers silbó.

—Kramer debe de haber conseguido un teléfono... —¿Cómo dijo?

—Hubo un loco por aquí hace un rato y tuvimos que llamar a la policía para que se lo llevara. Debe de tener una amiga que trata de hacernos quedar mal.

—¿Así que todo está bien? ¿No está entrando agua por todas partes?

—No, sólo en la planta de energía eléctrica.

—Sólo en la planta de energía eléctrica. Hay agua entrando en la central — Hawkins repitió las palabras lentamente, como si las examinara.

—Tenemos un flujo que podría no ser normal. Hemos apagado la planta.

—Si han apagado la planta, por supuesto que no es normal.

—Tenemos un problema, pero no pensamos que sea serio. Discúlpeme, tengo una llamada en la otra línea.

En la otra línea estaba un iracundo despachador del Centro de Control de Energía.

—¿Qué es lo que anda mal allá? ¿Estás listo para comenzar a alimentar la energía extra? ¿Por qué no nos llamaste para darnos las lecturas?

—Iba a hacerlo en este momento. Oye, respecto a esa energía extra... tenemos cierta filtración, bueno... más que una filtración... que está entrando en los compartimientos de la turbina y hemos tenido que apagar la planta.

—¿Qué hicieron qué? ¡Estás bromeando! ¡Por favor, dime que estás bromeando!

Withers colgó y tomó la siguiente llamada.

—¿Newt? Habla Luby Pelletier desde la oficina de desastres del condado de Butte. ¿Cómo va todo por allá este lindo día?

—Maravilloso, Luby, magnífico. Oye, ¿te importaría...?

—La presa no se está cayendo, ¿o sí? Acabamos de recibir una llamada muy rara de una mujer en Santa Mónica...

—¡Dios! ¡Debe de estar llamando a todos en el estado!

—¿La conoces? Dijo que era una psíquica que acababa de tener una visión en la que desaparecía la presa Cañón de la Sierra y que vio a muchísima gente correr desnuda y despavorida hacia los bosques. Dijo que la visión le llegó como en un relámpago. Apenas pude contener la risa.

—Mira, Luby, sí tenemos un pequeño problema —Withers mantuvo los ojos en la pantalla de televisión. El flujo que iba a la cubierta de la turbina parecía ir en aumento—. De hecho, Luby, estoy terriblemente ocupado. Tal vez tengamos que evacuar el pueblo. Te llamaré más tarde.

Cuando Withers tomó la siguiente llamada —el teléfono sonó en el momento en que colgó— Riggs le gritó por el intercomunicador que ya había localizado al aeroplano de Bolen volando sobre Fresno. Withers le dijo que había escuchado y luego oyó a Lee Simón en el teléfono.

—Tu amigo Kramer nos hizo correr bastante —le contó el policía—, pero ya lo tenemos encerrado bajo llave. Oye, Newt, vimos un sitio con humedad al pie de la presa hace un rato, a unos cien metros de la orilla norte del río. Kramer se puso muy nervioso cuando lo vio, pero se pone nervioso por todo.

—¿Un sitio húmedo? —Withers sintió un escalofrío en la espalda—. ¿Es sólo una mancha o hay un flujo de agua?

—Es como un escurrimiento. Como lo que se ve en la orilla de la acera cuando alguien en la cuadra está lavando su auto. ¿Crees que signifique algo?

—Cooper está en su auto ahora. Voy a llamarlo por radio y le diré que eche un vistazo. Lee, tengo el horrible presentimiento de que estamos en graves problemas.

Te llamo después.

Withers llamó a Cooper por radio y le indicó que fuera a un punto desde donde pudiera ver todo cerca del patio de distribución. El teléfono de Withers estaba sonando otra vez.

—Planta de energía eléctrica. Withers al habla.

—Ésta es la mesa de redacción del Bee de Sacramento. Queremos verificar el rumor de que la presa Cañón de la Sierra ha sido minada por ex miembros de la policía secreta iraní. Nuestra fuente dice que la explosión será en treinta minutos y que Sutterton debe ser evacuado.

—¿Su fuente es una mujer de Santa Mónica?

—¿La conoce? ¿Es cierto lo que dice?

—Le llamo después.

Se escuchó la voz de Cooper por el radio anunciando que había llegado al mirador.

Withers se inclinó sobre el micrófono.

—¿Puedes ver la base de la pendiente en el lado norte? ¿Ves algo raro? ¿Un escurrimiento de agua a unos cien metros sobre la orilla del río?

—Eso está a medio kilómetro de distancia. Deja que traiga los binoculares.

En el silencio que siguió, Withers golpeteó con el puño contra la cubierta del mostrador al ritmo de su latido cardiaco. Miró el reloj de la pared: 7:10. Riggs entró en el cuarto de control y comenzó a informar sobre la conversación que acababa de tener con Bolen y luego se congeló al escuchar el sonido de la voz de Cooper en el radio:

—Sale a borbotones... deben ser unos ciento cincuenta o trescientos metros cúbicos por segundo... La hemos perdido, hemos perdido la maldita presa, Newt. La presa no tiene salvación.

PARTE TRES: LA FALLA

Capítulo 10

Herman Bolen se quitó los lentes protectores estilo Lindberg y la bufanda y se abanicó el rostro perlado de sudor. El calor en la cabina no menguaba. Por la ventana miró con fastidio la sábana de niebla que cubría el Valle Central. El sol brillaba sobre la nieve de la Sierra Nevada y el reflejo de la luz era cegador.

Para dejar de pensar en su incomodidad, trató de calcular su posición exacta: velocidad de la nave y del viento, rumbo. Estaba cerca de Fresno y se apoderó de él el impulso de encontrarse en alguna otra parte, cualquiera que no fuese su asquerosamente caro juguete a mil quinientos metros por encima de Fresno.

¡Cinco años! Era lo que se había tardado en diseñar y construir un aeroplano personal, y aun así no se encontraba a gusto. Era, en realidad, una cámara de tortura. La silla, la cabina, todo el avión fue diseñado a la medida de su cuerpo, pero éste, que ahora parecía un globo con forma de pera, sobrepasaba con mucho sus especificaciones originales. "Se pueden agrandar las costuras de un traje", pensó, "pero no de un avión."

Una voz se escuchó en el radio.

—Aeroplano N nueve siete tres cero siete, éste es el Centro Oakland. ¿Me escucha?

Bolen levantó su micrófono.

—Centro Oakland, lo escucho.

—Tenemos una llamada de la presa Cañón de la Sierra.

—¿Puede pasarla a una línea directa?

—No, pero puedo unir ambos lados de la conversación.

Bolen dudó. Si tenían una emergencia, ¿quería que todos en el Centro Oakland se enteraran?

—Dígales que me llamen a través de la operadora móvil.

Bolen miró su reloj. Debía de ser algo serio si no podían esperar otros cuarenta y cinco minutos a que él llegara.

A las siete en punto un zumbido se escuchó en el tablero de instrumentos.

—Habla Burt Riggs, señor Bolen, en la presa Cañón de la Sierra. Nosotros...

—¿Encontraron a Jeffers? ¿Revisaron la Galería D?

—No pudimos llegar a la Galería D. El agua sale del túnel de acceso hacia los pozos de las turbinas. Puede ser que las galerías inferiores estén inundadas. Jeffers pudo haber quedado atrapado ahí abajo.

Bolen escuchó la descripción del agua que entraba, los medidores que no funcionaban, el cierre de la planta. Luego, antes de que Riggs pudiera terminar, lo interrumpió.

—¿Le han dicho a la policía que Sutterton debe ser evacuado?

—No, pensamos que era mejor dejar que lo decidiera usted.

—Riggs, ¿cuántas pruebas necesitas? Escúchame. Creo que se ha roto el bloque central. Lo que hagas en los próximos minutos podría salvar miles de vidas. Llama a la policía, a las oficinas generales para desastres del condado. Diles que existe la posibilidad de que perdamos la presa. Saca toda el agua que puedas por las turbinas directamente a las salidas de trabajo. Abre las compuertas de los vertederos.

—Withers dice que hacer eso provocaría una inundación bastante grande...

—¡No me importa lo que diga Withers! ¡Haz lo que te digo!

—Sí, señor. Señor Bolen, puedo ver los monitores de televisión y parece que un grupo de trabajadores de Hermanos Mitchell está llegando con bombas.

—Si pueden sacar el agua con más rapidez de lo que entra, está bien... eso les permitirá la entrada en los túneles inferiores para tratar de hallar la fuente. Tal vez la fuga pueda taparse. Pero si el terraplén está roto, probablemente todo lo que intentemos será inútil.

El atildado Dr. Dulotte logró hacer pasar su camioneta esquivando el enorme camión que inexplicablemente estaba estacionado en lo alto de la presa. Antes de llegar a la parte más alejada, tuvo que disminuir la velocidad para seguir las indicaciones de un policía. Un coche grúa estaba sacando una patrulla de la policía de debajo de un montón de grava.

—¿Qué sucede, oficial? —preguntó bajando la ventanilla.

—No se detenga —respondió el policía cortante, indicándole con la mano que avanzara.

El camino dejaba la presa. Dulotte asintió con satisfacción cuando vio las flechas y letreros que marcaban la ruta del maratón. Eran las siete y veinte. La carrera empezaría a las ocho y, aproximadamente una hora después, si todo salía de acuerdo con el plan, Kent Spain sería el primero en cruzar la presa y desaparecer en los bosques, guiado por el aroma del dinero.

Dulotte se estacionó donde el sendero se internaba en los bosques. De la parte de atrás de la camioneta sacó una carretilla de tres ruedas llamada "carretilla caminadora Dulotte". En ella cargó una silla y una mesa plegadiza, cuatro botellas de cinco galones de agua, una tabla con clip para sujetar papeles, un cronómetro, un botiquín de primeros auxilios y una caja de naranjas. Diez minutos después avanzaba con paso ligero por el bosque, empujando la carretilla frente a él.

La camiseta seguía en la misma rama donde la había dejado algunos días antes. Tras los arbustos estaba la bicicleta, lista para partir. Dulotte siguió avanzando, mientras tarareaba "El Sueño Imposible".

Phil Kramer puso las manos en torno de los barrotes de la puerta de su celda. Muy cerca de ahí el sargento Jim Martínez estaba sentado al escritorio, trabajando.

—¡Déjeme salir de aquí! —gritó Phil al tiempo que sacudía la puerta—. ¡Esta es una verdadera emergencia! ¡Déjenos salir a todos! ¡Cada minuto cuenta!

—Cállate —dijo alguien tras él.

Phil miró por sobre su hombro. Había cuatro catres en la celda, y tres de ellos estaban ocupados con bultos cubiertos por mantas.

—No me voy a callar. Trato de salvar sus vidas tanto como la mía —se volvió hacia Martínez—. Tal vez no estaba usted poniendo atención, oficial, así que se lo explicaré todo de nuevo. Soy una autoridad reconocida a nivel mundial en lo concerniente a fallas de presas. Pregúntele a quienquiera. Acabo de terminar una inspección en la presa Cañón de la Sierra. Es ésa que puede ver por la ventana, sargento, si se toma la molestia de mirar.

—Cállate —volvió a decir la voz a sus espaldas.

—Escuchen todos —continuó Phil haciendo sonar la puerta de nuevo—. La presa se está cayendo. Lo vi con mis propios ojos. Se ha iniciado una fuga en el frente de la cortina. Eso significa que un enorme y gigantesco lago vendrá a estrellarse sobre nuestras cabezas, porque una vez que el agua se abra camino por el terraplén, ya pueden despedirse de este mundo. Eso fue lo que le pasó a la presa de Baldwin Hills en mil novecientos sesenta y tres y a la de Tetón en mil novecientos setenta y seis.

—Oye, Martínez —se escuchó desde una celda adyacente—, ¿no puedes hacer nada para callar de una buena vez a este tipo? Hay gente aquí con fuertes resacas.

El sargento Martínez suspiró y se levantó. Caminó por el corredor y observó a Phil, quien se encontraba parado fuera del alcance de su brazo.

—Esta es una emergencia —le aseguró Phil—. Nos quedaremos atrapados aquí como ratas. Tiene que sacarnos a todos de aquí, y también usted debe salir.

Entonces se escuchó un golpe que hizo que Phil se volviera. Un hombre gigantesco con una mata de largo cabello rubio se levantó de uno de los catres, derribándolo. Dio dos zancadas y dejó caer una mano enorme sobre el pecho de Phil, lo tomó de la parte de enfrente del overol y lo levantó del piso. Su aliento apestaba a ajo, tabaco, cerveza, a encerrado.

—Te dije que te callaras —comenzó.

—Bájalo, Haystack —pidió Martínez—. Yo arreglaré esto.

El hombre llamado Haystack miró a Phil y luego lo soltó.

Comenzó a sonar el teléfono en el escritorio de Martínez.

—Kramer, voy a contestar el teléfono —siguió Martínez—. Cuando regrese, y si no se calla, voy a decir cierta palabra secreta que hace que Haystack se enfurezca. Piénselo.

Martínez regresó a su escritorio y tomó la llamada.

Phil vio que la expresión del rostro del policía cambiaba mientras decía:

—¿Sí? ¿Ah, sí? ¿Ahora? ¿Quiere decir, a todos? ¿Está seguro? Correcto. Está bien.

Colgó con lentitud.

—¿Qué sucede? —gritó Phil—. ¿Qué está pasando?

Martínez se pasó los dedos por el cabello.

—Piensan que la presa podría caer —dijo—. Un transporte escolar está en camino para recogerlos.

Apretó un botón que accionó una alarma ensordecedora.

Phil le sonrió a su compañero de celda.

—Empaca tus cosas, Haystack. Vamos a salir de este agujero.

Al arranque del maratón de Mother Lode asistió una muchedumbre. Al sonido del disparo de inicio casi mil quinientas personas se abalanzaron con rapidez hacia el frente, en un multicolor enjambre de brazos, piernas y cabezas. Kent Spain formaba parte del grupo de los primeros cincuenta corredores a los que se les dieron posiciones de prioridad al frente, pero una vez que la carrera tomó su curso, se sintió tan envuelto por la multitud como si se encontrara a la cola, entre los corredores aficionados, los niños de escuela y los ancianos.

Los primeros tres kilómetros se parecieron más a una carrera de obstáculos que a una carrera a campo traviesa; se trató de saltar sobre perros que ladraban, esquivar a los que abandonaban la carrera y buscar la oportunidad de rebasar a jadeantes rezagados. Pero a la altura de la marca del kilómetro cuatro, los corredores formaban una sola fila separados por una distancia de aproximadamente cinco metros. Kent supuso que al menos doce corredores estaban delante de él. En los siguientes veinte kilómetros tendría que rebasar a cada uno de ellos, porque para que el plan fraguado por Dulotte funcionara, tenía que ser el primero de todos en pasar sobre la presa.

Sólo dos de los corredores podrían darle problemas: Tom Ryan, que estaba inmediatamente frente a él, y Nabih Yousri, de Etiopía, un corredor de primera que se inscribió en el último momento. "Si Yousri sigue su estrategia de costumbre", pensó Kent, "probablemente se encuentra a la cabeza, con su brillante calva negra brillando al sol como si fuera una bola de billar." Su táctica era comenzar de prisa y mantenerse a la cabeza hasta ganar. Kent iba a tener que hacer su máximo esfuerzo para pasarlo.

Ryan era un tipo distinto de corredor, un calculador astuto que tenía una estupenda zancada final. Con un esfuerzo sostenido, Kent comenzó a pisarle los talones a Ryan y dijo:

—Pi, pi.

Ryan, sin preocuparse, se movió a la izquierda y miró a Spain mientras se alejaba.

—¿Cuál es la prisa? Te quedarás sin energía.

—Tal vez.

En los siguientes once kilómetros Kent pasó a diez competidores que mostraban los efectos de haber corrido con demasiada energía al inicio de la prueba. Iba a un paso mucho más rápido del que él mismo hubiera practicado nunca, y sintió agudos dolores en las pantorrillas y una inquietante tensión en el abdomen.

En la marca de los 16 kilómetros se encontraba Cardiac Hill, una cuesta de kilómetro y medio de largo que llevaba a una colina desde la que podía verse el lago Earl Warren. Kent se detuvo unos segundos en el puesto de socorro y punto de verificación al fondo de la pendiente. Mientras se secaba con una esponja el rostro y el cuello, le preguntó al hombre detrás de la mesa cuántos iban delante de él.

—Cuatro. Yousri va a la cabeza, un minuto y medio adelante.

—Voy a alcanzarlo —dijo Kent.

Tomó un vaso de agua mientras ganaba velocidad y entraba en los bosques, donde el sendero se elevaba sin piedad entre los altos árboles. Presionó bastante sus piernas, ajustándose a un paso más propio de una carrera de velocidad que de un maratón.

—Puedes hacerlo, viejo —dijo dirigiéndose a su cuerpo con un tenso susurro—. Hazlo por mí sólo una vez más. Sé que es difícil, pero luego tomaremos un descanso, nosotros dos solos. No, no pidas que pare, piensa en el dinero. Sigue, sigue, sigue...

A quinientos metros de la cima de la pendiente ya había pasado a todos menos a Yousri, al que todavía no podía ver. Kent se concentró en atravesar "el muro", esa barrera medio física y medio psicológica que se interpone en el camino de un alto rendimiento. Nunca se había encontrado con "el muro" tan pronto en una carrera. Las pantorrillas eran atizadores al rojo vivo y el estómago una masa de cables tensos a punto de estallar. Siguió corriendo. El secreto era no hacerle caso al cuerpo hasta que dejara de enviar mensajes de dolor y liberara sus reservas ocultas de energía.

—Sigue, sigue, sigue —murmuró, con los dientes y los puños apretados—. Dinero, dinero, dinero, dinero.

Escuchó pasos a sus espaldas. Echó una mirada para atrás y vio un adolescente rubio que se aproximaba a un ritmo que se le antojó de setenta y cinco kilómetros por hora, con sólo un ligero rastro de sudor en la cara. Sobre el pecho llevaba el número 1027, lo que significaba que no estaba clasificado. Kent se adelantó, pero el chico se le emparejó.

—Discúlpeme, señor —dijo el 1027 sin apenas perder el aliento—. ¿Dónde está Cardiac Hill?

El rostro de Kent Spain reflejaba una confusa mezcla de agonía y de odio.

—En la cima... de esta pendiente... el sendero tuerce a la izquierda... por un campo de helechos. A un kilómetro más... comienza Cardiac Hill.

Le era difícil hablar. Parecía que no podía hacer llegar aire a los pulmones.

—Muchas gracias —respondió el adolescente al tiempo que se alejaba. Miró hacia atrás y añadió—. Quédate ahí, veterano.

Minutos más tarde Kent alcanzó la cima de la colina y siguió el sendero de la derecha. La zona conocida como los Jardines de Helechos se encontraba a su izquierda, y en una colina más alejada pudo ver al 1027 correr por un sendero que Kent sabía que sólo llevaba a una cabaña de guardabosques abandonada.

Feliz por primera vez desde que empezó la carrera, Kent alargó su propia zancada. Al dar vuelta en una curva cerrada, casi choca con Yousri, que estaba inclinado atándose un zapato. El africano saltó de inmediato y salió disparado al frente, con sus nervudas piernas impulsándose como látigos de orozuz. Kent aceleró el paso y avanzando con la furia de un demente poco a poco consiguió cerrar la brecha.

Yousri no le cedía el paso. Cuando Kent trató de pasar por la derecha, Yousri se movió en esa dirección. Y cuando Kent se hizo hacia la izquierda, Yousri le cerró el paso también.

—Maldición, déjame pasar —dijo Kent.

—No hay paso —respondió Yousri—. No hay paso para ti. Tú estar acabado.

—¡Déjame pasar!

La respuesta del negro fue acelerar el ritmo. Kent Spain, con los dientes apretados, lo igualó paso a paso. Durante doscientos metros corrieron en un duelo agotador, a sabiendas de que si lo mantenían por mucho tiempo prácticamente reventarían. Entonces Kent fijó los ojos en los zapatos que tenía frente a él. Calculando perfectamente el movimiento, se inclinó hacia adelante y golpeó en un lado el zapato de su oponente, de manera que se atorara en la parte de atrás del talón del otro pie. El gran Nabih Yousri se estrelló contra el piso en una explosión de ramitas, piedras y maldiciones incomprensibles.

Por fin, en el kilómetro diecinueve, Kent Spain tomó la delantera. Corría ahora colina abajo, por una ladera de matorrales de roble y manzanillo hacia la cresta de la presa. En unos cuantos minutos saldría de los bosques en el mirador derecho... siempre que no hubiera abusado de su cuerpo. Se sentía mareado. Sentía que el piso se movía en ondas como si estuviera en uno de esos juegos de parque de diversiones. Un rugido llenó sus oídos, y aspiraba aire y lo echaba como si fuera una locomotora de vapor.

Tocaban persistentemente a la puerta y eso fue lo que despertó a Theodore Roshek. Luego la abrieron y la señora Bolen metió la cabeza en la habitación.

—¿Theodore? Hay una llamada para ti de Cañón de la Sierra. De un tal señor Withers.

Roshek levantó el teléfono y escuchó a Withers con incredulidad y creciente

alarma.

—¿Cuánta agua está entrando? ¿Lo has visto por ti mismo?

—No, pero uno de nuestros ingenieros estima que son alrededor de trescientos metros por segundo —Withers dudó y luego añadió—. Piensa que la presa está perdida. Creí que lo mejor era llamarlo. Su esposa me dijo dónde podía encontrarlo.

Roshek explotó.

—¿Están tirando rocas con un buldózer en la abertura? ¿Abrieron las compuertas? ¿Ya le avisaron a la policía?

—Abrimos las compuertas y la policía está evacuando el pueblo, pero respecto a los buldózers, nadie aquí sabe qué hacer. El señor Bolen está en camino para acá. Creemos que el señor Jeffers está muerto.

—¿Dónde está Kramer?

—En la cárcel. Encerrado.

—Sáquelo.

—¿Sacarlo?

—¿Quién además de él sabe más allá de lo que está pasando? Tal vez tenga alguna idea salvadora.

Roshek colgó y marcó el número de Creekwood. Eleanor estaba en peligro. Si ocurría lo inimaginable... ¿Acaso era posible? Las imágenes de presas que habían caído inundaron su mente. Saint Francis y Baldwin Hills sólo en California; Malpassant en Francia; Vega de Tera en España y Tetón en Idaho. Las catástrofes se presentaron tan vividas ante él como la angustia sufrida por los ingenieros que fueron responsables. "Actos de Dios"; "práctica normal en la industria"; "los imponderables que no se pueden evitar", todas estas frases surgían una y otra vez en las investigaciones posteriores a cada desastre. Realmente la naturaleza era capaz de dar terribles sorpresas, pero Roshek no podía evitar sentir que si un hombre ponía la suficiente atención al detalle, entonces... —una señal de ocupado le indicó que Eleanor todavía tenía el teléfono descolgado.

¿Podría caer la presa Cañón de la Sierra? ¿Tendría que sufrir él mismo el desprecio que aplicaba a los diseñadores de estructuras inadecuadas? ¿Acaso el nombre de Theodore Roshek se asociaría para siempre con pesadillas en vez de con estructuras de ensueño?

Si la presa se destruía, Eleanor sería aún más importante para él de lo que ya era. Haría que la vida valiera la pena. Iría hasta donde ella estaba para advertirle del peligro.

Marcó el número de Carlos Hallon, el piloto de la corporación. Si la presa se mantenía en pie al menos una hora y media —estimación conservadora en vista de la cantidad de agua que se metía y de la gigantesca brecha en el centro de concreto—, entonces habría tiempo de localizar a Eleanor antes de...

—¿Carlos? Tenemos una emergencia en el norte de California. ¿Está el Lear listo para partir? Arregla también que un helicóptero nos espere en el aeropuerto de la ciudad de Yuba para que me lleve a la presa Cañón de la Sierra.

Elizabeth Lehmann, de rostro dulce, cabellos grises y figura regordeta, parecía más la jefa de relaciones públicas de una fábrica de pasteles congelados que la oficial de control de desastres del condado, pero estaba orgullosa de serlo. Cuando llegó la llamada de emergencia, se quitó la bata y apresuradamente se puso unos pantalones negros, una blusa azul y una chaqueta negra. Si la presa se caía, tal vez no regresara a casa en varios días y no quería verse desaliñada.

Ahora podría saber si todas las sesiones de práctica habían servido de algo. Una vez al mes obligaba a los gruñones funcionarios locales a pasar una tarde en la oficina para la prevención de desastres a fin de discutir qué medidas tomar ante hipotéticas explosiones atómicas, derrames de productos químicos, terremotos, choques de trenes y ataques terroristas. Según la opinión de los tacaños supervisores del condado, planear para desastres era una pérdida de dinero, porque Dios, en Su sabiduría, no anuncia qué desastre va a desatar ni cuándo. Pero Elizabeth Lehmann había logrado reunir el suficiente dinero para poner el equipo de radio del condado en una camioneta que podría mover con rapidez a cualquier parte, donde fuera más útil. Estaba orgullosa de su auto de comando, equipado con un radiotransmisor, material médico y un "archivo de recursos" con una lista de la ubicación de todo, desde doctores hasta bolsas de arena.

"Por lo menos está sucediendo en fin de semana", pensó mientras bajaba corriendo los escalones del portal. "No habrá que lidiar con los chicos en las escuelas."

El auto de comando no se encontraba ahí. La entrada estaba vacía, al igual que la cochera. Se agarró la cabeza cuando recordó que había dejado el auto en la oficina. Una semana atrás la mesa de supervisores había decidido que los empleados ya no podrían llevar los vehículos del condado a sus casas. En otras palabras, de ahora en adelante, los desastres tendrían que ocurrir durante las horas de oficina.

Elizabeth corrió a la calle y miró hacia ambos lados en busca de ayuda. En un patio lleno de hierba, a dos casas de distancia, Norman Kingwell pulía su motocicleta. Kingwell era uno de esos adolescentes buenos para nada con el que no había cruzado palabra en dos años, desde la vez en la que cumplió quince años de edad y le quitó el silenciador a su moto. Corrió hacia él, saludando con la mano.

—Enciende esa belleza, Norm —pidió—. Me vas a llevar a dar una vuelta.

Con una mano en la caña del timón, Chuck Duncan guió su pequeño bote de

fondo plano fuera de la solitaria caleta. Tan temprano por la mañana había muy poco viento y la superficie del agua apenas se movía. Duncan se dirigió hacia la parte más ancha del lago, a ocho kilómetros sobre la presa. Cuando llegara ahí, apagaría el motor y comenzaría para él un día de descanso. Bebería cerveza, pescaría y derivaría en su bote hacia donde la corriente quisiera llevarlo.

Capítulo 11

Cuatro arzones de acero atravesaban el río sobre pilares de granito. En la entrada más cercana al pueblo había un monumento de concreto en el que se leía puente de la calle main, Sutterton, 1933. El autobús escolar lleno de prisioneros de la cárcel del pueblo se detuvo a un lado.

—¡Madre de Dios! —dijo el conductor—. ¡Miren el río!

El agua había subido 60 centímetros sobre el camino y aumentaba. Había policías por doquier colocando barricadas a través del acceso y el aire estaba colmado de luces parpadeantes y sonidos de sirenas y estática de radio. Wilson Hartley bajó de un auto y esperó a que el conductor del autobús abriera la ventanilla.

—¿A dónde, jefe?

—Al gimnasio de la secundaria de la ciudad Sterling. Toma la carretera Ciento noventa y uno. ¿Tienes ahí a Phil Kramer?

—Yo soy Kramer —dijo Phil, avanzando con dificultad hacia el frente del autobús. Un guardia se hizo a un lado para dejarlo pasar. Phil se encontró estrechando la mano de un policía de cabellos plateados con una voz familiar.

—Wilson Hartley, jefe de policía. Debimos haberle hecho caso anoche. Todos los cargos contra usted han sido retirados. Necesitamos su ayuda. Me dicen que mientras no lleguen los jefes, usted sabe mejor que nadie lo que está sucediendo. Para comenzar necesitamos que nos diga cuánto cree que resista la presa.

Phil movió la cabeza de un lado a otro con asombro y luego trató de adoptar una postura profesional.

—Tendré que ver el alcance de la fuga. ¿Puede llevarme al estacionamiento de la planta de energía?

Fue interrumpido por un fuerte ruido seco y crujiente. Todos los ojos se volvieron hacia el río; éste había alcanzado el camino del puente y su fuerza rompió la conexión entre los dos tramos centrales y el pilar sobre el que descansaba. Todo el puente comenzó a estremecerse. En ese momento una motocicleta se lanzaba hacia el otro lado.

—Miren a ése —gritó alguien—. ¡Nunca lo logrará!

Varios centímetros de agua fluían por el segundo tramo. La motocicleta cruzó el pavimento como una lancha de motor, haciendo olas hacia ambos lados. El puente se tambaleó y casi puso en posición vertical a la moto, pero el conductor pudo mantener el equilibrio con un empujón de la pierna. Cuando llegó a tierra firme se detuvo girando bruscamente.

—¿Está usted loco? —gritó Hartley—. ¿No vio el bloqueo que está del otro lado? Norman Kingwell miró al jefe sonriendo a medias.

—El diablo me obligó a hacerlo —dijo al tiempo que apuntaba con el pulgar por

encima del hombro.

La oficial de control de desastres saltó del asiento detrás de Norman Kingwell.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Eso fue vivificante!

—¡Señora Lehmann!

—Está bien, Wilson, yo le pedí que me cruzara. Tengo que llegar a mi auto. Allá va el puente...

El agua corría a borbotones sobre los barandales y la acera. Con un sonido profundo y desgarrador, los dos tramos centrales del puente se doblaron como en cámara lenta llevándose tras de sí los tramos laterales y cayendo en el agua. En el lapso de un minuto todo desapareció.

Elizabeth Lehmann regresó a la motocicleta detrás de su conductor adolescente.

—Tengo que mover la camioneta del radio a un terreno más alto —le dijo a Hartley—. ¿Será seguro el mirador de la derecha?

Hartley miró a Phil, y éste les aseguró que el mirador derecho era perfecto porque era de roca sólida.

La señora Lehmann dirigió su atención a Phil.

—¿Y usted es...?

—Por el momento —respondió Hartley—, es el experto técnico a cargo de todo. Cualquier cosa que él diga se hace.

—Entonces iré al mirador derecho. Vamos, Norman.

La mujer se abrazó de Kingwell en el momento en que arrancaban con un rugido.

Minutos después Phil Kramer se encontraba reunido con un grupo de hombres en el estacionamiento de la planta de energía, examinando despacio con binoculares los puntos inferiores de la construcción de la presa. La fuga era ya un verdadero torrente que salía de un enorme agujero de nueve metros de diámetro. Phil entregó los binoculares al hombre que estaba de pie junto a él, el contratista Leonard Mitchell.

—Hablé con Roshek hace un rato —comentó Withers—. Me dijo que tal vez podríamos evitar la inundación tirando roca en el agujero.

Phil rechazó la sugerencia.

—Es demasiado tarde. La presa va a caer sin importar lo que hagamos.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —quiso saber el oficial de policía Lee Simón—. Tenemos que evacuar el pueblo.

—El terraplén tiene más de un kilómetro de espesor en la base —explicó Phil—, así que tomará algún tiempo. El agujero seguirá agrandándose hasta que se abra una grieta que llegue hasta la cresta de la presa. Entonces el lago empujará y saldrá disparado como una ola gigantesca.

—¿Cuánto es eso en minutos? —insistió Simón.

—Sólo puedo suponerlo, pero el sitio en el que nos encontramos podría quedar

cubierto por cientos de metros de agua en un lapso de cuarenta y cinco minutos.

—¡Cuarenta y cinco minutos! Nunca podremos avisar casa por casa. Tendremos suerte si podemos recorrer las calles en un camión con altavoz —Simón sacó de su auto el micrófono del radio.

—¿Qué le parece si vigilo la brecha y les doy estimados más precisos? —sugirió Phil.

—Buena idea. Lo colocaremos en el mirador con la camioneta del radio.

—Lo llevaré en mi camioneta —le dijo Mitchell a Phil.

Minutos más tarde Mitchell se dirigió a toda velocidad por el sendero del condado que corría sobre la cima de la presa; el camino de la cresta se extendía frente a ellos como un tenso listón blanco.

—¡Mire! —exclamó el contratista señalando por el parabrisas—. Algún tonto está tratando de aterrizar un avión sobre la presa.

Phil siguió la mirada de Mitchell y observó que un pequeño avión se aproximaba al camino de la cresta. El avión bajó, se elevó un poco para evitar el camión que Phil había abandonado durante la noche y luego tocó tierra con suavidad.

—Espero que vea la grava —dijo Phil.

—¿Qué grava?

—Robé uno de sus camiones anoche y para retrasar a la policía tiré una carga de grava sobre el camino.

Mitchell miró de soslayo a Phil.

—¿Robó uno de mis camiones?

—Bueno, lo tomé prestado.

El aeroplano color rojo brillante rodaba hacia ellos cuando el tren de aterrizaje topó con la grava. La cola se levantó, el fuselaje se balanceó sobre la nariz por un segundo y luego se volteó.

Cuando Phil y Mitchell llegaron, dos patrulleros de caminos sacaban al piloto cortando el cinturón de seguridad que lo mantenía suspendido cabeza abajo.

—Estoy bien —pero estaba claro que no era así. Tenía una gran contusión en la frente. Cuando lo sentaron de nuevo, sus labios se abrieron en un gesto de dolor y cerró los ojos con fuerza.

Cuando enderezaron al piloto Phil lo reconoció.

—¡Señor Bolen! —bajó de la camioneta—. ¡Me alegra verlo!

Bolen se obligó a abrir un ojo y miró a Phil.

—¿Lo conozco?

—Soy Phil Kramer. Roshek me despidió ayer, ¿recuerda?

—Kramer —dijo Bolen—, me disculparé por lo de ayer más tarde. Ahora escúcheme. Cierre este camino salvo para los vehículos de emergencia. Cuando la brecha alcance los doscientos treinta, saque a todos de la presa, porque a partir de

entonces la perderemos con rapidez.

En ese momento llegaron más autos. Un hombre al volante de una camioneta se ofreció a llevar a Bolen al mirador derecho, donde estaban colocando una tienda de primeros auxilios. Phil y Mitchell ayudaron a Bolen a levantarse. Mientras lo llevaban a la camioneta que estaba al otro lado de la carretera, Mitchell dijo:

—Debe haber un modo de salvar la presa. ¿Qué le parece si tiramos rocas en el lago, sobre el punto en el que se está filtrando el agua? Tengo un lanchón cargado en la cantera que podría estar en posición en media hora.

—Sería inútil —aseguró Bolen—. En media hora se estará formando un remolino. Perdería el lanchón y la tripulación. Ya es demasiado tarde —mientras lo ayudaban a subir a la camioneta, volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Arrastraremos su avión lejos de la presa —le dijo Phil—. Al menos eso sí podemos salvar.

Bolen levantó la mano débilmente.

—Olvídese del avión. Soy demasiado viejo para volar. Tírelo por un costado para dejar libre el camino —le hizo una seña a Phil para que se acercara—. Si Roshek aparece, vigílelo. Esto podría ser demasiado para él.

Phil asintió.

—Así lo haré.

El pequeño helicóptero de dos plazas rozó las puntas de los árboles quince kilómetros al sur de la presa. Roshek señaló el verde césped que rodeaba Creekwood, y el piloto hizo una ligera corrección de curso.

El río no se veía bien... ya se había desbordado y estaba salpicado con madera flotante. Roshek tenía esperanzas de que Eleanor hubiera escuchado las noticias y ya no estuviera ahí. De no ser así le indicaría al piloto que la llevara a un lugar seguro y que regresara después por él. Si el agua lo alcanzaba antes de que lo rescataran, mala suerte. Prefería que sobreviviera ella y no él. Era viejo y estaba desmejorando con rapidez. Su carrera, que solamente unos días antes había estado a punto de alcanzar alturas sin precedentes, también estaba deshecha.

La casa apareció ante él. Pero el auto en la entrada no era el de Eleanor. Si no se equivocaba, pertenecía a Russell Stone, el bailarín con el que ella vivía antes de que Roshek apareciera en su vida. "Dios mío", pensó, "no estarán juntos en la casa, no después de que ella me juró que habían terminado. Stone debió de haber venido solo... ella debió de prestarle la llave."

—Mantenga esta altitud —le gritó al piloto cuando se aproximaban a la casa.

La puerta del frente se abrió. Un joven delgado y musculoso salió a la terraza. Sí, era Stone, y Roshek se puso furioso. No le gustaba la idea de que un rival pasara la

noche en Creekwood, ni siquiera con el permiso de Eleanor.

Una mujer apareció en el sombreado portal.

—Que no sea Eleanor—susurró Roshek—, por favor, por favor.

Pero sí era Eleanor, vestida con los pijamas de seda que él le había regalado en Navidad. Ella caminó, más bien se deslizó hacia la luz del sol y pasó el brazo en torno de la cintura de Stone. El puso su brazo sobre el hombro de ella y la atrajo hacia sí mientras contemplaban juntos el helicóptero. Roshek la vio mover la mano para escudarse del sol, como un ave que se eleva hacia una rama. Hasta sus gestos más simples tenían tanta gracia que...

—Arriba —le dijo al piloto al tiempo que señalaba hacia el cielo—. Elévelo.

Mientras el helicóptero subía Roshek empezó a sollozar convulsivamente. Enterró el rostro en un pañuelo.

—¡Oiga! —exclamó el piloto—. ¿Está bien?

Roshek asintió, se sonó la nariz ruidosamente aspirando muy profundo varias veces.

El helicóptero se inclinó un poco y se lanzó hacia el frente, al noreste. En la distancia, el lago Earl Warren se afilaba hasta conformar un estrecho dedo sobre Sutterton, donde un diminuto parche color café que era la presa, lo detenía como el corcho en una botella.

El mirador de la derecha era una superficie plana del tamaño de una cancha de fútbol a 30 metros por encima de la cresta de la presa. Phil, con un radiotransmisor y un par de binoculares, se apostó en el sitio más alejado, donde se encontraban los dos extremos del barandal sobre una saliente rocosa que tenía la forma de la proa de un barco. Era un punto de observación espectacular y ventajoso. En la otra orilla del río estaba la subestación y la planta de energía, que ya había sido evacuada. A la izquierda de Phil un río verde y profundo se movía con suavidad hacia abajo, por sobre las compuertas abiertas de los vertederos. En el fondo el torrente se disolvía en una continua explosión de rocío.

Abajo del vertedero, cerca de la base del terraplén, un área circular de cien metros de diámetro brillaba con humedad. El borde inferior era como una cuchillada irregular de treinta metros de largo, de la que salía una cascada continua de agua turbia que caía colina abajo.

Con el radio colocado cerca de la boca, Phil informó sobre el progreso de la falla:

—El borde superior de la brecha ya alcanza en ciento cincuenta metros. El volumen del flujo se ha duplicado en los últimos cinco minutos. Desplome total estimado en treinta y cinco minutos.

Las partes más bajas de Sutterton estaban desapareciendo poco a poco bajo la creciente del río. Con los binoculares Phil observó una docena de casas arrancadas de

sus cimientos, volteadas de costado y de cabeza y aplastadas hasta hacerse añicos. Se sentía como un observador de tiro en una guerra, pasando toda la información sobre la batalla a los generales en los cuarteles del campo, detrás de las líneas.

Los cuarteles, en este caso, estaban apenas a unos cuantos metros de distancia porque el mirador fue transformado en una especie de sede del gobierno. Primero llegaron los autos con el jefe de la policía, el jefe de bomberos y el encargado de la Cruz Roja local. Los patrulleros de caminos mantenían libre un área para los helicópteros que llevaban oficiales de Sacramento, aunque el primero que llegó llevaba un grupo de reporteros de la televisión. En la parte trasera de la camioneta del radio erizada de antenas, la señora Lehmann mantenía un flujo continuo de información, especialmente hacia las comunidades que se encontraban corriente abajo. Su voz tenía un timbre enérgico y Phil podía escuchar casi cada palabra que decía por encima del caótico rugido del agua, los motores de los vehículos, los gritos y la estática de las micrófonos. Era obvio que estaba realizando su trabajo con una tremenda energía y eficacia. Cuando Wilson Hartley hizo un comentario respecto a que ella parecía estar disfrutando de lo que hacía, la señora Lehmann replicó:

—Lloraría si eso sirviera en alguna forma.

En ese momento Phil se volvió y se encontró mirando de frente las lentes de una minicámara de televisión. Junto al camarógrafo se encontraba un hombre con una chaqueta deportiva beige que hablaba con gravedad en un micrófono.

—En sus pantallas se encuentra Phil Kramer, el joven y heroico ingeniero que pasó la noche dando la alarma. Según entiendo —dijo el reportero—, el agua saldrá cada vez más rápido hasta que el valle se inunde, ¿no es así? —lanzó el micrófono al rostro de Phil.

—No. Más o menos en media hora un muro de agua bajará al valle como una aplanadora.

—¿A setenta y cinco o ciento cincuenta kilómetros por hora? ¡Qué espectáculo para nuestras cámaras!

—Podría alcanzar los ciento cincuenta kilómetros en línea recta, pero este valle tiene vueltas y recovecos. La turbulencia y la carga que el agua levantará disminuirán la velocidad a quince o veinticinco kilómetros por hora. Ahora, si me disculpa... — Phil se volvió y revisó el lago con los binoculares—. Creo que veo un bote —dijo en su radio—. A la derecha, a casi medio kilómetro del vertedero. No debe de haber escuchado los avisos. ¿Hay algún helicóptero que pueda llegar hasta allá?

Wilson Hartley puso una mano sobre el hombro de Phil.

—¿Lo escuché decir que la inundación avanzaría a quince o veinticinco kilómetros por hora?

—Es sólo una suposición, pero no creo que el agua vaya mucho más rápido.

—Alguien podría ser capaz de conducir por la extensión del cañón mucho más de

prisa que eso para asegurarse de que todos los habitantes han sido evacuados. Utilizaré nuestro mejor auto, el que siempre empleamos para alcanzar a los conductores que violan el límite de velocidad.

Phil miró al policía.

—¿Lo dice en serio? No sé con seguridad la velocidad que alcanzará el agua. Podría... Hartley se alejó.

—Sólo siga hablando por ese micrófono, para que yo sepa cuánto tiempo me queda.

Un sonido atronador llamó la atención de Phil hacia la presa. En el área circular saturada explotó un tremendo geiser hacia arriba y un agua color café y viscosa salió a borbollones como sangre en una herida.

—Una explosión mayor —reportó Phil, excitado—. El flujo sale en chorros a lo que parece ser presión máxima. Ya no falta mucho, tal vez veinte minutos. Quienquiera que aún permanezca en el pueblo debe salir de inmediato.

En la superficie del lago, a 300 metros del vertedero, una columna de burbujas salió a la superficie y un círculo de agua comenzó a girar lentamente a su alrededor.

Desde el helicóptero de Roshek el pueblo, el lago y la presa parecían una escena tomada de una esplendorosa tarjeta postal. Sólo al observar con cuidado era posible ver las hileras de autos que abandonaban Sutterton por cualquier camino disponible. El lago brillaba al sol y las colinas se perdían a lo lejos hacia las nevadas tierras altas, como si se tratara de una verde sábana arrugada. Perfilándose cada vez más grande conforme el helicóptero se acercaba, la presa, un muro colosal que atravesaba todo el valle. En el costado izquierdo, como un brazalete de plata en un brazo bronceado por el sol, se veía el vertedero, y debajo, de la mitad de altura pero del doble de ancho, había una desagradable y agitada masa de agua turbia. Roshek contempló la enorme estructura que se extendía a sus pies, rota y sangrante, y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Cuando el helicóptero aterrizó y el rotor se detuvo, él no se movió. La puerta se abrió y sintió que lo levantaban para ponerlo en pie. Los hombres lo rodeaban, pero sus palabras parecían llegarle desde una gran distancia. Automáticamente puso los brazos en las muletas, caminó hasta el barandal y miró por encima del borde.

Una poderosa corriente de agua, verde y cristalina, se precipitaba por el vertedero de concreto en un flujo laminar perfecto, convirtiéndose gradualmente en una blanca turbulencia casi como las fórmulas y las pruebas predijeron que sería. Era hermoso e hipnótico, una fotografía en un libro de texto de ingeniería. Más allá, donde no debía haber nada más que el suave y rojizo costado del terraplén caliente por el sol, se encontraba una furiosa bestia color café salida de una pesadilla, gruñendo y royendo una cavidad fatal en una de las maravillas del mundo hechas por el hombre.

"No puede ser", pensó Roshek. Aunque no era culpa suya, la presa Cañón de la Sierra se deshacía ante sus ojos. Las fuerzas de la naturaleza estaban trabajando. No había nada que pudiera hacer. Imaginaba las manos de un insolente y joven bailarín de ballet acariciando a Eleanor James; pero, ¿qué era eso para él? Ahora Eleanor estaba fuera de su vida, y muy pronto la presa lo estaría también.

El viento tiró de sus ropas. Le arrancó el sombrero de la cabeza y lo lanzó a volar en el aire como si fuera un pato. Roshek lo miró ascender muy alto en el cielo, para luego caer en un arco largo, girando, encogiéndose de tamaño hasta que se convirtió en un punto difícil de distinguir contra el río, que caía en una cascada por el frente de la cortina.

Dejó caer las muletas. Para evitar perder el equilibrio cerró los puños sobre el barandal. Si no hubiera sido por sus débiles piernas habría podido saltar.

En ese momento notó una voz que le era familiar, y se volvió lentamente a su derecha. A tres metros de distancia un hombre con overol blanco miraba a través de unos binoculares y levantó un radio hasta sus labios.

—Puedo ver que se forma un remolino en el lago —decía—, a unos trescientos metros al noreste del vertedero. El punto más alto de la brecha alcanza ahora los doscientos metros.

Roshek lo miró, tratando de ubicar al hombre. ¿Qué era lo que había en él que despertaba semejante odio en su corazón? Avanzó con dificultad por el barandal para acercarse.

—La ruptura principal va a ocurrir dentro de diez minutos más o menos —dijo el hombre—. Veo gente parada en el borde del cañón más abajo del pueblo, donde el río dobla. Si se quedan allí, no podrán salvarse. Cuando la ola golpee esa coüna, podría subir hasta la cima.

El hombre se volvió, al mismo tiempo que bajaba el radio y los binoculares.

—¡Señor Roshek! —exclamó sorprendido.

—Usted es Kramer, ¿verdad? —preguntó Roshek con voz trémula—. Tuvo una suerte increíble. Había una posibilidad en mil millones de que la presa se derrumbara y de que usted encontrara la falla —el rugido del agua era tan estruendoso que tuvo que vociferar—. Su estúpido programa de computadora no tuvo nada que ver con esto... fue simple suerte ciega —tomó a Kramer por el hombro—. Antes de que usted llegara no había ningún problema. Usted hizo que esto ocurriera... sí, sabotaje... para probar su loca teoría, para acabar conmigo...

Roshek sintió entonces el peso de una mano fuerte sobre su brazo. Giró y vio a un hombre con la cabeza envuelta en vendajes, que gritaba su nombre.

—¿Puedes oírme? —le decía.

Era Herman Bolen. Roshek evaluó la situación fríamente.

"Si no le contesto", razonó, "pensará que me he vuelto loco."

—Por supuesto que te escucho, Herman, no grites. ¿Qué te pasó en la cabeza?

Antes de que Bolen pudiera responder, se escuchó un ruido sordo cuando un gran bloque triangular del terraplén cedió y se hundió en el agua que brotaba por debajo de él. El lago pareció saltar sobre la fisura que ahora iba desde el fondo de la pendiente hasta unos pocos metros antes de la cresta, luchando por pasar con impresionante frenesí. Directamente por encima de la brecha, el camino sobre la cresta comenzó a hundirse.

Roshek se volvió.

—¿Dónde están mis muletas? —cuando se las entregaron se dirigió hacia su helicóptero—. No quiero mirar —le dijo a Bolen, que tuvo que correr para igualarle el paso—. No soy masoquista. Regreso a Los Ángeles.

Bolen lo ayudó a subir al asiento del pasajero.

—¿Estás seguro de que estás...? ¿Estarás...?

—Estoy perfectamente, Herman. Hablaremos cuando vuelvas a Los Ángeles — Roshek se concentró en sonreír tranquilizadora-mente mientras quitaba la mano de Bolen de la puerta.

El helicóptero despegó alejándose hacia el suroeste. Roshek se volvió en su asiento para echar un último vistazo a la presa devastada. Ahora la brecha empequeñecía el vertedero. Decenas de miles de toneladas de agua por segundo salían por la hendidura con un flujo que parecía un pedazo de las cataratas del Niágara, pero tres veces más alto. Miró muy a pesar suyo, hasta que la ladera de una montaña compasivamente le ocultó la escena.

Capítulo 12

Chuck Duncan tiró tres veces del cordón y tres veces el motor fuera de borda se negó a encender. El bote había derivado con mucha más rapidez que lo normal hacia la presa, en ese momento se encontraba a sólo medio kilómetro de distancia de ella. Ni siquiera pensó que pudiera estar en peligro. En las compuertas del lado del lago había redes para basura, grandes enrejados de acero, que detenían los desechos para que no pudieran dañar el vertedero, y a treinta metros de la presa había una larga hilera de troncos encadenados entre sí para evitar que los botes quedaran varados en el terraplén. Pero a Duncan no le gustaba estar tan cerca de la presa. Ya la veía bastante durante la semana.

Trató de encender el motor de nuevo, esta vez con éxito. Dio vuelta al bote y se dirigió hacia el centro del lago. Bebió una lata de cerveza, la metió al agua hasta que se llenó y luego se inclinó para ver cómo se hundía. La lata se perdió de vista después de unos cuantos centímetros. ¡Qué raro! Nunca había visto el agua tan sucia en esa parte del lago, donde la profundidad alcanzaba 240 metros. Algo debía de estar removiendo el sedimento.

Se sentó derecho y miró a su alrededor. Un hombre estaba parado en la cresta de la presa moviendo los brazos. Duncan lo saludó. El mirador de la derecha estaba lleno de autos y camiones. "¿Qué estará pasando? Tal vez tiene que ver con el maratón." Notó que estaba aún más cerca del lado derecho de la presa que antes, y aceleró al máximo. Mantuvo la vista fija en un punto de la orilla para verificar su avance... ¡Seguía perdiendo terreno!

Giró en su asiento y miró hacia el vertedero. Por primera vez notó un rugido amortiguado. En general en el lago no era posible escuchar el agua que caía al final del vertedero porque la presa actuaba como una barrera para el sonido. "Deben de haber bajado las compuertas del vertedero durante la noche", pensó. Se imaginó su bote arrastrado contra las redes para basura y atorado como un palito de madera en el enrejado de un resumidero. Si sucedía tendrían que sacarlo con una grúa.

Vio que un helicóptero partía del mirador y luego desaparecía por el suroeste. Un minuto más tarde otro helicóptero se elevó del mismo punto y se dirigió hacia él. Su bote iba ganando velocidad y el timón no respondía. Entonces notó una depresión en el agua a unos cien metros de distancia, alrededor de la cual una gran sección del lago se arremolinaba. "Una especie de contracorriente", dijo Duncan en voz alta, mientras observaba con creciente temor cómo era arrastrado hacia un círculo amplio; un minuto después estaba diez metros más cerca del centro de la depresión. El motor no podía luchar contra la vertiginosa corriente espiral. Tras dar dos vueltas más el bote se inclinó peligrosamente hacia abajo. Era como si la superficie del agua fuese una membrana de hule arrastrada desde abajo.

¡Remolino! La palabra golpeó su mente como un latigazo. Vio con pánico que había sido arrastrado tanto por debajo de la superficie que lo rodeaba, que ya no podía ver la presa ni la orilla. El bote giraba en círculos cada vez más cerrados. Por sobre su cabeza apareció el helicóptero, suspendido en el aire, y el piloto le hacía señas para que tratara de asirse a uno de los patines de aterrizaje. El bote pasó girando dos veces por debajo. En ambas ocasiones Duncan, apoyado en el asiento, se alzó lo más que pudo pero no logró asirse. Mientras el bote se revolvía para pasar por tercera vez, Duncan se puso en cuclillas con la esperanza de alcanzar el patín, aun si eso significaba que debía brincar para lograrlo.

No tuvo la menor oportunidad. El bote golpeó un tronco medio sumergido y zozobró y Duncan fue lanzado hacia el centro del remolino, donde desapareció sin dejar rastro.

El helicóptero quedó inmóvil unos instantes, dio una pequeña vuelta y se alejó.

Kent Spain se sintió mareado y tenía náuseas, y se preguntó cuánto más podría resistir. Al salir tambaleante de los bosques hacia el mirador de la derecha, casi derribó a un hombre gordo que traía un vendaje en la cabeza. Siguió su camino por varias barricadas con burros tan mal colocados que dificultaban su progreso en lugar de guiarlo. Había muchos espectadores, pero no lo recibieron con los espontáneos ¡hurra! con que se recibe normalmente al corredor que va a la cabeza. Varias personas gritaron cuando lo vieron; otros miraban pero para otro lado.

Al llegar al pavimento del camino sobre la presa y agacharse para cruzar una cadena que alguien, estúpidamente, había colocado a través del camino, vio que un policía lo esperaba con la mano extendida. Kent no tenía intenciones de detenerse para estrecharle la mano, y dio un paso lateral y evitó que el policía lo detuviera, asombrándose ante la estupidez general de la especie humana. Ahora el policía lo perseguía y le gritaba palabras que no podía escuchar a causa del rugido que le partía la cabeza y llenaba sus oídos. A grandes zancadas, Kent dejó atrás al policía.

Unos minutos antes, mientras bajaba por la ladera de la montaña hacia la presa, los árboles brillaron y el terreno onduló como una bandera al viento. Entonces había escuchado un gran estruendo, pero nada como el ruido atronador que llenaba ahora su cráneo. Aquí el camino se estremecía y en cierto punto le pareció que se hundía bajo sus pies. "Detente por un minuto", le dijo una voz interior; "espera a que desaparezcan el estruendo y el estremecimiento". ¡No! Tenía que seguir adelante. La perseverancia era la marca de un campeón.

Ahora las personas que estaban al otro lado de la presa también trataban de atraparlo mientras corría, y le gritaban cosas que no podía descifrar. Pero pronto estuvo solo otra vez entre los árboles, corriendo con determinación por un sendero que seguía un cañón lateral. Dulotte lo estaría esperando en la parte más alejada de

una larga carrera en zigzag. Kent comenzaba a sentirse un poco mejor, y mantenía los ojos abiertos en busca del trapo blanco que marcaría la bicicleta escondida. Su respiración no era tan entrecortada como cuando cruzó sobre la presa. El estruendo disminuyó y el terreno casi no se movía ya. La brisa fresca se sentía agradable.

Se detuvo cuando vio una camiseta del Centro de Tratamiento Integral para la Salud colgada de una rama. Separó los arbustos y ahí estaba la bicicleta, brillante y hermosa. La puso al descubierto y la hizo rebotar varias veces antes de subirse.

Cuando Dulotte vio venir la bicicleta, salió de detrás de su mesa. Kent patinó hasta detenerse.

—No tan rápido —pidió Dulotte mientras sonreía—. A esa velocidad romperás el récord mundial por diez minutos. ¿Cómo te sientes?

—De maravilla. ¿Voy lo suficientemente adelantado?

—No lo sé. En este cañón no se escucha nada más que estática en el radio. ¿Utilizaste el pedómetro, el pulsómetro, el...

—No, todo eso se descompuso dos kilómetros después de salir.

—Bueno, nadie lo sabrá jamás. Deja aquí la bicicleta y trota el resto del camino. Tu tiempo tiene que estar dentro de los límites de lo posible.

Kent se bajó de la bicicleta y la empujó entre unas yerbas.

—Lo que digas, doc —tomó una naranja pelada. Mientras trotaba alejándose miró sobre su hombro y se despidió—. Hasta luego —dijo—. Te veré el lunes en el Banco de América.

El oficial John Colla aceleró por las calles laterales de Sutterton con la sirena encendida, deteniéndose cada tercera casa para pedirle a cualquiera que pudiera encontrar que les advirtiera a sus vecinos, y luego se encaminó a terreno elevado. La mayoría de las casas ya se encontraban vacías, en parte gracias a un avión que sobrevoló el pueblo transmitiendo la orden de evacuación por un sistema de altavoces para dirigirse al público.

Cuando escuchó en el radio el informe de Kramer de que la ruptura mayor ocurriría en unos cinco minutos, Colla decidió que era tiempo de ponerse a salvo y tomó uno de los diversos caminos que llevaban a los altiplanos por encima del pueblo. Se sentía satisfecho porque Sutterton se encontraba casi por completo vacío. Le sorprendería si más de una docena de personas desaparecieran a causa de la inundación, una vez que ésta terminara.

Cuando se encontraba en el extremo del pueblo pisó el freno. Dos chicos no mayores de diez años estaban sentados muy tranquilos en un árbol.

—¿Qué están haciendo, niños? —gritó a través de su ventanilla.

—La presa se está rompiendo —respondió uno de ellos desde arriba—. Podremos ver el agua desde aquí.

Colla salió de su auto y les ordenó que bajaran.

—¿Dónde están su mamá y su papá? ¿En la casa?

—Papá se divorció —dijo el mayor mientras bajaba con dificultad al suelo—. Mamá está arriba arreglándose las uñas.

—¿No ha escuchado las sirenas, las campanas y los aeroplanos?

—Ella sólo dijo que hoy había sido un día muy ruidoso.

Colla disparó dos tiros al aire. La cabeza de una mujer apareció en una de las ventanas superiores.

—¡La presa se está cayendo! —gritó Colla—. La esperaré treinta segundos. Después me llevaré de aquí a los chicos.

La mujer levantó los ojos y miró sobre los tejados hacia la presa. Lo que vio hizo que se quedara con la boca abierta. Veinte segundos más tarde estaba corriendo por la puerta de la casa con un gato debajo de cada brazo y bolsas colgando de los codos.

—¡Cuidado! —gritaba una voz masculina muy alterada en el radio—. ¡Allá va!

Desde su privilegiado sitio de observación a Phil le pareció que se trataba del fin del mundo. Con un ronco estruendo y muchos crujidos, enormes pedazos de la presa cayeron por la hendidura, hasta que se abrió un gran corte en forma de V hasta la cima. El lago, sin nada que obstruyera su camino hasta el terreno al nivel de 300 metros más abajo, se lanzó hacia adelante como una gigantesca ola, y la sección inferior de la brecha, donde el agua turbia seguía emergiendo como lava en un volcán, fue arrasada por cientos de miles de toneladas de agua espumosa. El vertedero de concreto se combó hacia los lados y fue desmoronándose de arriba abajo, un pesado bloque tras otro. Phil dio un paso atrás instintivamente, temiendo que el contrafuerte de roca en el que se encontraba fuera lo siguiente en caer. Tuvo la intención de continuar la narración de la escena que tenía ante sí, pero se había quedado sin habla; a ese grado lo aturdió el ver el embalse desatado abrirse camino haciendo pedazos la presa.

El terreno bajo sus pies se sacudió cuando una sección de 300 metros de ancho y mil doscientos metros de espesor en la base se desprendió del resto del terraplén. Toda una tercera parte de la presa, treinta millones de metros cúbicos de material, comenzaron a enfilarse corriente abajo como una unidad. Conforme toda esa masa se movía, perdía lentamente su forma original, hundiéndose y extendiéndose como un montón de lodo bajo la masa borboteante del agua.

Un río más ancho que el Columbia se lanzó por la abertura. Medio kilómetro corriente abajo, la inundación de la primera fuga fue superada por una verdadera avalancha de agua, cientos de metros más profunda. En minutos Sutterton fue

arrasado por una furia que derribó el pueblo a ochenta kilómetros por hora. Al chocar contra la colina más allá del pueblo, donde el río y el cañón doblaban a la derecha, una poderosa sábana de agua se elevó por la pendiente como el romper de las olas contra un dique.

Cuando la ola regresó a la corriente principal, la pendiente quedó limpia de árboles, de la capa superficial del suelo, de casas y... de las personas que miraban.

Kent Spain se sentía bien, marchaba a grandes zancadas y respiraba sin dificultad. Sólo le faltaba un kilómetro y medio para llegar al ayuntamiento de Sutterton, donde rompería la cinta para lograr un sorprendente nuevo récord para el Maratón de Mother Lode. El dinero en serio, la fama, los autos, la ropa, las mujeres, todo sería suyo. El resto del camino era colina abajo; desde una loma bajaría por un inclinado sendero de grava hasta los límites de la ciudad, y luego subiría por la calle Main saludando a la multitud que lo aclamaría.

Un helicóptero se escuchó sobre su cabeza, el cuarto que encontraba desde que cruzó la presa. "Es mucho alboroto para una carrera a campo traviesa relativamente desconocida", pensó. Al dar vuelta a una esquina, vio gente parada en el camino, en la pendiente cubierta de pasto que estaba sobre el sendero y también sobre un cerro distante, grupos de personas que le daban la espalda.

—¡Mantengan libre este carril! —gritó mientras pasaba a un lado de la extrañamente silenciosa multitud—. ¡Se está realizando una carrera! ¡Déjenme pasar!

—Loco estúpido —escuchó decir a un hombre.

Kent respondió con maldiciones, dejó el sendero y siguió su camino a lo largo de la colina, para rodear a un grupo de personas. Cuando vio lo que estaban mirando, se detuvo confundido. Estaba a la orilla de un enorme mar interior. Donde esperaba encontrar el camino de grava que bajaba hasta el pueblo, sólo había agua, agua y más agua que se extendía hacia las colinas del lado opuesto del valle, a más de dos kilómetros de distancia.

—¿Dónde estoy? —gritó—. Debo de haber dado una vuelta equivocada. ¿Dónde está Sutterton? ¿Para dónde debo ir? ¿Qué? ¿Están ustedes sordos?

Una mujer levantó el brazo y señaló hacia el centro del lago, donde los restos flotantes revelaban una fuerte corriente.

—Ahí está Sutterton —dijo—. La presa se rompió. Todo ha desaparecido.

Kent giró en un lento círculo mientras la terrible verdad de las palabras de la mujer se hundía en su cerebro como un gas mortal. La desolación de los rostros a su alrededor dejaba claro que la pérdida que él sufría era trivial comparada con la de ellos.

Junto a él, sentados en el pasto, un hombre, una mujer y tres niños sollozaban en silencio. Kent Spain comenzó también a llorar, se sentó e inclinó el rostro hasta sus

manos. Sentarse era malo para la región lumbar, pero ya no le importaba.

Cuarenta y cinco minutos después de la destrucción del poblado de Sutterton, el jefe de policía Wilson Hartley se encontraba a unos quince kilómetros presa abajo, manejando su patrulla a toda velocidad por una de las carreteras del condado. Se había detenido y tocado en cada una de las puertas de cuando menos treinta cabanas, casas rodantes y campamentos, enviando a sus habitantes a que corrieran hacia lo más elevado de las colinas, a un lugar seguro. No tenía manera de saber cuántos otros no escucharon las advertencias que transmitió una y otra vez por el sistema de altavoces del auto.

Se hacía un seguimiento del avance del agua desde helicópteros que enviaban la información a la camioneta de comunicaciones. Hartley escuchó el reporte de la señora Lehmann donde se indicaba que la ola acababa de golpear el criadero de peces de Castle Rock. El criadero estaba a dos kilómetros corriente arriba del sitio donde Hartley se encontraba en ese momento.

Frenó en la entrada que llevaba a Creekwood, la imponente casa de verano de Roshek. Luchó consigo mismo considerando si tenía o no tiempo de revisarla. Tres kilómetros corriente abajo, después de cruzar el puente, existían tres caminos diferentes que podía tomar hacia terreno elevado. Había visto a Roshek llegar al mirador y marcharse en helicóptero, así que lo más probable era que el anciano se hubiera asegurado de que no hubiera nadie en la casa, pero aun así... Con la sirena abierta, se dirigió a la entrada de Creekwood.

Un hombre y una mujer, que obviamente lo escucharon llegar, lo miraban desde la terraza.

—¡La presa se cayó! —gritó Hartley deteniéndose al final de los escalones de la entrada—. Una inundación de cientos de metros de profundidad estará aquí en cuestión de minutos —apagó la sirena y fue posible escuchar un estruendo débil y distante. Hartley señaló corriente arriba—. Ésa es el agua que ya viene bajando por el cañón. Miren, pueden ver el polvo que se levanta. Corran colina arriba hasta la cima. Es su mejor opción. ¡Buena suerte!

Hartley dio una cerrada vuelta en U sobre el césped, deteniéndose un momento para ver a la pareja que, asustada, corría para subir por el pasto de la pendiente detrás de la casa. Luego pisó el acelerador y salió disparado del camino particular, confiado en haber salvado dos vidas más; ahora se concentraría en salvar su propia vida.

Recorrió los tres kilómetros hasta la boca del cañón a 110 kilómetros por hora. Sin embargo, antes de que el camino cruzara el río e intersecara con una ruta que iba a terreno elevado, tuvo que apretar a fondo los frenos. Delante de él estaban detenidos cuatro autos. El río de Cañón de la Sierra, desbordado y llevando una pesada carga de restos flotantes, se había llevado el puente. Hartley salió lentamente

de su auto, mirando el agujero que había quedado en lugar de camino. No había modo de que pudiera subir hasta un sitio seguro a pie, porque esa parte del valle estaba rodeada por desfiladeros casi verticales. Los conductores de los otros autos corrieron hacia él haciéndole preguntas a gritos. Levantó las manos para imponer silencio.

—Hay un sendero para casos de incendios del Servicio Forestal a poco más de medio kilómetro corriente arriba —dijo—. Síganme.

Mientras conducía cañón arriba, ante un fuerte viento de frente, Hartley miró en su retrovisor la caravana de autos que lo seguía. Lo que vio frente al parabrisas le indicó que estaban haciendo un viaje inútil. Por sobre los árboles se veía una nube de polvo que convirtió la brillantez de la mañana en una temible penumbra.

El sendero para incendios era apenas algo más que una vereda ancha y sucia bloqueada para los fanáticos de los "arrancones" con una barra de acero horizontal sujeta a un poste con una bisagra y asegurada con un candado en el otro extremo. Hartley corrió hasta la barricada e hizo pedazos el cerrojo con dos disparos. Cuando volvió a subir al auto, el viento azotó sus ropas y lanzó basura y hojas de pino con tal fuerza que tuvo que cerrar los ojos para evitar que lo cegara. Un estruendo continuo y constante le dijo que la ola no estaba ya a más de un kilómetro de distancia.

El auto dio un bandazo hacia adelante, con las ruedas rebotando sobre surcos y piedras diseminadas. El poderoso motor de ocho cilindros le permitió a Hartley dejar a los otros vehículos muy atrás, pero no estaba pensando en ellos. No miraba por el retrovisor porque tenía miedo de ver la fuente del sonido atronador que se había vuelto tan fuerte que opacaba cualquier otro ruido. Un ligero salpicón de agua golpeó el parabrisas. El camino subía una cuesta del cañón lateral, y Hartley se precipitó con ímpetu hacia adelante. Aun cuando se reventó un neumático y el cárter del aceite se quedó esparcido entre las rocas, mantuvo el acelerador pegado al piso. A su izquierda, muy lejos por encima de la pendiente opuesta, pudo ver una línea diagonal. Era, lo sabía bien, el camino para incendios que llegaba hasta allá después de terminar un tramo en zigzag al final del cañón. Si podía alcanzar esa altura, estaría a salvo.

Con apabullante velocidad la ladera opuesta se volvió blanca. Una sábana de espuma la barrió como si hubieran lanzado un balde de agua jabonosa contra una pared. Al mismo tiempo, un río de varios metros de profundidad surgió colina arriba, alrededor y bajo el auto, deslizándolo hacia adelante. El motor se apagó. En segundos una poderosa "contracorriente" pasó sobre el cofre y el techo, volteando el auto hasta que éste quedó apuntando colina abajo. El agua borboteaba sobre las ventanas.

Hartley puso el freno de mano y esperó. El auto estaba totalmente sumergido y el agua entraba a chorros por las grietas del piso, el tablero y las puertas. Se preguntó si aquello sería lo peor de la inundación. Tal vez el agua bajaría antes de que el auto se llenara. Tal vez... sintió que una corriente levantaba el auto y le daba varios suaves

empellones por el terreno, como una garra gigante que diera codazos leves a una caja.

Una tremenda fuerza levantó el auto, lo hizo girar lentamente de lado a lado y lo dejó caer de costado sobre el suelo. Hartley quedó aturdido cuando su cabeza dio con la moldura de la puerta, pero sus poderes de razonamiento siguieron funcionando con fantástico aplomo. Dos ventanas se rompieron y el agua entraba a chorros, mojándolo. "Una burbuja de aire se formará cerca de la ventana trasera", se dijo. "Si el auto permanece así, puedo aguantar una hora, tal vez más. El agua ya habrá bajado para entonces. Si me quedo sin aire saldré por una ventanilla y nadaré a la superficie."

La corriente volvió a levantar el vehículo y tiró de él con rapidez hacia el interior del cañón. Con una profunda sensación de desesperanza, Hartley se dio cuenta de que estaba atrapado en la corriente principal del torrente. El auto giraba una y otra vez y se llenaba rápidamente de agua. Cuando Hartley sintió el frío en su rostro contuvo el aliento. No tuvo sensación de pánico. Sólo volvió a ser un niño, paseando en la feria, que subía con deliciosa anticipación a lo alto de la montaña rusa, listo para el gran descenso que haría que las chicas gritaran y que los muchachos se sostuvieran las gorras.

De pronto el auto fue golpeado por una fuerza opuesta que lo envió directamente hacia abajo. Junto con miles de otros despojos, fue arrojado contra el fondo del cañón desde una altura de 60 metros, aplastado a un cuarto de su tamaño original y luego rodó como un rollo de papel en una calle barrida por el viento. De nuevo el automóvil fue llevado hacia arriba por las corrientes circulares en la ola de la inundación, y empujado hacia abajo por la boca del cañón. La segunda vez que el coche cayó, fue enterrado como una estaca en el barro del río Sacramento. Durante las siguientes tres horas, mientras la corriente lo arrastraba cada vez con menos energía, quedó enterrado bajo nueve metros de cieno.

Mediaban dieciocho kilómetros desde la presa a la boca del cañón, donde el río Cañón de la Sierra surgía de las colinas y serpenteaba por las tierras planas del Valle Central superior hasta confluir con el río Sacramento en el pueblo de Omohundro. La inundación se abrió camino como una serpiente que se alargaba, agitándose de un lado a otro. En la hora que le tomó al torrente llegar hasta la boca del cañón, recogió tantos desechos que solamente la mitad del flujo era agua; el resto era el material del terraplén de la presa, tierra, árboles, puentes, casas, animales de granja y cuando menos 75 kilómetros de cables y cercas.

Los que vieron el avance de la ola desde la cima de las colinas la describieron posteriormente de diversas maneras.

—Lo primero que vi fue la nube de polvo —decía Kitty Sprague, una trabajadora del Servicio Forestal—. Pensé que era humo, y avisé por radio que un enorme

incendio se había desatado. Unos cuantos minutos después vi la inundación, como una montaña rodante de agua que empujaba los restos de una ciudad. El frente estaba cubierto a medias por el rocío, pero pude ver casas completas arrojadas de un lado a otro.

Evelyn Hayes, diputada local por Sausalito, estaba acampando con un grupo de niñas exploradoras sobre la boca del cañón.

—Lo extraño era que fuera un día tan hermoso —explicó al Bee de Sacramento—. Uno esperaría que el fin del mundo llegara con rayos y nubes de tormenta. Eso fue lo que pensé: que el Harmagedón había llegado. La devastación se estaba llevando a cabo a una escala que parecía imposible que cualquier ser humano pudiera ser responsable. Vimos el torrente salir del cañón y extenderse sobre huertos y campos como una mancha en un pedazo de tela. Cuando llegó a Omohundro, empujó las casas una contra otra, como si alguien estuviera barriendo un montón de juguetes. Luego quedaron cubiertas de agua y ya no pudimos verlas más.

Tim Hanson, un tenor de ópera que vivía en Omohundro, contó su historia en red nacional de televisión desde su cama de hospital en el poblado de Chico.

—No escuché ninguno de los avisos porque estaba en el interior de una cabina a prueba de ruidos que acondicioné en mi dormitorio para poder ensayar con tranquilidad sin que los vecinos llamaran a la policía. Cuando sentí que la casa se sacudía con fuerza, salí corriendo de la cabina y miré a través de la ventana. A tres cuabras de distancia una enorme pared móvil de basura venía hacia mí, derribando a su paso árboles y casas.

—Corrí al ático y subí por un tragaluz al techo. Me senté abrazado a la chimenea y vi cómo las casas de mi calle quedaban aplastadas una tras otra. A unos tres kilómetros de distancia podía ver agua salir de Cañón de la Sierra como la lágrima de una vela. Cuando golpeó mi casa, ésta comenzó a rodar, y yo escalaba para permanecer en la parte más alta, como hacen los leñadores con los troncos en el río. El estruendo era espantoso, como el golpear de mil tambores con el sonido de árboles y tablas que se rompían. Terminé arrastrado en la turbulencia corriente abajo, asido a un pedazo de la pared exterior. Finalmente me atoré en unos arbustos y unas personas me ayudaron, con cuerdas, a llegar a tierra firme.

El Chronicle de San Francisco citó a un coronel retirado del ejército llamado Tom Stewart, que fue testigo de la destrucción de Sutterton.

—Cuando bajó el agua, el valle no era nada más que lecho rocoso húmedo. Todo fue arrancado de cuajo, incluidos los cimientos de los edificios. Yo conduje al norte por donde solía estar la orilla del lago, esperando ver el pueblo al dar cada vuelta. Todo lo que vi fueron llanos de lodo y peces boqueando por todas partes.

Cuando Roshek llegó a Los Ángeles en el jet privado de la compañía, la prensa lo

estaba esperando. Un hervidero de reporteros y camarógrafos extendió micrófonos, disparó flashes y lanzó preguntas, pero el ingeniero no le hizo caso a ninguno. Su perfil se veía tan aguileño como siempre, pero llevaba la barbilla cerca del pecho, en lugar de levantarla desafiante hacia el frente. Su cuerpo no alcanzaba a llenar la ropa. Parecía un hombre que regresaba de una prolongada estancia en un hospital.

En el borde de la acera, cuando ayudaban a Roshek a subir a la limusina, un reportero se abrió paso a codazos hasta el frente.

—Soy Jim Oliver —dijo—. Lo entrevisté hace cinco años cuando el temblor se sintió cerca de la presa, ¿recuerda? Del Times de Los Ángeles.

Roshek no lo miró.

—Yo leo el Shopper de Anaheim. Ese sí que es un periódico.

Oliver se enderezó y dio un paso atrás. Roshek le había dicho algo similar cinco años atrás, pero esta vez fue diferente. La frase fue emitida mecánicamente, como si Roshek estuviera desempeñando el papel que se esperaba de él.

La limusina de Roshek avanzó tres metros y se detuvo. El conductor salió.

—¿Jim Oliver del Times de Los Ángeles?

Oliver levantó la mano y el conductor lo llevó hasta el auto.

—Muchas gracias por concederme esta entrevista —dijo Oliver a Roshek cuando la limusina volvió a ponerse en marcha—. Puedo entender por qué no desea hablar en este momento con la prensa.

Roshek movió la mano para indicar que los cumplidos no eran necesarios. Oliver notó que su traje estaba salpicado de lodo y que no llevaba puesto el sombrero.

—Decidí hablar con usted porque recuerdo el último artículo que escribí sobre el tema de la seguridad de las presas. Fue la nota menos ridícula que he leído en un diario relacionada con la ingeniería. Los periódicos deberían...

—¿Vio caer la presa? —la pregunta detuvo a Roshek. Cerró la boca y sus ojos enfocaron un punto en la distancia—. ¿Puede decirme cómo se sintió? —insistió Oliver.

—Mis sentimientos no son importantes —respondió Roshek en voz baja y sin emoción—. Tengo un mensaje que dar a la gente de este país. Es por eso que está usted aquí.

—La gente de Estados Unidos querrá saber qué fue lo que provocó la caída de la presa.

Una sombra de dolor cruzó el rostro de Roshek.

—La presa se cayó por mi culpa. Porque pensé que no sucedería. Creía que nada de lo que yo diseñara podría caer. Acepto parte de la responsabilidad por lo que ha pasado. Sin embargo, al mismo tiempo, Dios es en parte responsable por proporcionarnos datos geofísicos erróneos.

Oliver miró al hombre hundido en un rincón del asiento, preguntándose si estaba

perdiendo contacto con la realidad.

—Me temo que yo...

—No sabía que la falla estaba ahí —aseguró Roshek—. La que causó el temblor hace cinco años. En esa ocasión algo de agua turbia entró en las galerías inferiores, ¿lo sabía? No, porque lo mantuvimos en secreto. Pensamos que se trataba de un problema menor y lo corregimos. Ahora es obvio que estábamos equivocados. Quizá usted está buscando un villano para su historia, un diseñador incompetente, un contratista que utilizó materiales de mala calidad, o a un político corrupto que impulsó un proyecto local sin sentido para fines electorales. No es tan sencillo. La presa realmente era necesaria. Si tiene que haber un villano, es el factor desconocido, lo que nunca podemos eliminar por completo. Ese factor desconocido fue lo que nos destruyó.

Oliver levantó la mirada de su cuaderno.

—Dice usted que un temblor debilitó los cimientos. Creyeron que lo habían arreglado. La debilidad volvió a surgir cinco años más tarde y nadie se dio cuenta... ¿por qué? ¿No son los instrumentos en la presa los encargados de...?

—Nadie lo notó a causa de una cadena increíble de fallas mecánicas y humanas —explicó Roshek, subiendo cada vez más el volumen de su voz—. Los instrumentos fallaron, dieron lecturas equivocadas o no se recogieron sus lecturas. Y como si eso fuera poco, teníamos a un idiota como operador en el cuarto de control que no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que ya fue demasiado tarde —los ojos de Roshek destellaban, y abría y cerraba los puños con frustración—. Otra cosa que es terrible es que esto sucediera en California, que tiene el mejor sistema de reglamentos de seguridad de presas del mundo, reglamentos por los que yo luché...

Roshek volvió el rostro hacia la ventana. Entonces Oliver le preguntó al ingeniero si era cierto que un joven empleado suyo pasó la noche tratando infructuosamente de dar la alarma.

—Si no puede tener un villano, entonces quiere conseguir un héroe, ¿no es eso?

—Sólo trato de verificar los rumores que he escuchado.

—Un joven empleado —repitió Roshek con disgusto— trató de dar una alarma que hubiera sonado de todas maneras. No, no, borre eso. Sólo porque detesto a Kramer no significa que debo ponerlo por los suelos. Lo que hizo fue extraordinario. Pregúntele a alguien más. Yo no puedo ser objetivo.

—¿Es verdad —inquirió Oliver— que usted lo despidió porque le dijo que la presa estaba en problemas y que hizo que lo metieran a la cárcel cuando trató de probar que estaba en lo correcto?

La respuesta de Roshek fue explosiva.

—También es cierto que hice que lo sacaran de la cárcel cuando supe que estaba en lo correcto. Y que cuando lo vi hace unas cuantas horas, tuve deseos de matarlo.

¿Por qué? Porque la más importante estructura de ingeniería jamás construida se estaba cayendo. Porque un arrogante y joven novato que no contribuyó con nada a la construcción de esta nación, con absolutamente nada, será idolatrado, mientras yo... mi vida y mi carrera están arruinadas —se dio una palmada sobre los ojos y dejó al descubierto los dientes como si tratara de soportar un terrible dolor.

La limusina dio vuelta en ese momento para abandonar la autopista Harbor en la salida Wilshire. Cuando Roshek habló nuevamente, estaba calmado.

—Kramer trabaja todavía para nosotros y tenemos grandes planes para él.

—No creo que quiera que escriba que tuvo deseos de matarlo.

—Escriba lo que quiera respecto a mí. Si quiere trivializar su nota con cuestiones personales, adelante. Tal vez la gente de este país desea chismes, pero no es lo que realmente necesita.

—¿Y qué es lo que necesita? ¿Qué es lo que quiere que les diga?

Roshek se inclinó hacia Oliver y habló con gran ardor.

—El pueblo de Estados Unidos necesita presas seguras. Existen nueve mil presas en este país que provocarían muchos daños si cayeran, y un tercio de ellas no cumplen con las normas modernas de seguridad. Es como tener tres mil bombas esperando para explotar. Hay estados en los que una compañía de bienes raíces o un granjero pueden construir una represa, ¡sin siquiera solicitar un permiso! ¡Sin contratar a un ingeniero que la diseñe! Y una vez construida no existe la obligación de realizar inspecciones periódicas. No más de treinta estados tienen siquiera leyes medianamente decentes respaldadas por una vigilancia adecuada. ¿Cuánta gente más tiene que morir?

La limusina se detuvo frente al edificio de la oficina de Roshek.

—Verá, me preocupan las presas —insistió Roshek—. Cuando una cae, eso afecta a todos los ingenieros. Ahora habrá un gran escándalo respecto a la seguridad en las presas, pero se apagará como sucedió después de la caída de Tetón en Idaho. ¡No permita que se extinga! ¡Siga dando la alarma! Haga que los estados y el gobierno federal afronten sus responsabilidades antes de que haya un desastre aun peor que éste.

—Usted me está dejando una gran responsabilidad. Soy sólo un simple reportero.

—Prométame que hará lo que pueda.

—Haré lo que pueda. Parece una campaña que vale la pena; sin embargo, no puedo creer que las cosas estén tan mal como usted lo plantea.

—Lo están.

En la acera, Roshek intentó mostrarse como era antes, y le estrechó la mano con fuerza al reportero. Oliver vio a través de las puertas de cristal del edificio cómo Roshek empujaba su silla de ruedas hacia los ascensores. Se sorprendió al darse cuenta de que le agradaba el agudo anciano. Sentía que casi podía entenderlo, pero

sintió algo más... que no volvería a verlo de nuevo.

Capítulo 13

En Cañón de la Sierra, Phil Kramer echó un último vistazo. Sobre el lugar donde estuvo la presa, en lechos de sedimento muy agrietados, serpenteaba ahora con placidez el río Cañón de la Sierra, brillando bajo el sol del mediodía. En el lado más alejado del cañón estaba la aparentemente indemne chimenea de ventilación, elevándose sobre el lodo como el cubo de un ascensor sin su rascacielos. Todo lo que quedaba de la otrora majestuosa presa era una sección del terraplén que se extendía a unos 300 metros del lado opuesto.

Se volvió al escuchar su nombre y vio al reportero de la televisión de la chaqueta deportiva beige.

—Todos están de acuerdo en que usted es la figura principal de todo el asunto —dijo el hombre—, así que nos gustaría que nos concediera una entrevista.

Phil se alejó lentamente del barandal y se sentó en la defensa de un camión.

—No quiero que me entrevisten. Necesito dormir un par de días —dejó caer la cabeza y cerró los ojos—. Mis piernas me están matando. Me duele la espalda. Me siento enfermo. Perdí mi auto. Tengo hambre. Quiero ir a casa.

—Si tan sólo pudiera decirme... ¿hola? ¿Está dormido?

Phil levantó la mirada.

—Oiga, ¿ustedes son los muchachos del helicóptero?

—Sí. Lo llamamos el "telecóptero".

—Le diré qué haremos. Les daré una entrevista si me hacen un favor. ¿Ven esa chimenea de ventilación allá? Mis zapatos, mi reloj y mi ropa están bien acomodados en lo más alto.

El reportero lo miró más de cerca.

—¿En lo alto de la chimenea? ¿Cómo llegaron ahí?

—Eso lo sabrá durante la entrevista. También quiero que me lleve a un teléfono para que pueda hacer una llamada a Santa Mónica y pedirle una cita a alguien muy especial cuyo nombre también saldrá a relucir durante la entrevista.

—Señor Kramer, no sé si está bromeando, pero no puedo llevarlo en el Telecóptero. Es sólo para los miembros del equipo. Podría perder mi trabajo.

Phil se encogió de hombros.

—Está bien. Le concederé la entrevista a alguien más.

El reportero maldijo en voz baja. Señaló el helicóptero.

—Suba —le dijo.

—Vine tan pronto escuché las noticias.

—Gracias, Margaret —dijo Roshek—, sabía que podía contar con usted —le

pareció que su secretaria se había polveado la cara para ocultar las huellas del llanto.

—Tiene una tonelada de mensajes. Todo el mundo ha estado tratando de comunicarse con usted, incluida su esposa.

—Dígales que estoy en una junta. No quiero que me molesten.

Roshek aseguró la cerradura de la puerta de su oficina a sus espaldas y se pasó a su silla giratoria detrás del escritorio. Al tocar un botón encendió el televisor que estaba cerca de la puerta. Las tres cadenas de televisión presentaban una cobertura de la inundación, y se detuvo por unos minutos en cada una de ellas. El río Sacramento se desbordó y la capital se encontró sumergida en por lo menos metro y medio de agua por encima del nivel normal. Se esperaba que la bahía Suisun, la bahía de San Pablo y la parte norte de la bahía de San Francisco tuvieran el agua revuelta por uno o dos días, pero los biólogos marinos no preveían una gran mortandad de peces. Se consideraba que Sutterton y Omohundro fueron evacuadas a tiempo. La mayoría de las casas de Cañón de la Sierra también fueron evacuadas, en parte gracias a un policía que recorrió todo el valle un paso adelante de la ola, y que seguía desaparecido. Habían muerto cincuenta y seis personas, y el doble de ese número estaban desaparecidas. El gobernador atribuía el sorprendentemente reducido número de víctimas a los bien organizados programas de servicios de emergencia en los condados afectados.

Roshek apagó el aparato. Eleanor... ¿habría sobrevivido? Bueno, eso no cambiaría nada.

Encendió la grabadora y dictó un largo memorándum para Herman Bolen, dándole sugerencias de cómo actuar como presidente de la corporación. Roshek urgió a sus colegas a asegurar a todos sus clientes que la caída de la presa no tenía relación con deficiencias en el diseño. También le recomendó a Bolen que visitara personalmente a cada uno de sus clientes importantes, en particular a aquellos con los que se estaban llevando a cabo negociaciones de contratos.

Y por lo que respecta a Kramer —dijo Roshek lacónico al micrófono— es indispensable que permanezca en la firma. Si se uniera a un competidor eso tendría un efecto devastador en nuestra imagen. Obtendrá una gran cantidad de atención de los medios de comunicación y, si le damos un ascenso, la corporación podrá compartir cualquier elogio que reciba. Ofrécele cincuenta mil al año si es necesario.

Como ya sabes, Herman, considero a Kramer un infeliz presuntuoso que sólo estuvo en el lugar correcto en el momento indicado. Si lo viera en una posición de prestigio, vomitaría. Por fortuna, me marchó.

Eres un buen hombre, Herman. Mis mejores deseos.

Roshek tomó su pluma fuente. En una hoja de papel con membrete de la compañía escribió:

Yo, Theodore Roshek, en pleno uso de mis facultades mentales, por poco probable que pueda parecerle ahora a algunos, declaro que este documento es mi Última Voluntad y Testamento, y por medio de éste revoco cualquier otro

testamento que haya escrito con anterioridad. Quiero que mis deudas se paguen y que todos mis bienes pasen a ser propiedad de mi fiel esposa, Stella, quien merecía mejor trato de mi parte del que recibió durante los últimos años.

No deseo que ninguno de mis bienes pase a ser propiedad de Eleanor James, de San Francisco, a quien en mi anterior testamento protegí con tanta generosidad como estupidez. Y quiero decirle a mi esposa que lo siento.

Roshek firmó y fechó la hoja. Luego le dictó una carta hablada a su abogado:

Querido Jules:

Adjunto a esta carta va un testamento de mi puño y letra. Confío en que te asegures de que se cumplan los términos y de que mi testamento anterior, que realicé contra tu consejo, sea desechado. Si Eleanor sobrevivió a la inundación podría tratar de evitar quedar fuera de mi testamento aduciendo que no me encontraba en mis cabales y que por eso me suicidé. Te aseguro que no he perdido ningún tornillo según ninguna definición razonable. Por el contrario, el que tome mi vida en este momento le ahorrará a mucha gente mucho dolor y sufrimiento, especialmente a mí.

Me ha dado mucho gusto conocerte, Jules. Si quieres recordarme, insulta a alguien que lo merezca.

Roshek volvió a encender el televisor. Mientras escuchaba las "últimas noticias sobre el desastre", tomó el arma que estaba en el cajón y se aseguró de que estuviera cargada. Tenía cinco balas.

—Durante la siguiente hora tendremos —anunció el comentarista— una entrevista exclusiva con Phil Kramer, el heroico ingeniero al que se atribuye la salvación de las personas del pueblo de Sutterton, más la historia de dos bailarines de ballet que estuvieron a punto de morir, pero que vivieron para contarlo, y la repetición de una de las filmaciones más increíbles jamás tomadas. En este momento nos enlazamos con el campus de Cal Tech, donde Linda Fong, nuestra reportera, entrevista al profesor de ingeniería Clark Kirchner. ¿Linda?

Roshek acomodó cada cosa sobre su escritorio para que las orillas quedaran paralelas unas con otras. Una fotografía reciente de Eleanor fue a parar al cesto de la basura, y colocó la foto de Stella boca abajo.

Un hombre con bigote estaba en la pantalla perorando acerca del diseño de la presa Cañón de la Sierra.

—Sostengo que la pendiente interna de la cortina, considerando los materiales empleados, era por lo menos diez por ciento demasiado inclinada. Se trataba sin duda de la presa de terraplén más alta del mundo y no debió utilizarse para probar teorías progresistas de diseño que...

La bala entró en el centro de la pantalla, que hizo implosión con un chasquido al vacío y un baño de agujas de vidrio. La siguiente bala hizo pedazos el cristal que cubría una pintura de la presa.

Roshek escuchó que Margaret gritaba. Fue su secretaria durante veinte años. Nunca la había escuchado gritar.

En el lado derecho de la oficina se encontraba una vista transversal enmarcada de

la planta de energía subterránea. El tercer proyectil convirtió su cristal en pedacitos. Ahora se escuchaban hombres gritando afuera de su oficina, intentando forzar la puerta. Roshek sabía que nunca lograrían entrar a tiempo. La caja de cristal que protegía el modelo a escala de la presa se hizo pedazos con un satisfactorio crujido.

Sólo quedaba una bala. Roshek colocó el cañón contra su sien derecha, ajustando el ángulo de manera que el proyectil le diera de lleno. Tenía que ser un suicidio, y no un intento de suicidio. No más fallas. La de la presa Cañón de la Sierra era suficiente para toda una vida.

Tiró del gatillo sin titubear.

Phil telefoneó a Janet desde una cabina en Chico. Un grupo de reporteros de los periódicos y de la televisión lo esperaban muy cerca, ansiosos por seguir interrogándolo.

—Phil, ¿eres tú? —Janet respondió antes de que el teléfono llamara de nuevo—. ¡Me da tanto gusto escuchar tu voz! Te vi por televisión hace unos minutos y parecías exhausto.

—Probablemente sea porque lo estoy. Me siento como un trapo de piso al que han retorcido y arrojado a un rincón.

—¡Estoy tan orgullosa de ti! ¡Lo que hiciste fue fantástico!

—Tú tampoco lo hiciste mal. Los muchachos del cuarto de control dijeron que recibieron llamadas de todo tipo de agencias preguntando acerca de una loca de Santa Mónica.

—Tuve que actuar como loca para hacer que me tomaran en serio. Cuando me porté seria, pensaron que estaba loca.

—Lo que sea que hayas hecho, funcionó. Vaya que lograste poner en movimiento a todos.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Cuándo voy a verte?

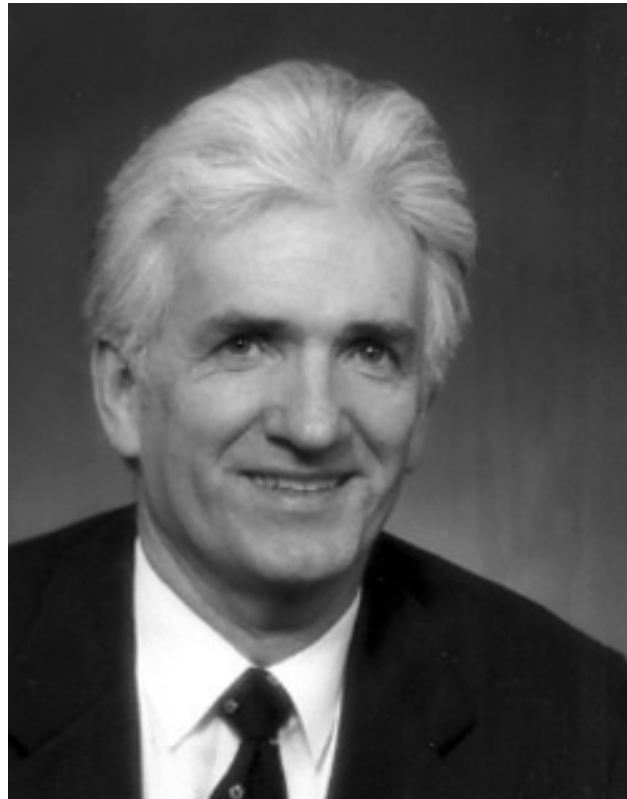
—Tan pronto como pueda dormir algunas horas, me subiré al primer avión que vaya hacia donde tú estás. Voy a abrazarte y a quedarme así durante un mes entero. Y después de eso, me sentiré feliz de sentarme al escritorio en cualquier parte, a sumar y restar en paz.

—¿Para Roshek, Bolen & Benedetz? Phil rió secamente.

—En este momento no pienso en el trabajo. Pienso en dormir y pienso en ti. No quiero volver a estar alejado a más de cinco minutos de tu persona. Discúlpame por ponerme sentimental, pero así es como me siento.

—Eres un amor, ¿sabes? ¿Te molesta si te llamo amor? ¿Y corazón? ¿Y querido?

—Es música para mis oídos.



ROBERT BYRNE no sólo es editor, periodista y novelista, sino que es también campeón de *pool* e ingeniero civil. Nacido y criado en Dubuque, Iowa, y graduado en 1954 del Colegio de Ingeniería de la Universidad de Colorado, recibió capacitación como ingeniero principiante en la ciudad de San Francisco, antes de unirse al equipo editorial de un periódico del gremio, el *Western Construction*. Desde entonces se ha dedicado a escribir profesionalmente y es autor de *Byrne's Standard Book of Pool and Billiards*, que está considerado como una obra clásica en lo referente a juegos de billar.

Como periodista técnico, Byrne escribió numerosos artículos acerca de presas y visitó más de dos docenas de estas estructuras en construcción. “La presa Cañón de la Sierra que aparece en la novela no existe, por supuesto”, asegura el autor. “Pero sí posee algunas de las características del diseño de la presa Oroville, al norte de Sacramento” —el túnel de inspección subterráneo, la gran cantidad de instrumentos, el gran tablero de medidores, y el hecho de que se trata de la presa más alta del país. Sin embargo, estas similitudes las adopté sólo por propia conveniencia. La presa Oroville es segura.

“Por el momento”, continúa Byrne, “no existe un método por computadora que pueda predecir fallas en las presas. Sin embargo, se pueden estudiar los indicadores de presas que fallaron con anterioridad y cuando existe un cambio repentino en las lecturas de los medidores, eso puede dar alguna pista de lo que va a ocurrir”. También señala que “las presas de terraplén como la de Oroville son tan gigantescas que en realidad no pueden ser dañadas por un sismo: son como montañas, sólo se sacuden y

no se fracturan. Esto es, a menos que se encuentren sobre una falla no descubierta de la Tierra, como en el caso de la presa de mi novela”.

Robert Byrne vive en el condado de Marin en las afueras de San Francisco y trabaja actualmente en un libro acerca de cómo ejecutar tiros de fantasía en el billar. Posteriormente, y como está interesado en mejorar la imagen pública de los ingenieros, espera escribir otra novela cuyo héroe sea un representante de esta profesión.